

*Las prohibiciones tabú carecen de todo fundamento.
Su origen es desconocido. Incomprensibles para
nosotros, parecen naturales a aquellos que viven
bajo su imperio.*

SIGMUND FREUD
TÓTEM Y TABÚ

*Las palabras obscenas son las palabras amorosas
porque son hostiles al ablandamiento del lenguaje.*

PASCAL QUIGNARD
EL SEXO Y EL ESPANTO

ÍNDICE

5 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

6 JUGABAN MIS PADRES EN EL JARDÍN...

Juan Antonio Masoliver Ródenas

9 RETRATO DE FAMILIA

Ana Franco Ortuño

10 LA SOMBRA DEL GRANADO

Manuel Andrade

14 MARCAS DE TIEMPO PARA (NO) HABLAR DEL GENOCIDIO EN GUATEMALA

Julio Serrano Echeverría

21 NO DIGAS QUE ES PRIETO, DI QUE ESTÁ MAL ENVUELTO

NOTAS SOBRE EL RACISMO MEXICANO

Fabrizio Mejía Madrid

27 LA ANCIANA ESPACIAL

Ursula K. Le Guin

33 SILENCIAR Y DESOÍR

¿ALGUIEN QUIERE HABLAR SOBRE LOS DERECHOS DE LAS TRABAJADORAS DEL HOGAR?

*Luisa Reyes Retana
y Papús von Saenger*

40 UN VACÍO SIN HORIZONTE

Juan Cárdenas

46 “LA NUTRIA TIENE COSQUILLAS”

EXPRESIONES

PARA IR AL BAÑO

Laura Sofía Rivero

53 EL EXPERIMENTO HUMANO

Maia F. Miret

60 EXÁMENES DE CONCIENCIA

Licenciado Domínguez

66 EL ENTENADO

(FRAGMENTO)

Juan José Saer

70 QUERIDA MAMÁ, VOY A TENER UN HIJO MÍO CON MI MARIDO Y MI MUJER

Gabriela Wiener

77 LUCÍA

Elvira Liceaga

82 “LA CAJITA FELIZ”, GAYS Y URBANISMO CHILANGO:

EL TABÚ QUE NUNCA DEJARÁ DE SER CONTEMPORÁNEO

Wenceslao Bruciaga

91 EROTISMO Y TABÚ

Sylvia Covián Villar

ARTE

98 DESDE EL ENCIERRO

Pilar Moreno

PANÓPTICO

EL OFICIO

110 JUAN PABLO VILLALOBOS

Carlos Barragán y Gonzalo Sevilla

PALCO

115 FUERA DE MÉXICO TODO ES TAIWÁN

MELQUIADES HERRERA

*Natalia de Rosa, Roselín Rodríguez
y Julio García Murillo / Los Yacuzis,
Grupo de Estudios Sub-Críticos*

AL AMBIQUE

120 PAJAROSAURIO REX

Alejandra Ortiz Medrano

ÁGORA

124 MÉXICO EN LA COYUNTURA

Luis Rubio

PERSONAJES

SECUNDARIOS

128 JAIME REST, EL ADJUNTO DE BORGES

Diego Erlan

OTROS

MUNDOS

131 ESCUADRÓN DE CHICAS

Diego Rabasa

CRÍTICA

136 ITINERARIOS DE SERGIO PITOL

Rafael Lemus

141 RICARDO PIGLIA Y LA SERIE DEL RECIENVENIDO

Ana Negri

144 APEGOS FEROCES

VIVIAN GORNICK

Brenda Lozano

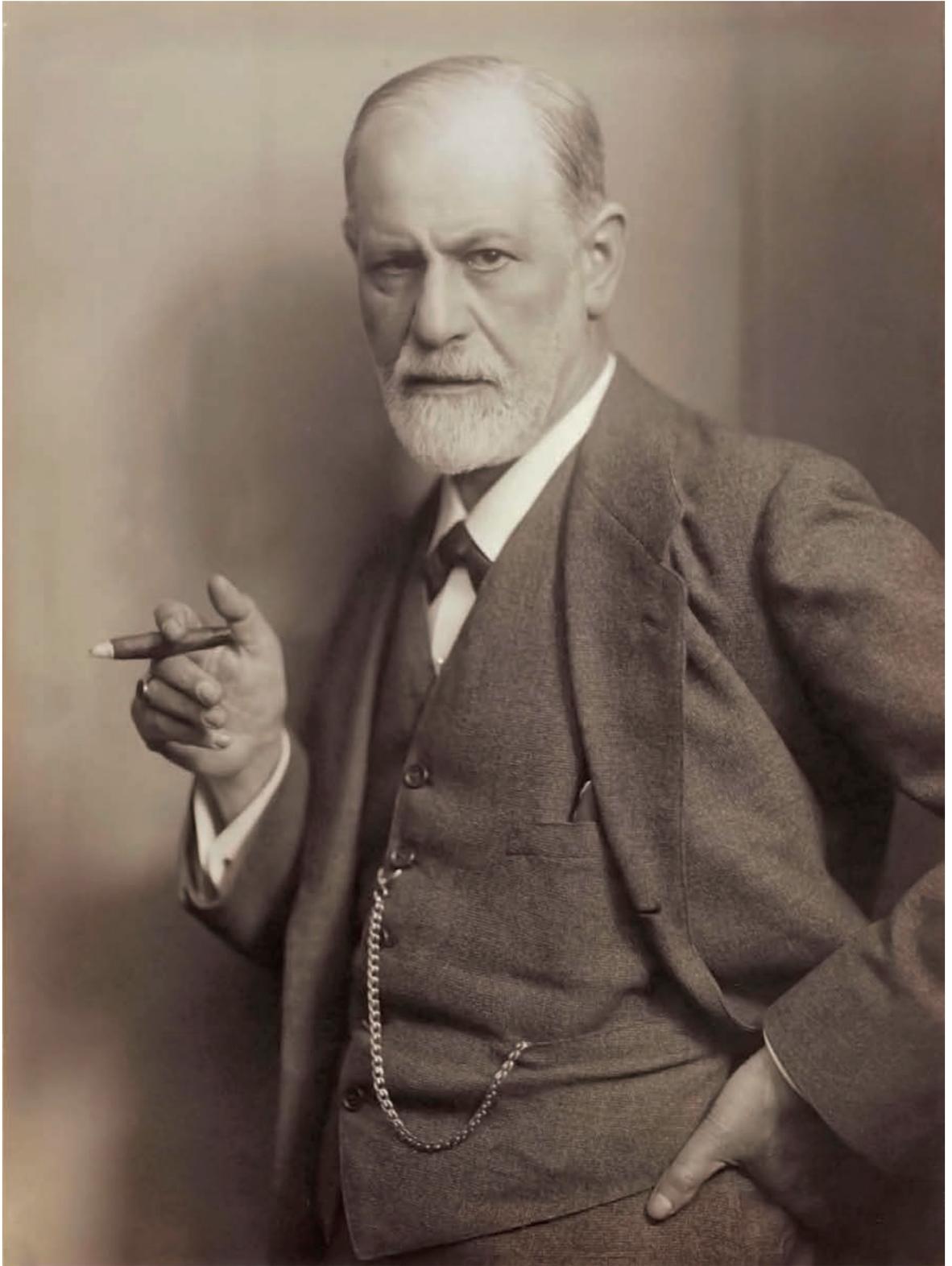
148 CABEZA AJENA

ANDRÉS COTA HIRIART

David González Tolosa

152 NUESTROS AUTORES





Sigmund Freud por Max Halberstadt, 1909

EDITORIAL

Lo prohibido fascina. En las ganas inconfesables, pero constantes, de explorar lo ignominioso, lo execrable, de transgredir las leyes de la moral, ya sea de manera física o a través del lenguaje, reside el núcleo de nuestras neurosis. En *Totem y tabú* Sigmund Freud describe al ser humano como constantemente dividido entre el deseo y la prohibición, y asegura que detrás de cada prohibición se esconde un deseo.

La palabra *tabú* proviene de las islas polinesias, y significa "lo prohibido por sagrado". Los habitantes de esas islas pensaban que algunos conceptos, vocablos y objetos sagrados eran tan peligrosos que nadie, excepto los jefes con un rango suficientemente alto para gestionar las fuerzas tanáticas que las protegían, podía enunciarlos o tocarlos. Eran los jefes quienes decretaban qué estaba cerrado (*tapu*) y qué abierto y permisivo (*noa*), y si alguien osaba infringir este decreto, debía asumir consecuencias muy funestas, generalmente la pérdida de su propia vida.

Desde el comienzo de las civilizaciones, la religión y el Estado han tratado de reprimir las ideas más revolucionarias, sobre todo las que amenazan su propia supervivencia. Personajes tan brillantes como Juana de Arco, Giordano Bruno o Solzhenitsyn fueron quemados en la hoguera, fusilados o recluidos en campos de concentración por retar las convenciones de su tiempo. En nuestra sociedad, laica y democrática, sigue habiendo tabús, temas incómodos, de los que evitamos hablar. ¿De dónde viene esta censura?, ¿de la moral imperante?, ¿de la cultura?, ¿de nosotros mismos? Y si es así, ¿en aras de qué nos censuramos?

Para esta edición, diversos miembros de nuestro consejo editorial nos propusieron abordar cuestiones que en México no suelen enunciarse. Entre los temas que salieron a la luz aparecieron la raza, las clases sociales, el poliamor, el aborto, la homosexualidad, el abuso hacia las empleadas del hogar, el erotismo y los excrementos. Resulta curioso que, aunque algunos de estos temas están reglamentados por nuestros códigos civiles y penales, a la gente le siga siendo difícil hablar de ellos.

Julio Serrano Echeverría, escritor guatemalteco, pone sobre la mesa un asunto que durante muchos años fue silenciado en su país: el genocidio contra la población indígena ixil. Este ensayo evoca otras matanzas más cercanas, las de nuestros propios pueblos originarios, de las cuales los mexicanos no hablamos jamás. En un texto dedicado a los tabús en la ciencia, Maia F. Miret habla de la clonación de humanos y de su cruce con otros animales como el chimpancé.

¿Qué tabús se esconden detrás de otros tabús?, se pregunta con razón Juan Cárdenas, autor del ensayo "Un vacío sin horizonte", sobre las clases sociales. Se trata en efecto de una puesta en abismo: detrás de cada tabú hay ciertamente un deseo, pero también un temor y un aferramiento al *statu quo*, a un orden establecido que en ocasiones sospechamos injusto pero por alguna razón nos conviene mantener.

¿Cuáles son, lector, los temas que te causan rechazo, al punto que preferirías que nadie los abordara? ¿Por qué? Con los textos que aquí te presentamos, la *Revista de la Universidad de México* te invita a descubrir tus reacciones.

Guadalupe Nettel

JUGABAN MIS PADRES EN EL JARDÍN...

Juan Antonio Masoliver Ródenas

Jugaban mis padres en el jardín.
Las mariposas agonizaban en las flores.
Dormía la calandria en las ramas
de la primavera.
Las paredes de cal del verano
se pueblan de recuerdos
entre insectos y lagartos.
Estoy desnudo en el centro
de la plaza de las mujeres
ancianas pidiendo la absolución.
Duermo en el vello de los muslos,
beso los pétalos del esfínter,
peco en nombre de la plenitud,
de la ebriedad marítima. Huyo
de las palabras que me acechan,
de las manos que escriben,
de los pies en el mármol y las luces
en el horizonte del mar.
Reclino la cabeza en tu pecho,
busco tus manos en mis pezones.
Soy. Camino por las calles
sin bombillas y le pido a mis pies,
les suplico en el llanto
que dejen de abandonarme.
Soy lo que fui,
lo que nunca dejaré de ser,
como aquella cruz en el horizonte
donde agonizaba el hijo de Dios.

Hoy he visto los límites del cielo
resquebrajado, roto, añicos
en la luz del alba. Cielo
sin ángeles. Sin amor.
Sin palabras.
En lo más oscuro
de la soledad, una puerta,
una mesa llena de evangelios.
Y en el centro de las manos,
sangrando, el Hacedor,
el que llenó de luz, de nubes,
de aguaceros y estrellas
el universo. El amado
y el escupido
el día del calvario.
Y era mi cielo
en los ojos de la infancia,
el de las brujas con la escoba
en lo más sucio de las entrepiernas.
Y también el cielo
que como un pezón sacia mi boca
de sueños y amapolas encendidas
al terminar el día.



Ilustración: Shukare

RETRATO DE FAMILIA

Ana Franco Ortuño

Somos mucho más parecidos de lo que querríamos,
un solo cerebro de ideas preconcebidas e Indicador de Preguntas
[frecuentes:

Ni de la carne

Ni frente al abismo

(—Cambiemos la conversación, alguien comente aquello de

Paquete básico de Satisfactores por Todos Conocido.

Penumbra idealizada en un mundo falto de contraste; etapa blanca
[con culto a la piel, blanca:

—¿Anda usted, por lo regular, en dirección opuesta?

(Idealmente podría localizarse en el mapa de los hechos)

—Ya era viejo el planeta cuando

—Diga a qué se refiere, enfrente con claridad. Lo escuchamos:

(Dios está en todas partes)

Use algo quizá menos oscuro que la tinta, ¡aligere!

O maneje con cuidado esa grisura de su ocupación, no vaya a ser que

Pase

Carta de motivos o *vieja el último*/ Solicitud en personaje Netflix

—No piense que todo está en su contra, es tan sólo un proceso de
[iluminación

Y el maquillaje, blanco

(pero el detalle se hace a oscuras).

Hablo de la familia mexicana y su catolicismo de calidad

Negociable

—¿No fue usted, paria de mierda, quien ofreció lustrar el apellido?

LA SOMBRA DEL GRANADO

Manuel Andrade

La trepadora sombra del granado
—en realidad eso lo inventas luego—
simula ser raíz de la terraza
que flota como fibra en mi recuerdo;
se liquidaba en lluvia cada tarde,
y caía cual rebozo que trenzaba la tierra
o despertaba en los sentidos lúdicos
sus aromas de humedad y canción.

Era mi madre y su sabor disperso
en los temas vitales de los libros:
era su forma de educar los días,
de tomar los cubiertos,
y sus altos registros matutinos,
como gotas que pegan contra un tubo metálico
y despiertan a sangre,
el sentimiento de heredar, de oído,
la inquieta y tumultuosa nube negra
donde se forja el agua,
y la fiesta secreta de los gritos:
una cama nocturna: afuera llueve,
y el temporal golpea la conciencia
que cae entre los sueños aromáticos
cual sonora granada vespertina...

La sombra del granado se desgrana,
musgo hilarante contra la ventisca,
se monta en la escalera de cemento,
y le da varias vueltas a mi vida:
es la terraza donde escucho el radio,
una atalaya desde donde miro
el flujo de las nubes cada tarde,

y renuevo los votos amatorios
con himnos que celebran mis héroes y su canto
dulce, desenfrenado, casi eterno...
La sombra del granado prende luces
tras los vidrios en danza de mi cuarto,
forja en el ventanal la miniatura
de una ciudad febril,
un altercado de hojas y de ramas,
contra la luz, que todavía tiene
el sabor del pleamar, y cuyo faro
antiguo, entre la niebla,
inventa las mujeres de mis sueños,
el cuerpo adolescente en el abismo
de la carne y el gozo, una botella
de evocaciones y de sugerencias...

La sombra del granado,
su agitada memoria, en la noche sin luz,
baila de danza, rito y cabellera,
ya cuando la mujer había cedido
su voz a las mujeres,
y era tal cual la Madre de los Vientos,
desplegando su sombra y sus poderes
sobre los cuerpos arrebatadores,
con su rima y su rumba
que me llevó a perder las ataduras,
a caminar las calles y las voces,
a diluirnos en la multitud,
ya sin sentido y sin extrañamiento:
el telar amatorio, en la ventana abierta,
tras las luces y voces del granado...

La sombra del granado, el pulso de su sangre
que se vuelve escritura, dibuja de memoria
sus olvidos por repetir las voces misteriosas
de la especie, y alzar, sobre el mandato
del padre (de ensayar con la voz para durar)
el cuerpo de la madre, su lengua enredadera,
que se proclama baile como divisa cierta
(toda la tarde de todas las tardes):
y es un cuerpo y un manto, que es la tierra,
la región transparente, volviéndose pantano,
la milenaria música y sus bordes de plata,
el agua sincopada de la sombra en el patio
que es la tarde profusa, de los montes que gritan las heridas,
cuando el Sol se despoja de antifaces, y late para siempre:
ya centro de la casa, y primigenio corazón del mundo...

A partir de este número, el *Periódico de Poesía* de la UNAM nos ofrece una selección de poemas vinculados con el tema del dossier. Los invitamos a leer más de esta publicación universitaria en www.periodicodepoesia.unam.mx

Ilustración: Shukare ►





MARCAS DE TIEMPO PARA (NO) HABLAR DEL GENOCIDIO EN GUATEMALA

Julio Serrano Echeverría

*En los tiempos oscuros ¿habrá también canciones?
Sí, también habrá canciones sobre los tiempos oscuros.*

BERTOLT BRECHT

Supongamos que en Guatemala se puede hablar del genocidio. Supongamos que la palabra significa más que un término legal, y que no tenemos que ir al diccionario jurídico a ver de qué se trata. Supongamos que el genocidio es la más brutal de las manifestaciones de la violencia del Estado sobre un pueblo por sus características identitarias. Que el gobierno de Guatemala a través de su ejército atacó y masacró sistemáticamente a comunidades de civiles mayas no es una suposición: mujeres, ancianos y niños enterrados en fosas comunes no son ninguna suposición. El tiro de gracia en la nuca, el machete en el vientre, en el cráneo, el cuerpo reventado contra un árbol no son una suposición, y ante semejante horror nos quedamos sin palabras para nombrarlo y ahí podemos volver a suponer que genocidio es un término suficientemente pesado para poder aglutinar esa lógica de Estado. Pero es un término legal, y entonces el 10 de mayo de 2013 un tribunal guatemalteco condenó a Efraín Ríos Montt por el delito de genocidio contra el pueblo ixil. Y aunque la sentencia fue anulada por un complejo laberinto jurídico —que como cualquier laberinto legal tiene y no tiene la razón— el genocidio se convirtió en parte del relato histórico.

La historia es un relato y en Mesoamérica sabemos de relatos. Entendemos ese ritmo, la respiración de quien está contando, respetamos que

nos la cuenten más que encontrarla en los libros, hasta en la más delirante y alienada vida citadina nos topamos con el relato a viva voz. Aquello de lo que no se habla en la calle, por miedo, por pudor, por mojigatos, por culeros, por racistas, por clasistas y por machos, se habla luego en la mesa, en la cama, se chatea por Whatsapp en el inodoro.

El horror es una de las historias más difíciles de contar, y en honor a la verdad, todavía estamos buscando palabras para contarlo.

ABRIL, 2018

Éste ha sido uno de los meses más extraños en la historia reciente de Guatemala. Dos de los personajes políticos más complejos, y probablemente los más importantes de los últimos 40 años, murieron. Efraín Ríos Montt y Álvaro Arzú Irigoyen. El primero fue enterra-

do la misma tarde de su muerte, con la mayor discreción y premura. El segundo fue honrado en capilla ardiente por las fuerzas de aire, mar y tierra del ejército de Guatemala.

Ríos Montt fue general del ejército y jefe de Estado 18 meses entre 1982 y 1983, tiempo suficiente para haber sido condenado por genocidio contra el pueblo ixil. El segundo fue el presidente de Guatemala que firmó la paz, que privatizó varios servicios del Estado, fue cinco veces alcalde de la ciudad de Guatemala y gobernó de la manera más opaca manejando el presupuesto municipal a puro fideicomiso.

Los relatos son vetas rastreables en la memoria de nuestras piedras. Al morir estos personajes la historia recibe una inmensa fuerza telúrica de carácter subjetivo, las sensaciones lo llenan todo ante la muerte y las tripas se golpean sobre las páginas de la historia; el



Mujeres Ixchel. Imagen de archivo

relato de la historia reciente de Guatemala se reacomoda como las placas tectónicas luego de un terremoto. Ríos Montt dejó a medias un nuevo juicio en el que no podría ser juzgado penalmente por su avanzada edad y deteriorada salud. Arzú dejó a medias una investigación por corrupción que no lo logró alcanzar, protegido por el sistema de poder —que evidentemente va más allá de la lógica de Estado— que él mismo ayudó a diseñar y consolidar. Ambos murieron sin ninguna de esas dos resoluciones, el juicio jurídico, digamos.

La muerte y la justicia son dos elementos fundamentales para poder contar el relato. Esta cita de Miguel Ángel Asturias encabeza muchos de los textos que se han escrito sobre el horror en Guatemala: “Los ojos de los enterrados se cerrarán juntos el día de la justicia, o no se cerrarán”.

A la violencia, a la muerte, al genocidio, al saqueo les van a faltar siempre palabras si no llega la justicia. Y, aun así, con silencios, con vacíos, con lo que queda en el espacio cuando las piedras se quiebran, contaremos también esa historia.

FEBRERO, 2016

En Chajul, uno de los pueblos más grandes de la región ixil, un anciano cofrade nos dice: “lo único que nosotros queremos es que nuestra memoria no se olvide”. El comentario fue apenas a fines de febrero, cerca de cumplirse tres años de haber iniciado el juicio por genocidio. Nos lo decía en medio de una ceremonia en la que terminaríamos bailando. No había mayor protocolo, era una ceremonia para celebrar el año nuevo agrícola, el inicio del nuevo ciclo de la vida y la tierra, y le salió el comentario como las brasas que saltan del fuego. Y la verdad es que yo pensaba en el amor.

Es extraño hablar de subjetividades y del juicio por genocidio. Se quedaron enrarecidas demasiadas palabras después de esa experiencia. Pero no inmediatamente después, es como si el tiempo les hiciera algo, digamos pronunciar memoria, pronunciar genocidio, la palabra “banquillo”, “intérprete”, “rebozo”, tienen alguna forma de enrarecimiento en los labios cuando se pronuncian. Las palabras de los sobrevivientes ante el tribunal trajeron consigo un nuevo espíritu para el lenguaje y esta parte de nuestra historia.

En el mismo Chajul, unos meses después, un albañil nos invitó a tomar café con pan en su casa mientras nos contaba que fue soldado entre 1982 y 1984, en los años más oscuros de la guerra. Su relato era más revelador cuanto más oscuro, y cuanto más oscuro más simple. Era la historia de ese momento de su vida, antes de ser el maestro de obra que construyó la iglesia evangélica del pueblo. Cuando terminamos la conversación el amigo que nos había llevado a esta casa —algo así como el cuñado de este albañil— nos dice: “le cayeron bien, él casi no habla de eso”. Y nos quedamos pensando largo rato. A lo mejor la empatía es algo que también le ha faltado a la historia.

El relato historiográfico pareciera estar diseñado para hablar de las cimas y los valles a través del criterio muy específico y aleatorio de alguien, el entramado llega a ser tan complejo que imaginar un relato —escrito— que logre abarcarlo puede terminar en aquel mapa borgeano tan exacto que al desplegarlo era del tamaño de la realidad. Por contraste, en la comunidad pervive la memoria de otra manera. Los ixiles, por ejemplo, tienen una iconografía de identidad muy fuerte, el Cot, un águila de dos cabezas “que se robaba a la gente” —así, en pasado—, la iconografía coinci-

El horror es una de las historias más difíciles de contar, y en honor a la verdad, todavía estamos buscando palabras para contarlo.

de con el escudo de armas de los Habsburgo y, bordado en la mayoría de los huipiles de las mujeres ixiles, es una suerte de apropiación y resignificación de una historia de resistencia que va muchísimo más allá de los 18 meses de gobierno de Ríos Montt y los cuatro años de Romeo Lucas García.

Quizá la pregunta no es si estamos hablando de nuestra historia, sino cómo estamos hablando de ella.

ABRIL-JUNIO, 2014

Un año después del juicio por genocidio me di a la tarea de preguntarle a varias personas qué sentían durante el juicio. Aún estaban frescas muchas sensaciones vividas y las respuestas a la pregunta eran, sobre todo, curiosas.

El primer gesto curioso era justamente resultado de la pregunta “¿qué sentías durante el juicio?”, no qué pensabas, ni cómo estuvo, sino la descripción, el relato de la sensación y del universo sensible del individuo. Fue como cuando te preguntan qué sentiste durante el terremoto. La pregunta no dejaba de ser perversa, hablar de sensaciones durante ese proceso contrastaba durísimo con aquello por lo que se está llevando a cabo, pero pensé que era imposible no hablar de esa otra fuerza telúrica.

Resulta evidente que cada persona sentía cosas muy distintas, pero es oportuno enfatizarlo, por aquello de la generalización tan común en este proceso, por aquello de caer en la trampa de que el juicio por genocidio eran dos bandos tratando de ganar una batalla simbólica. Durante el proceso, las redes sociales se llenaron de las etiquetas #SiHuboGenocidio y #NoHuboGenocidio y la opinión pública se decantó por alguna de estas dos maneras de entender el proceso. La compleja

discusión en torno a la posibilidad de un Estado que busca exterminar a un grupo de personas por sus características identitarias, en función de su agenda contrainsurgente, terminó en un debate de redes sociales en las que la historia terminaba de definirse con el lanzamiento al aire de una moneda.

Aun así, la curiosidad por la sensación me permitía abrirme una ruta entre el pensamiento binario del juicio. Todas y cada una de las personas a quienes pregunté qué sentían durante el juicio —mientras el juicio se estaba llevando a cabo— desarrollaban en los primeros, digamos, treinta minutos, su perorata ideológica, su punto de vista sobre el hecho histórico, sus filiaciones, fobias y filias, algo así como una declaración de principios bastante predecible dentro de la bipolaridad entre sí y no, lo cual tendía a simplificar conceptos muy complejos en versiones muy parecidas.

Luego de esos primeros treinta minutos venía lo inesperado, aquello que no pasaba necesariamente por el argumento y que, dependiendo de los niveles de confianza, entraba directamente en la contradicción: un silencio incómodo, un “vos, yo en realidad no estoy seguro de eso del genocidio”, “la historia de mi papá no es la misma que la del militar”, “a mí me mandaron a la mierda mientras sucedía el juicio”, “me dolió el corazón de ver a la esposa de Ríos Montt sentada viendo a su marido”, etcétera.

Parece que la historia que pasa por el cuerpo, la historia abiertamente subjetiva, está llena de contradicciones, de tonalidades, de luces y de sombras. Indeterminada, la historia



Mujeres Ixchel. Foto: Cristina Chiquin

sensible como el relámpago en la memoria, como la sensación de la luz ante el rayo, pero nada más. Así pareciera sentirse el horror con el paso del tiempo, como la sensación del rayo, y acaso cada nuevo trueno nos recuerda la naturaleza fundamental de la tormenta.

DICIEMBRE, 1983

Yo nací en Xelajú la noche del 7 de diciembre de 1983, mis padres hacen el chiste de que el 7 de marzo de ese año llegó Juan Pablo II a mi pueblo, es decir, exactamente nueve meses antes de mi nacimiento. Apenas unos días antes, el 4 de marzo, fueron fusilados Héctor Adolfo Morales López, los hermanos Walter Vinicio y Sergio Roberto Marroquín González, Carlos Subuyuj Cuc, Pedro Raxón Tepet y Marco Antonio González como resultado de otra de las sentencias de los tribunales de fuero especial del gobierno de Ríos Montt, tribunales sin rostro —verdugos sería una palabra más exacta—, una pieza de diseño del gobierno genocida de José Efraín.

Por su parte, los registros del *Diario Militar* coinciden justo con las últimas semanas del

embarazo de mi mamá, mi nacimiento y lactancia. En su momento, escribiendo un texto sobre Luis de Lión, desaparecido el 15 de mayo de 1984, me percaté de todo lo anterior; mis hermanos, mis amigos, todos los niños con los que crecí en el colegio, y los que me encontraba camino a casa, todos los chicos que nos juntábamos en los partidos de básquet, en las kermeses de los colegios, qué sé yo, muchísimos de nosotros nacimos justo en esos años y nuestros padres hacían el amor y se decían palabras hermosas al oído en medio de esas noches. Claro está, hay fecundaciones sin romanticismo y resultado de una violación, de miles de violaciones. He pensado tantas veces en esto. La historia que mis papás cuentan de mi nacimiento y el de mis hermanos, es también la historia del genocidio.

¿Cuáles son las implicaciones de lo no dicho, de lo no imaginado, de lo no sentido? La verdad no tengo la menor idea, pero sí sé que el hecho de que Ríos Montt haya atravesado un juicio por genocidio me llenó la vida de preguntas que jamás me hubiera hecho si la justicia no lo hubiera alcanzado.

MARZO, 1974

Efraín Ríos Montt fue candidato presidencial junto a Alberto Fuentes Mohr como vicepresidente, reconocido economista e intelectual socialdemócrata. Se postularon como Frente Nacional de Oposición, una alianza entre demócratas cristianos y socialdemócratas para llegar al poder de la única manera posible en ese momento: en alianza con un militar que lo permitiera. Dicho lo anterior, Montt y Fuentes fueron la dupla “progre” de aquellas elecciones: las ganaron, se las arrebataron en un fraude y otro militar quedó en el poder.

De aquellas elecciones se habla muy poco. En el imaginario fueron elecciones legítimamente ganadas por la izquierda y arrebatadas por la dictadura militar.

HOY

Muchas veces las conversaciones casuales en nuestros países pasan por los veinte minutos de la violencia cotidiana, el robo del celular, el asalto en el bus, el acoso callejero, el sonido de las balas y las sirenas a dos cuadras de la casa. Hay una obscena normalización del horror que empuja nuestra conversación no a ocultarlo sino a su más anodina aceptación.

La muerte, la injusticia y la pobreza no son temas silenciados, muy por el contrario, hemos llenado nuestro tiempo, en una especie de *horror vacui*, de la trivialización de nuestras propias miserias, capitalizadas cada cuatro años por las campañas electorales. El sistema generó su propia trampa respecto a las conversaciones del día a día.

Las redes sociales se llenan de comentarios que lanzan fuegos artificiales instantáneos sobre la nada. La memoria histórica en el país es un machete afilado por ambos lados. Cuando una investigación judicial, la muerte, una

película, un libro o un meme vuelven a poner sobre la mesa la discusión de la memoria, las redes se vuelven un campo de batalla y la sobremesa un silencio incómodo.

Hay una relación entre hablar —enunciar con la voz— y escribir en las redes sociales. Y ahí hay un montón de tela por cortar, el caso del juicio por genocidio evidenció una pulsión muy perversa por querer sintetizar la complejidad de la historia a si hubo o no genocidio, si Ríos Montt era un héroe de la patria o un genocida, si el más perverso de los políticos contemporáneos o el mejor alcalde de la historia reciente.

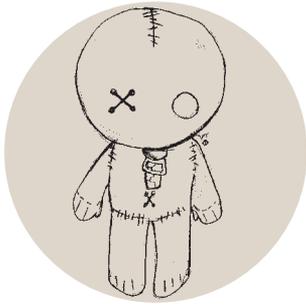
Hordas de *netcenters* se dedican hoy por hoy a atacar a quienes piensen diferente de quien los contrata. Y luego uno cierra la aplicación, sale de nuevo a las calles y el tema es otro. La calle es lo suficientemente dura para que la discusión no sea sobre el genocidio sino sobre el trabajo. Pero tocada la fibra sensible, vuelve a arder Troya.

A mi manera de verlo, todo lo anterior deja muy claro que nos cuesta horrores hablar de nosotros mismos como comunidad, a lo mejor ni siquiera hay conciencia de serlo, nos jalamos el pelo, nos escupimos, nos abrazamos, nos damos *like*, nos compartimos, nos robamos las ideas para ponerlas en la cafetería del trabajo, en la cena con los suegros. Y en ese mercado negro de los laberintos es posible que estemos viviendo uno de los momentos de la historia en que más hablamos de nuestra conciencia de pertenecer a este tiempo.

Hasta hace pocos años ni genocidio, ni resarcimiento, ni justicia, ni corrupción eran palabras comunes en el día a día; hoy son sugerencias de búsqueda permanentes en Google. No sabemos cómo hablar de nosotros, pero evidentemente no dejamos de intentarlo. **U**

6.
De Español, y Morisca; Albina.





NO DIGAS QUE ES PRIETO, DI QUE ESTÁ MAL ENVUELTO

NOTAS SOBRE EL RACISMO MEXICANO

Fabrizio Mejía Madrid

El 16 de junio de 2017, el INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) presentó los resultados que miden la relación entre el color de la piel y el lugar que uno ocupa en la sociedad mexicana. De inmediato, surgieron los que estaban en contra de siquiera plantear la pregunta de si somos o no un país racista. A pesar de que en el estudio en 30 mil casas se pidió que fueran los encuestados quienes escogieran su propia pigmentación en una escala en la que "A" es color chocolate y "K" es rosa, las voces que pidieron censurar los resultados lo hicieron sobre dos argumentaciones por lo menos gelatinosas: "Si yo soy moreno y me va bien, no existe el racismo" o "Todos somos racistas. A mí me dicen 'güerito' en el mercado". El estudio fue acallado porque, en el mito posrevolucionario, los mexicanos somos una mezcla mestiza y sugerir que los pobres tienen un color más oscuro que los ricos significa que no todo éxito social se debe al mérito propio.

Hay algo de mágico en la prohibición de hablar de racismo en México, más allá del obvio: las comunidades indígenas. No decirlo es no convocarlo, como decir que uno no es "de izquierda" porque no quiere ser pobre o aceptar que se vive en una sociedad tan desigual que hasta teme perder la indigencia. En la fantasía del país mestizo, los indios están en geografías aisladas, sin agua potable, hablando, entre humo de copal, otras lenguas. Si son "indígenas" están politizados y reivindican sus

◀ Miguel Cabrera, *De español y morisca, albina*, siglo XVIII

costumbres como leyes aparte del resto. Si son "antepasados" pueden pasar a mirar las joyas del esplendor azteca y maya. Los demás mexicanos somos morenos en la medida en que el bigote o el rebozo nos ocultan la cara. Pero el color de la piel se correlaciona con una estructura de oportunidades o falta de ellas. El estudio del INEGI lo mide con precisión: el 88 por ciento de los encuestados se autoclasificaron como morenos, entre la "G" y la "H", a la mitad de la tabla de pigmentación. Pero una tercera parte de los que se clasificaron como más oscuros no terminó la primaria mientras que el 28 por ciento de los más blancos concluyó su educación superior. Cuando se les pregunta por su lugar en el trabajo, los más oscuros se desempeñan en igual proporción —una tercera parte— en trabajos manuales y de apoyo, mientras que el 32 por ciento de los más blancos son directivos.

La prohibición de hablarlo se debe a que, a diferencia de Estados Unidos, el menosprecio por el color de la piel no es institucional sino familiar. Los "gringos", además de pragmáticos, utilitarios y solitarios, tienen instituciones que humillan a una parte de su población. Los mexicanos no necesitamos de esas instituciones, podemos solitos. El racismo en México es una relación de unos contra otros por el aspecto; no hay leyes que nos separen por colores —sería complicado dada tan enorme diversidad de matices de café—, y la policía puede detenernos por ser morenos o por verse de que no lo somos tanto. Por eso está prohibido plantearlo: no hay leyes ni reglamentos que combatir, tenemos que enfrentarnos cara a cara.

Los mexicanos morenos se apresuran a contarnos sobre su abuelo español y cómo se fue oscureciendo su esplendoroso legado pigmen-

tario, pero, sin transición, pueden pasar a defender el *statu quo* como vernáculo cuando llaman a los opositores "gachupines" o "extranjerizantes". La mezcla se vive como una angustia entre lo propio y lo aspiracional: si ser moreno implica tener una educación deficiente y un trabajo monótono, nadie quisiera serlo. Si pudiéramos evitarlo, lo haríamos y, en vez de ser más parecidos a la sirvienta, al sicario y al capataz de las telenovelas, podríamos aspirar a ser la dueña, el capo en control y el novio bueno. Esto tiene un contenido político: si las decisiones deben estar en manos de alguien con posdoctorado, muy probablemente será alguien casi transparente. La estructura de poder se revela en dos términos: "prieto" y "güero".

El "güero" no es el rubio, sino el que tiene poder de compra, el que tiene el control sobre sus necesidades más elementales. En los informales es la consumidora contenta con su nueva compra. El "güero" es alguien confortable, seguro de que no le van a rebotar la tarjeta de débito. Dada la estructura de tercios que revela el INEGI, es posible, aunque no indispensable, que sea de piel más blanca, menos moreno. El "prieto" es más complejo.

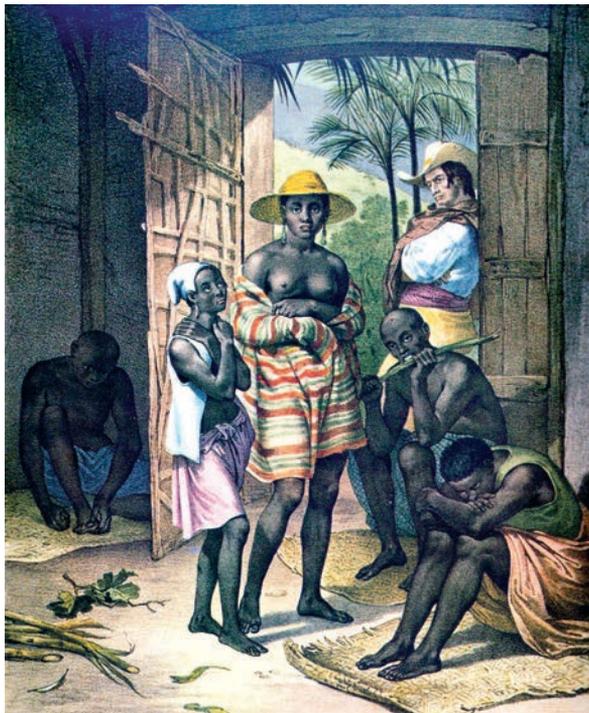
El "prieto" es el mestizo a cuya pigmentación se le atribuyen, al mismo tiempo, indolencias, ignorancias, rencores atávicos y sentimentalismos a flor de piel. Es la continuación por otras vías de una guerra contra los pobres: el lépero de la Colonia (no de su barrio, sino del periodo virreinal) da paso al "pelado" de la República Independiente. Ambos términos son políticos: la "leperuza" es una chusma anónima y el "peladaje" es la misma, pero desprovista de ropa elegante. Ambas acabaron por encarnar el lenguaje soez: "peladeces" y "leperadas". Además de la grosería verbal, a

los pobres de las ciudades se les atribuyen los mismos rasgos que a los campesinos franceses de principios del siglo XX. Enumera el historiador Eugen Weber los insultos que le merecen sus trabajadores al terrateniente Limousin en 1865:

Bestias de dos patas, apenas se reconoce en ellos a un ser humano. Su ropa siempre mugrosa y, cuando se desnudan, tienen una piel tan oscura y gruesa que uno duda si abajo fluye algún tipo de sangre. Su mirada obtusa y salvaje no deja entrever ningún rastro de pensamiento en este ser atrofiado física y moralmente. No tienen ningún escrúpulo para la traición; son ignorantes, apáticos, flojos, perezosos, de una naturaleza hipócrita, avara, y taimada. Hay que decir que existe una distancia enorme entre nosotros, los que hablamos la lengua francesa, y ellos que apenas la tartamudean con dificultad.

Este sojuzgar —“sentenciar hacia abajo”, literalmente— a los pobres asociando su aspecto a un juicio moral sobre su sospechosa humanidad, adquiere una vuelta con el término “naco”. Escribe, en extenso, Carlos Monsiváis:

La naquiza tiene una historia: el desprecio imperante ante el perfil de un indio zapoteca que no puede decir apotegmas, el desdén ante el brillo (no verbal) de la vaselina y ante el esplendor (no tradicional) de la chamarra amarillo congo y ante la ilustración que a veces concede el certificado (no inafectable) de sexto de primaria, que respalda y encomia la voraz lectura de cómics, fotonovelas y diarios deportivos. Su historia: la opresión y la desconfianza, el recelo ante cualquier forma de autoridad, los asentamientos urbanos como hacinamientos en un solo cuarto, el arribo a la ciudad entre expropiacio-



Johann Moritz Rugendas, *Negros novos*, 1835



Miguel Cabrera, *De español e indígena, mestiza*, siglo XVIII

nes de cerros y enfermedades endémicas y quemadores de petróleo en construcciones de cartón o de adobe o de material de desecho con piso de tierra o de cemento. Su historia: el ir ascendiendo a duras penas o irse quedando entre la malicia de su espíritu crédulo y su muy reciente pasado agrario y su aprendizaje de la corrupción como defensa ante la Corrupción. Su sociedad: la conversación como gracia de la única pileta de agua, el tendajón como el ágora, la cerveza y la mezclilla como estructuras culturales, el ámbito del vecindario y del compadrazgo como la identidad gregaria que se exhibe en la vasta cadena de bautismos, confirmaciones, primeras comuniones, matrimonios, defunciones, quince años, graduaciones de primaria o de

academias comerciales, compadrazgos de escapularios, de coronación, del cuadro de la Virgen, de alumbraciones y consagraciones. Su sociedad: el lenguaje extraído de comentaristas deportivos, de cómicos de televisión, de películas, de radionovelas, telenovelas y fotonovelas, la "grosaría" permanente como único y último recurso ante un idioma que los rechaza condenatoriamente, la diversión como un desciframiento de las ofertas contiguas del sexo y de la muerte.

Discriminación por el gusto, "hablar mal", y cierta astucia de la servidumbre, que termina enclavada en el color de la piel. Y así llegamos, por fin, al "prieto" como nombre de la sociedad de castas que ubica el pronóstico



Johann Moritz Rugendas, *Combates con indios*, 1820

El "güero" no es el rubio, sino el que tiene poder de compra, el que tiene el control sobre sus necesidades más elementales.

de éxito en la pigmentación heredada y que, por lo tanto, desconfía de quien, con esa facha mestiza, ha podido tener casa propia: de ahí que, con todos los millones de la corrupción, "El Negro" Durazo no fuera solamente "Arturo" o el "jefe de la policía de la capital", sino el amigo advenedizo del Señor de Caparrosa de Navarra, el presidente José López Portillo y Pacheco. Los dos fueron en la misma medida corruptos, pero no igualmente ilegítimos por su color de piel, ignorancia y truculencia.

El racismo no se trata de una discriminación personal por el color de piel mestiza o por andar mal vestido —"mal envuelto"— ni tampoco por los prejuicios basados en estereotipos, sino que constituye una estructura narrativa y de imágenes respaldada por los que tienen el poder para diseminar ciertas creencias sobre los más morenos, que evita que tengan acceso a los mismos recursos y a ciertos privilegios que deberían concederse por méritos, como la educación o el puesto de trabajo. Es decir, una cosa es que alguien te discrimine por cómo te ve a través de sus prejuicios, y otra muy distinta es que la forma en que está organizado el reparto del poder y los privilegios sea racista. Por eso no existe tal cosa como el "racismo al revés". Decirle "güerita" a alguien no es racismo, sino simple prejuicio. Cuando alguien no tiene poder institucional para decidir si te quita un espacio, una forma de autodefinirte o una oportunidad por tus rasgos fenotípicos, te puede discriminar, sentirse superior a ti o tener un prejuicio en tu contra. Pero el racismo es otra cosa: es una estructura narrativa de verdad y de poder que, por el origen étnico y los rasgos aparentes, elimina a grupos enteros de las posibilidades de la equidad, la justicia y la libertad. Una cosa es que te discriminen o ten-

gan prejuicios porque hablas francés —lo que no pasa de una anécdota personal— y otra muy distinta es que, estructuralmente, México es una nación racista porque los privilegios y el poder les están si no prohibidos sí alejados a los "prietos". Estas vías de ascenso cultural y social están más empedradas para los más oscuros que para los menos morenos.

El otro tema que hace ridícula la observación de que existe un "racismo al revés" es la historia. Que yo sepa, ningún "no-prieto", "menos prieto", "no tan naco" —en el país de las 23 combinaciones de las castas coloniales todo lleva comillas— tuvo que soportar la esclavitud, la encomienda o las limitaciones de acceso a la educación o a cargos de autoridad. Y menos ha tenido que aceptar que sean los privilegiados de la casta superior los que definen su identidad. Y es que, acaso, la discusión que anuló la banalización del término "racismo" al suponer que podía existir como una estructura de doble vía —"racismo de los indios a los blancos"—, fue la de la autodefinición. Fue el poder colonial el que inventó una clasificación "naturalista" de los de abajo: criollo, mestizo, castizo, español, zambo, zambo prieto, mulato, morisco, albino, saltapatrás, apiñonado, cholo, chino, harnizo, harnizo prieto, chamizo, cambujo, lobo, jíbaro, albarazado, zambaigo, campamulato y tente en el aire. Donde "español" no es lo que dice, sino "español con mestizo que se casa con español", y donde "prieto" siempre es un escalón abajo de la pirámide de la fuerza institucional. En la cúspide, sólo los "peninsulares" —los nacidos en España— eran el verdadero poder. Un poder transoceánico, tan lejano a los súbditos

como ahora lo están los diplomados en la *Ivy League* de los ejidos. Hoy siguen siendo los poderosos los que definen a los otros como "prietos", "nacos", "lumpen", dentro de una estructura que les niega a éstos la igualdad y la libertad. Los demás son insultos, inaceptables porque discriminan, pero no insuperables como sí es nuestra democracia de las castas.

La construcción cultural del "prieto" —o del "moreno"— sigue siendo hoy la misma que durante la Nueva España. Nuestra invisibilidad nos hace parte de la "mayoría silenciosa", el lugar donde rebotan las encuestas, donde las estadísticas van mal, donde los discursos académicos de la ciudadanía "verdadera" parece que no se entienden —siempre estará el problema del idioma—, o se malinterpretan o se miran con sospecha. Somos esos, los "prietos", de los que nunca se puede uno fiar, que están siempre al borde de acuchillarnos traidoramente o llorar por un bolero o que, sin asumir su compromiso con la productividad, se dejan caer al pie del nopal ya privatizado, con un sombrero chino que nos tape del mediodía desgastado por el cambio climático.

El país tiene que seguir diferenciado porque, como reza el refrán de los que creen que al enunciarse como superiores lo son en la realidad, "lo bueno de la lucha de clases es que la vamos ganando". El discurso por la igualdad es amenazante para quien cree que la vida lo recompensará algún día por su obediencia al poder. Los desesperados son "los de abajo" que necesitan protestar o disentir. Son los "chairos". El "chairo" es el prieto ideológico. Y éstos además son "pandrosos" —no siguen la moda—, "indígenas" —los rasgos que demuestran la pobreza y el "mal español"—. Últimamente los "chairos" son la restauración ideológica del "naco", ahora asimi-

lada a quien protesta por las desigualdades y los menosprecios.

La enunciación del otro como inferior no admite utilizar "naco" o "prieto" y se sustituye por "chairo": si yo sólo fuera pobre, protestaría, pero también soy obediente. En la medida en que desprecio la realidad de mi propia pobreza, desdén a los que protestan contra ella. Protestar, indignarse por la injusticia sería aceptar que la padezco. El chairo siempre es el más moreno.

La banalidad es una insustancialidad como vanidad prestigiosa: no informarse para evitar preocuparse, despreciar las búsquedas insaciables de saberes como casi patológicas, sentirse orgulloso de la propia bobería, de no tener que preocuparse por los demás o el país, porque tengo que sostener mi propia fantasía de que me va bien. Lo remoto antiintelectual lleva a lo insensible. Si nada es para tanto, hasta una masacre es celebrable o, al menos, eludible por la vía de "hay tanto de eso, que prefiero ya no verlo". No es que los que justifican con su banalidad el estado actual de las cosas tengan una postura a favor o en contra de las reformas constitucionales o de cómo se han manejado las oficinas de los gobernantes y los empresarios —no pueden porque eso sería faltar al prestigio que les da la superficialidad—, es que aguantarlas es demostrar inclemencia, un valor de la cultura neoliberal. *You're fired*, decía Donald Trump a los concursantes del show televisivo que lo llevó a la presidencia. Sentirse distinto a la mayoría es ser menos moreno y ocultar que tu apellido es "Hernández", pero también no comprometerse, no ser "intenso", no ser ideológico. Después de todo, el sentimentalismo y lo épico son de mal gusto. Pero tampoco hay que decirlo, los demás podrían sentirse menospreciados. **U**



LA ANCIANA ESPACIAL

Ursula K. Le Guin

Traducción de Tania Pratts

La menopausia probablemente es el tema menos glamoroso que se pueda imaginar; esto es interesante porque se trata de uno de los pocos temas al que algunos retazos y jirones de tabú aún se aferran. Una mención seria de la menopausia generalmente se topa con un silencio incómodo; una referencia despectiva a ella suele encontrarse con risitas disimuladas. Tanto el silencio como la risa son indicios bastante seguros de tabú.

La mayoría de la gente consideraría la vieja frase “cambio de vida” como un eufemismo para el término médico “menopausia”, pero yo, que justo ahora atravieso por dicho cambio, empiezo a preguntarme si no es al revés. “Cambio de vida” es una frase demasiado tajante, demasiado objetiva. “Menopausia”, con la sugerencia velada de una *mera pausa* después de la cual las cosas continúan como antes, es tranquilizadamente trivial.

Pero el cambio no es trivial, y me pregunto cuántas mujeres son lo suficientemente valientes para emprenderlo de todo corazón. Renuncian a su capacidad reproductiva con más o menos esfuerzo, y cuando se va, piensan que eso es todo. Bueno, al menos ya no tengo la Maldición, dicen, y la única razón por la que me sentía tan deprimida a veces eran las hormonas. Ahora soy yo misma de nuevo. Pero esto es para evadir el verdadero reto, y para perder no sólo la capacidad de ovular, sino también la oportunidad de convertirse en una Anciana.

En el pasado, las mujeres que sobrevivían el tiempo suficiente para alcanzar la menopausia a menudo aceptaban el reto. Habían tenido prác-

tica, después de todo. Ya habían cambiado su vida radicalmente en otra ocasión, cuando dejaron de ser vírgenes y se convirtieron en mujeres maduras/esposas/matronas/madres/amantes/prostitutas/etcétera. Este cambio involucró no sólo las alteraciones fisiológicas de la pubertad —el cambio de la niñez estéril a la madurez fructífera— sino una alteración del ser socialmente reconocida: un cambio de condición de lo sagrado a lo profano.

Ahora que la virginidad se ha secularizado por completo, de modo que el término “virgen”, otrora impresionante, es ahora una burla o a lo sumo una palabra anticuada para designar a una persona que aún no ha copulado, la oportunidad de ganar o recuperar la condición peligrosa/sagrada de estar en el Segundo Cambio ha dejado de ser evidente.

La virginidad es ahora un mero preámbulo o sala de espera de la cual hay que salir lo más pronto posible; no tiene importancia. La vejez, de manera similar, es una sala de espera a la que se acude después de que la vida se acaba, a esperar el cáncer o un derrame cerebral. Los años anteriores y posteriores a los años menstruales son vestigiales: la única condición significativa que les queda a las mujeres es la de la fecundidad. Curiosamente, esta importante restricción coincidió con el desarrollo de químicos e instrumentos que hacen que la fertilidad en sí misma sea una característica sin sentido o al menos secundaria de la madurez femenina. El significado de la madurez ahora no es la capacidad de concebir, sino la simple capacidad de tener relaciones sexuales. Como esta capacidad es compartida por púberes y mujeres en la posmenopausia, la difuminación de las distinciones y la eliminación de las oportunidades es casi completa. No hay rituales de iniciación porque no

hay un cambio significativo. La Triple Diosa tiene una sola cara: la de Marilyn Monroe, tal vez. La vida entera de una mujer desde los diez o doce hasta los setenta u ochenta años se ha vuelto secular, uniforme, inmutable. Así como ya no hay ninguna virtud en la virginidad, ya no hay ningún significado en la menopausia. Ahora se requiere determinación fanática para convertirse en una Anciana.

Las mujeres, por tanto, al imitar las condiciones de vida de los hombres, han renunciado a un sólido puesto que les pertenecía. Los hombres temen a las vírgenes, pero tienen una cura para su propio miedo y para la virginidad de la virgen: coger. Los hombres les tienen miedo a las ancianas, tanto miedo que su cura para la virginidad les falla; saben que no va a funcionar. Enfrentados con la Anciana realizada, todos menos los hombres más valientes se marchitan y se retiran, cabizbajos y penicaídos.

Sin embargo, la Mansión Menopausia no es únicamente un bastión defensivo. Es una casa u hogar, totalmente amueblado con las necesidades de la vida. Al abandonarlo, las mujeres han reducido su dominio y empobrecido sus almas. Hay cosas que la Mujer Vieja puede hacer, decir y pensar que la Mujer no puede hacer, decir o pensar. La Mujer tiene que renunciar a algo más que sus periodos menstruales antes de que pueda hacerlas, decirlas o pensarlas. Tiene que cambiar su vida.

La naturaleza de ese cambio es ahora más clara de lo que solía ser. Vejez no es virginidad sino una tercera y nueva condición; la virgen debe ser célibe, pero la anciana no necesita serlo. Hubo una confusión allí, que la separación de la sexualidad femenina de la capacidad reproductiva ha aclarado a través de los anticonceptivos modernos. La pérdida de fer-



Anciana de la región de Kham, China. Foto: Daniela y Oliver Föllmi

tilidad no significa pérdida de deseo y realización. Pero implica un cambio que involucra asuntos aún más importantes —si se me permite la herejía— que el sexo.

La mujer que esté dispuesta a hacer ese cambio debe quedar embarazada de ella misma, por fin. Debe soportarse a sí misma, su tercer yo, su vejez, con penoso esfuerzo y sola. No muchos la ayudarán con ese parto. Ciertamente, ningún obstetra masculino cronometrará sus contracciones, le inyectará sedantes, estará preparado con fórceps y suturará limpiamente las membranas rotas. Es difícil incluso encontrar una partera a la antigua, en esta época. Ese embarazo es largo, ese trabajo de parto es difícil. Sólo uno es más difícil, y ése es el último, el que los hombres también deben sufrir y realizar.

Puede ser más fácil morir si ya has dado a luz a otros o a ti mismo, al menos una vez. Éste sería un argumento para superar toda la incomodidad y la vergüenza de convertirse en una Anciana. De cualquier modo, parece una pena tener un rito de iniciación integrado y

eludirlo, evadirlo y pretender que nada ha cambiado. Eso es eludir y evadir la propia feminidad, fingir que uno es como un hombre. Los hombres, una vez iniciados, nunca tienen la segunda oportunidad. Ellos nunca cambian de nuevo. Ésa es su pérdida, no la nuestra. ¿Por qué pedir pobreza prestada?

Ciertamente, el esfuerzo por permanecer sin alteraciones, joven, cuando el cuerpo da una señal de cambio tan impresionante como la menopausia, es valiente; pero es una valentía estúpida y autosacrificial, más apropiada para un muchacho de veinte años que para una mujer de cuarenta y cinco o cincuenta. Que los atletas mueran jóvenes y coronados de laurel. Que los soldados ganen los Corazones Púrpuras. Que las mujeres mueran viejas, coronadas de blanco, con corazones humanos.

Si viniera una nave espacial de los amigos nativos del cuarto planeta de Altair, y el cortés capitán de la nave espacial dijera: "Tenemos espacio para un pasajero; ¿nos prestarían un solo ser humano para que podamos conversar a gusto durante el largo viaje de re-

greso a Altair y aprendamos de una persona ejemplar la naturaleza de la especie?" —Suplico que lo que la mayoría de la gente haría sería entregarles a un excelente, brillante y valiente hombre joven, muy educado y en la mejor condición física. Un cosmonauta ruso sería ideal (la mayoría de los astronautas estadounidenses son demasiado viejos). Seguramente habría cientos, miles de voluntarios, todos jóvenes, todos dignos. Pero yo no elegiría a ninguno de ellos. Tampoco elegiría a ninguna de las jóvenes mujeres que se ofrecerían voluntariamente, algunas por magnanimidad y valor intelectual, otras por la profunda convicción de que Altair no podría ser peor para una mujer que la Tierra.

Lo que yo haría sería ir al Woolworth's de la zona, o al mercado local del pueblo, y elegir a una mujer mayor, de más de sesenta años, del mostrador de bisutería o el puesto de nuez de betel. Su cabello no sería rojo o rubio o negro lustroso, su piel no estaría fresca como rocío, no tendría el secreto de la eterna juventud. Sin embargo, podría mostrarles una pequeña instantánea de su nieto, que trabaja en Nairobi. No sabe bien dónde está Nairobi, pero está muy orgullosa del nieto. Ha trabajado duro en empleos pequeños y sin importancia toda su vida, trabajos como cocinar, limpiar, criar niños, vender pequeños objetos de adorno o placer para otras personas. Fue virgen una vez, hace mucho tiempo, y luego una mujer fértil sexualmente potente, y luego pasó por la menopausia. Ha dado a luz varias veces y se ha enfrentado a la muerte varias veces, las mismas veces. Se enfrenta al nacimiento/muerte final un poco más de cerca y con más claridad cada día. Algunas veces los pies le duelen terriblemente. Jamás fue educada de acuerdo con su capacidad, lo que es un ver-

gonzoso desperdicio y un crimen contra la humanidad, pero un crimen tan común no debe ni puede ocultarse a Altair. Y de cualquier manera ella no es tonta. Tiene un cúmulo de sentido, ingenio, paciencia y astucia empírica que los altaireanos podrían, o no, percibir como sabiduría. Si son más sabios que nosotros, entonces, por supuesto no sabemos cómo lo percibirían. Pero si lo son más, entonces además tal vez sepan cómo percibir esa mente y corazón íntimos que nosotros, con base en suposiciones y esperanzas, proclamamos como humanos. En cualquier caso, dado que son curiosos y amables, démosles lo mejor que tenemos para dar.

El problema es que ella se mostrará reacia a ser voluntaria. "¿Qué haría una anciana como yo en Altair?", dirá. "Deberían enviar a uno de esos hombres científicos, ellos pueden hablar con esas personas verdes de aspecto gracioso. Tal vez el dr. Kissinger debería ir. ¿Y qué tal si enviamos al Chamán?" Será muy difícil explicarle que queremos que vaya ella porque sólo una persona que ha experimentado y aceptado la condición humana completa —cuya cualidad esencial es el Cambio— puede representar con justicia a la humanidad. "¿Yo?" dirá ella, ligeramente maliciosa. "Pero nunca hice nada."

Eso no funcionará. Ella sabe, aunque no lo admitirá, que el dr. Kissinger no ha ido y nunca irá adonde ella ha ido, que los científicos y los chamanes no han hecho lo que ella ha hecho. A la nave espacial, Abuelita. **U**

"The Space Crone" fue publicado en *The CoEvolution Quarterly*. Copyright © 1976, Ursula K. Le Guin. Traducido con autorización de Curtis Brown, Ltd. Todos los derechos reservados.

Campeña de la región de Dali, Yunnan, China
Foto: Daniela y Oliver Föllmi ▶





Foto: Rachelle Mozman



SILENCIAR Y DESOÍR

¿ALGUIEN QUIERE HABLAR SOBRE LOS DERECHOS DE LAS TRABAJADORAS DEL HOGAR?

Luisa Reyes Retana y Papús von Saenger

Existen varios tipos de tabús. Los inquebrantables, como el canibalismo, el incesto o la pedofilia; los negociados, que fueron tabú y ya no lo son, que pasaron por largas discusiones sociales (rara vez pacíficas) e implicaron cambios ideológicos y legislativos, como la homosexualidad, el matrimonio interracial o la marihuana, y están los imperceptibles, los inefables, los que funcionan más como tabús porque pasan por una política de silenciar y de desoír: la explotación de las trabajadoras del hogar es uno de ellos.

Hace unos meses fuimos invitados a un desayuno organizado por el Sinactraho: Sindicato Nacional de Trabajadores y Trabajadoras del Hogar, que lucha por el reconocimiento de sus derechos humanos y laborales fundamentales desde 2015. Nos impactó cómo las ponentes hablaron de temas asociados al trabajo del hogar, no tanto porque nos resultaran desconocidos, sino porque por primera vez los escuchábamos enunciados a viva voz en un foro abierto, en contravención del tabú tan profundo de la sociedad mexicana. La reunión buscaba el apoyo de la sociedad civil para presionar al Senado a ratificar el Convenio 189 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que establece los derechos y principios básicos del trabajo del hogar y exige a los Estados implementar, mediante la ampliación o adaptación de las leyes existentes, reglamentos u otras medidas, y desarrollar iniciativas específicas para trabajadoras y trabajadores del hogar. En 2011, el gobierno federal mexicano firmó el Convenio Internacional 189 junto con los otros

183 países miembros; sin embargo, hoy nuestro país se encuentra en la lista de los que no lo han ratificado.

Marcelina Bautista, una de las activistas más importantes en América Latina para la lucha y el reconocimiento de los derechos de las trabajadoras del hogar, fundadora del CACEH (Centro de Apoyo y Capacitación para Empleadas del Hogar) y del Sinactraho escribe:

Nosotras tenemos la claridad de que necesitamos el Convenio 189 para tener un trabajo digno

Para empezar, los eufemismos que se emplean —muchachas, nanas, criadas—, tengan 16 o 75 años, representan una infantilización de las trabajadoras y la supresión de una identidad personal, que son maneras de minimizar su trabajo y fomentar la invisibilidad. Otros términos, como “empleadas domésticas” o simplemente “empleadas” o “domésticas”, denotan propiedad y crianza, y además podrían sugerir que se trata más de la capacitación de un ser salvaje que de una verdadera explotación. Hay otras formas en apariencia más política-

Los eufemismos que se emplean —muchachas, nanas, criadas—, tengan 16 o 75 años, representan una infantilización de las trabajadoras y la supresión de una identidad personal.

no, con contrato (Artículo 7), la posibilidad de organizarnos en asociaciones y sindicatos, erradicar el trabajo forzoso y la explotación infantil (Artículo 3), tener un salario digno (Artículos 11 y 12) y el acceso efectivo a la justicia (Artículo 16). Por eso ya estamos organizadas y haciendo alianzas, pero seguimos esperando que el gobierno ratifique e implemente el convenio. Queremos saber cuál es la hoja de ruta, qué pasos están dando para que podamos caminar juntos.

LAS MUCHACHAS

El trabajo de las 2.5 millones de trabajadoras del hogar que, se calcula, hay en México es uno de éstos que “no se ven”, que sólo se notan cuando no se hacen o se hacen mal. Es una labor invisible que la hace difícil de tasar, y esta dificultad repercute negativamente en las condiciones laborales, que quedan a discreción de las empleadoras. La relación suele ser de tal verticalidad que hay poco lugar para el diálogo y mucho para el abuso.

mente correctas, como “la señora que me ayuda”. Una de las mujeres que contactamos a través del Sinactraho nos contó:

Mi patrona quería que todo estuviera perfecto. Para eso trabajaba doce horas al día o más y salía una vez cada quince días. Tenía que lavar la ropa, los baños, los vidrios todos los días, bolear los zapatos del señor y planchar sus camisas diario, más cocinar y cuidar a los niños todas las tardes. Casi siempre lo lograba, pero un día me sentía mal de gripa y después de terminar casi todo me fui a recostar a mi cama. Cuando la señora llegó y no me vio en la casa me fue a buscar a mi cuarto y empezó a golpear la puerta. Le expliqué que me sentía mal y me contestó que ése no era su problema, que tenía que terminar mi trabajo primero. Le contesté que me dolía todo, ella abrió la puerta y me empezó a jalonear del brazo y a decirme que si me dejaba sola en la casa era para cuidarla. Le dije que si me trataba así, tendría que abandonar el em-



Foto: Rachelle Mozman

pleo y ella me amenazó con encerrarme. Le dije que iba a llamar a una patrulla o ponerme a gritar, pero igual me encerró en mi cuarto. Creo que se dio cuenta de que tenía mi celular y un rato después abrió la puerta. Empaqué mis cosas sintiéndome muy enferma y me escapé sin mi quincena, con mucho miedo y tomé un autobús a Tultitlán, donde vivía mi hermana. Se me fueron cuatro años de chamba.

COMO DE LA FAMILIA

Por regla general, las trabajadoras del hogar no cuentan con un contrato de trabajo. Según el INEGI, sólo 22 mil empleadas tienen acceso a un contrato escrito, prestaciones y servicios de salud. En la mayoría de los casos no se les pagan salarios justos, pues no existen tabula-

dores oficiales que definan sus funciones o establezcan cuánto vale su trabajo. Limpiar solamente no puede costar igual que cocinar, encargarse de niños o de personas mayores, o tener muchos años de experiencia. Y nuestro infame salario mínimo se convierte entonces en la medida que calibra la generosidad de los empleadores. Las trabajadoras viven bajo el miedo constante de perder su empleo por razones fuera de su control, como los saltos de humor de sus patrones, no saber hacer un risotto *funghi porcini*, o encoger por accidente una prenda en la secadora. El INEGI calcula que 8% es analfabeta, 27% no terminó la primaria, 35% sí lo hizo, y sólo el 27% terminó la secundaria. Aun así, se les exige un sinnúmero de aptitudes; una primordial: desarrollar

una especie de telepatía, adelantarse a los deseos de sus patronas, o bien una prudencia extrema imposible de sostener. Otra trabajadora nos contó lo siguiente:

En un trabajo me tocó cuidar a un niño recién nacido. Yo era la mamá. La patrona casi nunca estaba porque se iba de fiesta. Se despertaba como a medio día y andaba por la casa mientras yo me hacía cargo del bebé y hacía el quehacer. El niño se empezó a encariñar conmigo. El patrón la regañaba porque yo siempre cuidaba al niño y a ella no le importaba. La empezó a agarrar contra mí, a decirme que le estaba robando a su hijo. Cada día me trataba peor, me decía cosas muy feas y me ofendía, pero seguía sin cuidar al niño. El patrón y ella se peleaban cada día más fuerte, y él le recriminaba que el bebé me quisiera más a mí que a ella, y entonces ella decidió que yo estaba tratando de seducir al patrón y me corrió.

El trabajo del hogar se queda corto en materia de derechos humanos porque hemos decidido no formalizarlo, porque no hemos hecho nada al respecto, porque no hemos abordado el tema. A la par, se ha elaborado un discurso de lo más perverso, del tipo “nuestra empleada es como de la familia”, que se traduce tácitamente en que nadie más en la familia hace los trabajos que se le asignan a ella. Resulta bastante cruel establecer que una trabajadora es *como de la familia*, ya que las trabajadoras tienen sus propias familias, a las que abandonan por un empleo y no para pertenecer a otra familia. Además, esto hace que se vuelva complicado mantener una sana relación laboral, donde ciertos beneficios a los que tienen derecho se convierten en favores, como ausentarse por enfermedad o tomar vacaciones paga-

das. Los horarios de trabajo exceden por mucho los establecidos en la ley, además de no tener cobertura médica a través del Seguro Social, ni generar antigüedad. Cuando las corren, no hay nada ni nadie que las proteja. Alguien más nos contó:

Yo tenía once años cuando llegué a trabajar a mi primera casa. La señora sabía que yo no sabía leer y por eso abusaba más. No me dejaba tocar la comida. No podía tomar ni un vaso de agua sin su permiso, además de que me hacía dormir con los perros en la azotea. La mamá de la patrona, que ya era una anciana, nos daba algo para comer a escondidas, antes de que llegara su hija, que se enojaba también con ella si se enteraba. Me tuve que ir un día en que me cachó comiendo. No me quiso dar mi ropa ni nada de lo que era mío y me echó a la calle.

ESCLAVITUD MODERNA

Lo que diferencia el trabajo del hogar de la trata de personas estriba en dos aspectos: uno tiene una paga y el derecho a abandonar el trabajo en cualquier momento, aunque la renuncia a veces se asemeje más a una fuga que a la terminación consensuada y pactada de un empleo mientras que el otro no.

Las mujeres que venimos de pueblos originarios sufrimos mucha discriminación por la forma en la que hablamos y por lo que comemos. Llegué a Tijuana con catorce años para trabajar de planta en una casa. No sabía usar los aparatos electrónicos, ni la licuadora, ni la aspiradora, ni nada de eso. No conocía la ciudad ni sus costumbres. Cuando llegué a una casa, la señora sabía que yo venía de Oaxaca y me puso a dormir entre la lavadora y la secadora, y no me daba nada de comer con el pretexto de

que "aquí no comemos lo mismo que comes tú y sólo te puedo dar pan". Me tenía sin comer, me daba un bolillo duro de repente. Le dije que me quería ir con mi hermana, que entonces trabajaba en otra casa, y ella contestó que eso no era posible porque yo había quedado de trabajar ahí y que si no cumplía, me acusaría de robo. Me encerró en la casa. Yo tenía apenas catorce años y lloraba todo el tiempo. La señora me dijo que trabajara dos semanas más y que me dejaría ir, pero no pasó. En aquellos tiempos no había celulares. En un descuido que tuvo la señora, tomé el teléfono y le hablé a mi hermana para que viniera por mí. Cuando llegó, la señora le dijo a mi hermana que no me dejaría ir, y que "ustedes que vienen de los pueblos sólo se dedican a robar". Mi hermana llamó a la señora con la que trabajaba y ella vino también a buscarme. Finalmente me pude ir pero la señora no me pagó. Me tuvo encerrada como un mes y nunca me pagó.

Mujer, indígena, con poca educación... Ecos coloniales en nuestro inconsciente histórico parecen colaborar con la explotación implícita del capitalismo, que hemos mejorado con tintes de *apartheid* y del sistema de castas del hinduismo, resguardado por un machismo muy local. Hemos disfrazado esta realidad con un discurso sentimental sobre "la nana que nos crió", como si esta estructura doméstica fuera una opción más humana que las que ofrece el mercado. Se trata de una estrategia que seguramente alguien de un país desarrollado dismantlaría con facilidad y tacharía el trabajo del hogar, como lo conocemos en nuestro país, de esclavitud moderna.

Si desplazamos "la sociedad" a cada uno de sus miembros, sucede que la mujer que vive en tu casa y cría a tus hijos, que prepara tus



Foto: Rachele Mozman



Foto: Rachele Mozman

alimentos y lava tu ropa, la que te conoce en la intimidad más radical, que ha presenciado tus dinámicas personales enfermizas y que resuelve buena parte de la vida en el interior de tu hogar, es la misma de la que desconfías ostensiblemente, a quien niegas derechos laborales, de quien abusas en horarios y tareas a diestra y siniestra, a quien te atreverías a despedir sin pruebas. ¿Cómo se justifica, qué construcciones internas nos permiten mantener tanta distancia con ellas y con nosotros mismos? Los temas que no se discuten se pres-

tan al abuso porque éste no se enuncia, no se etiqueta, y el abusador no carga el estigma ni el abusado sabe con claridad que lo está siendo. Sin un lenguaje explícito y normas que traten el tema de forma objetiva, estamos condenados a perpetuar ese abuso.

Llegué a Tijuana con veinticuatro años y sin papeles. Había venido hasta acá desde Puebla a denunciar un abuso al ministerio cristiano y ya no había forma de regresar por los papeles a Puebla. Mi denuncia no procedió y me puse a buscar



Foto: Rachele Mozman

trabajo, pero sin papeles fue muy difícil. Una persona me recomendó que buscara trabajo limpiando casas y me puse a ver los anuncios en el periódico. Encontré uno y fui a la entrevista. Yo pensaba que como ahí me iban a dar comida y techo, todo el dinero lo podía mandar a mi familia, pero no fue así. Primero, me hacían dormir en un colchón en el piso de la lavandería, y tenía que estar siempre pendiente por si alguien me necesitaba. A veces la jornada de trabajo era de cinco de la mañana hasta la media noche, y si había fiestas, me tenía que

ta sobresalir aunque sea de forma negativa —doce países latinoamericanos ya ratificaron el convenio y México no—, y la reticencia por parte de nuestro gobierno tal vez se base en que este avance de derechos laborales podría aumentar la frustración de una clase media cada vez más empobrecida.

Sin embargo, no todo es conflicto en esta relación profesional. Existen también muchas historias de patrones y de empleados que crearon vínculos afectivos sólidos, de patrones que se convierten en padrinos de los hijos de

Los temas que no se discuten se prestan al abuso porque éste no se denuncia, no se etiqueta, y el abusador no carga el estigma ni el abusado sabe con claridad que lo está siendo.

quedar a servir y asegurarme de que nadie se llevara nada. Me decían que si algo desaparecía me culparían a mí. Otra cosa que era muy estresante es que todos me contaban sus problemas, y todos querían saber qué me habían contado los demás. Era demasiada carga y yo tenía que sostenerla completamente sola. También me encargaron la crianza de una niña de cinco años, la misma edad que tenía mi hija cuando la tuve que dejar para venir a denunciar el abuso. Yo me encariñé mucho con esta niña por mi necesidad de ser madre y ella conmigo por su necesidad de cariño. Todo ahí era responsabilidad para mí, cargaba con demasiado. Me di cuenta de que aquí en la frontera buscan a trabajadoras del sur del país porque saben que pueden abusar de nosotras más fácilmente.

Los testimonios acreditan que la sociedad no ha hecho el cálculo de lo que está en juego. Pareciera que últimamente a México le gus-

las trabajadoras, de patrones que pagaron sueldos hasta el final de la vida de la trabajadora, pero los protagonistas siguen siendo jefes cuya generosidad depende de sus preferencias y no de sus obligaciones. La legislación del trabajo del hogar es una piedra angular en la forma en que se plantea esta jerarquía. Los efectos que tendría la regulación serían enormes; a diferencia de las luchas frontales que los afrodescendientes y los homosexuales libraron por la igualdad, esta lucha todavía puede beneficiarse del consenso y de la alianza con los empleadores conscientes de su responsabilidad.

Marcelina y otras activistas en favor de los derechos de las trabajadoras del hogar han presionado a las autoridades. Hasta la fecha, en el Senado se han realizado más de 12 exhortos al Poder Ejecutivo federal para la ratificación del Convenio 189. El último fue hace poco, a principios de mayo, unos días después de celebrarse el Día del trabajo, y fue rechazado otra vez. **U**



UN VACÍO SIN HORIZONTE

Juan Cárdenas

Últimamente me ha dado por pensar que detrás de cada tabú siempre hay otro tabú: un segundo tabú oculto que hace las veces de motor ideológico y libidinal y que, misteriosamente, logra conservar todo su poder y su influencia cuando el tabú más visible, aquel que le servía de fachada, se derrumba con la evolución de las costumbres.

Sin duda, hay algo de sublime en el colapso de un tabú, un evento acaso comparable al espectáculo de la demolición de un edificio gigantesco, aunque, por otro lado, habría que preguntarse si no es al revés, que el placer de la demolición arquitectónica sea un efecto derivado del placer primitivo asociado a la caída del tabú.

Y, sin embargo, a esa sensación de disfrute irracional se une la sospecha de que algo póstumo, una leve sombra, una fragancia del tabú derribado, se conserva en el mismo acto de la destrucción. Uno intuye que el tabú invisible se escabulle intacto, reptando entre las ruinas del visible.

La profanación del tabú, por tanto, nunca es completa. Jamás quedamos totalmente satisfechos con la demolición. Algo queda ahí, en pie, en el fondo de nuestros corazones.

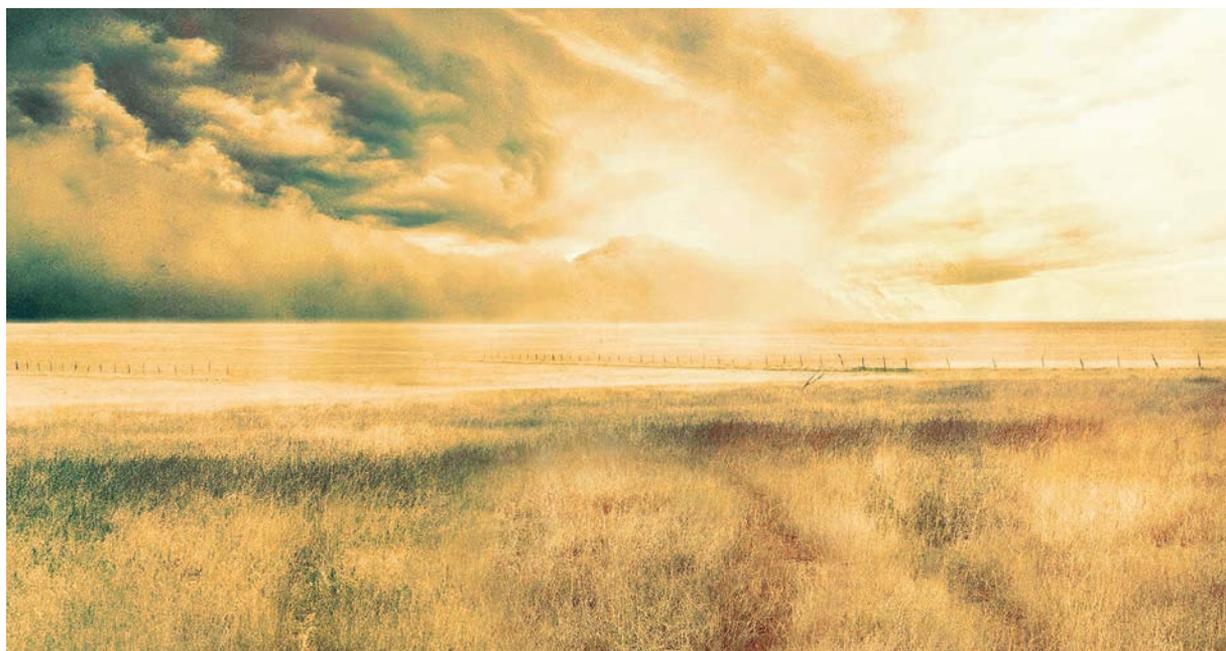
Ahora bien, en los tiempos que corren, la gestualidad de la profanación del tabú parece haber perdido algo de su disfrute elemental. Ya no nos emocionamos con la imagen de las estatuas de caudillos derribadas por pueblos "liberados", o con los muros molidos a martillazo limpio. Todo eso se volvió banal, quizá porque la épica de la "liberación" se consumió lentamente en el paso de una forma de servidumbre a la si-

guiente. De hecho, parece que la tendencia ya no consiste en derribar los muros sino en construirlos. Incluso la prohibición ha cambiado de signo, pues ya no parece provenir de un poder soberano y supremo, sino de una ritualidad sin fe, hecha de gestos burocráticos y administrativos igualmente arbitrarios pero cobijados por un dudoso manto de legalidad. Las imágenes de los bombardeos en Siria, Gaza o Libia se volvieron cotidianas, mecánicas, iconos muertos de la historia natural de la destrucción.

La impresión general es la de un mundo donde ya no queda ningún tabú por derribar, o mejor, un mundo donde los tabús visibles han quedado reducidos a escombros. Sin embargo, deambulamos entre las ruinas con la sospecha de que algo esencial ha sobrevivido: como si el mundo que nos tocó en suerte estuviera habitado por tabús invisibles y, sobre todo, innombrables, ideología en su estado más

puro, con el agravante de que en este nuevo mundo ya ni siquiera vale la pena derribar nada. Hasta los poderes de la profanación han quedado cancelados temporalmente.

En ese sentido, ocurre algo peculiar con el tabú de las clases sociales. Durante las décadas en que el neoliberalismo se paseó triunfante por el mundo, se nos adiestró para creer que la mesa de los nuevos señores feudales pronto estaría tan llena que las monedas acabarían por caer sobre los nuevos siervos, de modo que no tenía ningún sentido hablar de "clases". Según el credo de aquellos años, bajo el imperio mágico del libre mercado todos estábamos en igualdad de condiciones para volvernos millonarios y el fracaso sólo podía achacarse a una falla individual. El término "clase" pasó a considerarse anticuado, propio de la jerga anacrónica de una izquierda derrotada. De la noche a la mañana, su uso



Fotograma de la película *Hell or High Water*, 2016



Fotograma de la película *Hell or High Water*, 2016

se condenaba en las reuniones sociales con una mirada de soslayo o una sonrisa condescendiente. Hablar de "clases" se había convertido en una especie de tabú.

Pese a que la crisis financiera de 2008 y los posteriores movimientos sociales a escala global significaron la demolición de las bases teóricas del neoliberalismo como proyecto viable, sus técnicas siguen operando bajo una suerte de inercia, sencillamente porque todavía no han sido reemplazadas por otra cosa. Nos hallamos, pues, en una extraña zona de tránsito donde, para decirlo con Gramsci, lo viejo no ha acabado de morir y lo nuevo no ha nacido aún.

Y es en medio de esta zona extraña donde el tabú neoliberal de las clases sociales ha sido nombrado nuevamente. Desde las acampadas de la Puerta del Sol en Madrid hasta el movimiento Occupy en Estados Unidos, pasando por la campaña de Bernie Sanders, en todo el mundo parece haberse reactivado la noción de "clase", esa vieja palabra que ahora, de golpe, otra vez resulta sumamente operativa y eficaz para describir el modo en que el neoli-

beralismo multiplicó los niveles de inequidad social. Ya no es tabú hablar de la brecha creciente entre ricos y pobres, y eso nos alegra, claro. Sin embargo, ¿esta gran toma de conciencia mundial sobre la desigualdad ha tenido algún efecto real en la reducción de esa brecha? ¿Qué tabú invisible se estará escabullendo intacto mientras nos dedicamos a explorar discursivamente las nuevas formas de clasismo? ¿No hay algo sospechosamente paradójico en el hecho de que todo el mundo esté hablando del tabú de la desigualdad?

Me gustaría traer un ejemplo tomado de la cultura de masas para mostrar hasta qué punto la discriminación económica y social está presente y se trata con cruda franqueza en el discurso público, incluso con un alto grado de análisis crítico. Me refiero a la película *Hell or High Water* (2016), de David Mackenzie, un relato con todos los elementos de un western pero enmarcado en una trama de precariedad económica. En el oeste del estado de Texas, dos hermanos empiezan a robar sucursales de un banco. Un viejo *ranger* a punto de jubilarse (Jeff Bridges) y su compañero de origen

indio (Gil Birmingham) emprenden la persecución de los bandidos. Lo que los veteranos policías no saben es que estos dos hermanos están robando los bancos —siempre en cantidades pequeñas y en billetes de baja denominación— para reunir la cantidad de dinero suficiente que les permita salvar la granja familiar, a punto de ser embargada por el mismo banco. Muy pronto entendemos que la madre de los dos hermanos acaba de fallecer y que, a lo largo y ancho de la región, los bancos se han aprovechado de la desesperada situación económica de los pequeños propietarios para endeudarlos y quedarse así con sus terrenos, ricos en petróleo. La fuga de los bandidos tiene lugar en un paisaje donde el horizonte está constantemente interrumpido por las torres de perforación. De hecho, una de las grandes marcas estilísticas de este western es que comenta y, en cierto modo critica, el paisajismo típico del género. Las planicies del desierto tejano parecen infinitas, el territorio idóneo para el crecimiento sin límites del espíritu humano o para emprender una fuga, pero se trata sólo de una apariencia: en realidad los personajes huyen por un laberinto de caminos secundarios, pueblecitos miserables, restaurantes de carretera, incendios, ganado triste y peligrosos escondites en la montaña. La mirada ya no se pierde en un horizonte de sueños de progreso, sino en un vacío desesperanzador, mecánico y absurdo. El panorama del clasismo estructural se da en la superposición entre ese laberinto del paisaje y el laberinto de una legalidad fabricada para castigar a los pobres sólo por el hecho de serlo. No hay escapatoria posible y cada hermano representa la drástica reducción de alternativas laborales y sociales en que se encuentra buena parte de la población estadounidense

blanca. El hermano mayor es un expresidario, delincuente experto; el hermano menor es un padre divorciado que ha renunciado a otra aspiración que no sea dejarles a sus hijos una herencia digna, razón por la cual ha concebido el plan de los robos.

Entretanto, el personaje del viejo *ranger* interpretado por Bridges y su compañero indio son dos figuras anacrónicas: el primero pertenece al mundo desaparecido de los pequeños y prósperos propietarios, un mundo donde la ley parecía servir al pueblo y no a los bancos y donde la labor policial se acercaba un poco más al ideal de hacer justicia; obcecado en sus costumbres de perro policía, el *ranger* de Bridges actúa como si las cosas siguieran igual que hace cuarenta años y, por tanto, se le escapan las motivaciones de los dos hermanos. Por su parte, el compañero indio interpretado por Gil Birmingham es anacrónico porque concibe el mundo desde un arco de tiempo mucho más amplio y, por tanto, es capaz de atisbar las ironías de la historia universal del despojo. En una secuencia memorable, mientras los dos policías esperan en un pueblo miserable a que lleguen los asaltantes a robar la sucursal del banco, el indio aprovecha uno de los tantos comentarios racistas de su compañero blanco para soltarle una de esas reflexiones que ponen los pelos de punta: “toda esta tierra era nuestra, de los comanches, éramos los amos y señores. Luego vinieron ustedes y nos la quitaron y nos metieron a vivir en reservas diminutas. Y ahora vinieron estos hijos de puta (señalando la sucursal del banco) y les robaron la tierra a ustedes”. El paisaje polvoriento y ruinoso del pueblo acentúa la ironía corrosiva del comentario, tanto más cuanto alude a la posibilidad de que el sistema invente “reservas indias” para blancos, ahora

Desde 1989, el éxito rotundo del capitalismo al momento de gestionar a su propia oposición lo ha llevado a consagrar el objetivo final de la ideología: la invisibilidad.

que ya no los necesita ni como mano de obra barata. Bridges parece haber comprendido la profundidad de la idea, pero está demasiado viejo, es decir, demasiado atrapado en su propia temporalidad, para cambiar de costumbres. Su única misión, antes de retirarse, es hacer cumplir la ley. Que la ley sea injusta y arbitraria, un instrumento de dominación al servicio de la desigualdad, es algo que no le compete. Para él sólo hay un enigma, algo que no lo deja descansar, incluso después de haberse jubilado: ¿para qué tomarse la molestia de robar esos bancos, con ese *modus operandi*? ¿Qué motivos reales, distintos a la codicia, tenían los ladrones?

El western de Mackenzie se ajusta a la estética que Mark Fisher definió como "realismo capitalista", esto es, un espacio ideológico que opera mediante una cancelación de la posibilidad de imaginar nada más allá del capitalismo y que Margaret Thatcher resumió en una famosa sentencia: "No hay alternativa". *Hell or High Water*, o sea, el infierno o vivir con el agua al cuello. Usted elije, parece decirnos la película, no hay más opciones. El capitalismo es inevitable y natural, como un fenómeno meteorológico, y al individuo, al consumidor solitario que mira taciturnamente un vacío sin horizonte desde el porche de su vieja casa, sólo le queda sucumbir o adaptarse de algún modo. Porque no hay alternativa.

Cuando Margaret Thatcher lanzó esta afirmación notable, el énfasis caía sobre la preferencia, —explica Fisher—, el capitalismo neoliberal

era, a sus ojos, el mejor sistema posible. Las alternativas no eran deseables: el mensaje implícito era que no había ninguna alternativa mejor. Hoy en día, en cambio, la doctrina lleva un peso ontológico distinto: el capitalismo no es ya el mejor sistema posible, sino el único sistema posible. Y las alternativas no son sólo indeseables, sino fantasmáticas, vagas, apenas concebibles sin contradicción. Desde 1989, el éxito rotundo del capitalismo al momento de gestionar a su propia oposición lo ha llevado a consagrar el objetivo final de la ideología: la invisibilidad. En Occidente, en sentido amplio, el capitalismo se propone como la única realidad posible y por lo tanto raramente "aparece" como tal.¹

Ese mundo sin alternativas, donde la gente nace y muere pobre, es el laberinto en el que se mueven los personajes del western de Mackenzie.

Ahora bien, cabe preguntarse: si un producto de Hollywood es capaz de tratar con tanta claridad el clasismo estructural, el plan de despojo obrado por los bancos, la irracional persistencia de la economía de los combustibles fósiles, la policía como único rostro visible del Estado y la criminalización de los pobres como único lenguaje posible de la ley, si un producto cultural *mainstream* habla de estos asuntos sin ninguna censura, ¿cuál es entonces el verdadero tabú oculto bajo los escombros de la prohibición de mencionar las clases sociales? En otras palabras, ¿dónde se encuentra el núcleo operativo de la ideología cuando supuestamente se han expuesto sus mecanismos?

Es difícil contestar esta pregunta. Por lo pronto, una posible respuesta está dentro de nosotros, en la extraña circunstancia de que

¹ Mark Fisher, *Realismo capitalista*, Caja Negra, Buenos Aires, 2016.

nadie se identifica plenamente con una clase determinada o, al menos, con las antiguas descripciones marxistas de las clases, ligadas a unas categorías del trabajo que el neoliberalismo se encargó de destruir o, en algunos casos, de disimular.

Lo cierto es que nos hacen falta descripciones para las nuevas divisiones de clase que la economía impuso en todo el mundo y que el régimen estético del realismo capitalista volvió invisibles. Jorge Alemán dice que la característica más notable del neoliberalismo es "la transformación del ser hablante, mortal y sexuado en un ente sólo considerado como capital humano", lo que ha implicado "la aparición de nuevas figuras históricas en el escenario de la vida social: el consumidor consumido, el empresario de sí mismo, el deudor

permanente de su propia vida, la lógica del ganador-perdedor en todos los pliegos más íntimos del vínculo social, la vida matable sin luto y sin duelo y el sacrificio colectivo sin causa alguna, sólo provocado por exigencias financieras".² Quizás esta caracterización de los tipos de sujeto neoliberal sea una guía útil para entender la conformación de las nuevas clases.

A nosotros, como les sucede a los personajes de *Hell or High Water*, nos han vaciado el horizonte, pero nuestra mirada sigue allí, deseosa de futuro. Aguardando, como le escuché decir al propio Alemán en una conferencia, sin esperar nada. **U**

² Jorge Alemán, en www.cuartopoder.es/ideas/2018/04/26/liberalismo-posfascismo-jorge-aleman-capitalismo/



Fotograma de la película *Hell or High Water*, 2016



“LA NUTRIA TIENE COSQUILLAS”

EXPRESIONES PARA IR AL BAÑO

Laura Sofía Rivero

Muchos asocian la palabra *tabú* con la superstición de las sociedades primitivas, como si todo lo prohibido tuviera origen en el temor infundado por el pensamiento mágico. Sin embargo, en las sociedades modernas el lenguaje da cuenta de numerosas cabriolas que llevamos a cabo para evadir ciertas palabras que, por distintas razones, no pueden ser proferidas. La actualidad libertaria, tecnológica y líquida no se libra de los ajustes del decoro; hoy en día también sentimos una conexión peligrosa entre la lengua y la realidad.

Quizá por eso siempre me ha molestado el pudor con el que algunas mujeres se levantan de la mesa de un restaurante y se limpian la comisura de los labios con discreción ensayada mientras piden disculpas para dirigirse al tocador. La palabra, en ese contexto, me produce repulsión. Quienes la usan no asumen las consecuencias de su homofonía, pues si bien se remite a la *toca* que ha dado origen a palabras como *tocado*, un vocablo más cerca de la cabeza que de las manos, mi mente no la decodifica como un sinónimo de *peinar*; inevitablemente la asocio a la onomatopeya *toc* que con su sonido derivó en esa palabra propia para el manoseo, sigue siendo un *toc* que se palpa, que hace hablar a los instrumentos musicales, un desliz de las yemas de los dedos. Según algunos, su origen se remonta al árabe: *taqiya* era una suerte de gorrito usado sobre el turbante. Mas a las pudorosas mujeres no les sirven de nada lo arabesco de su etimología cuando se acercan al mesero para preguntarle: “¿Dónde está el tocador de señoras?”, casi como una sugerencia

para que levante la mano y responda: “Aquí mismo, justo enfrente de usted”, aprovechando las acrobacias e incertidumbres del lenguaje.

La palabra *tocador* me parece una fragancia artera del idioma. Los eufemismos, en su afán de sustituir lo prohibido por vocablos atenuados y ambiguos, funcionan como aerosoles que buscan disfrazar lo hediondo: encubrir y despistar. Imponer un olor grato sobre la feidez. El *tabú* —esa voz polinesia que el capitán Cook importó al inglés— tiene su contrario: *noa*, que se refiere (según señala Stephen Ullmann) a lo ordinario y accesible. *Noa* y *tabú*, dos opuestos en los que es posible encontrar la esfera de lo sagrado y lo profano. Los ex-

crementos tienen algo en común con Dios y con el diablo: su restricción exige que se les esquite y llame por otro nombre. Si Dios es El Señor y el diablo es El Maligno, el baño esconde su mugre en la ingenuidad de la palabra *tocador*.

Aunque odio esa palabra, debo aceptar que es difícil encontrar un vocablo para referirse a los baños públicos. El baño es continente de excrecencias y corporalidades. Toda imagen y estatus se ven amenazados por él: ¿de qué sirven los títulos, posgrados y curules cuando a todos nos iguala un retortijón agudo? Por eso, las letras se vuelven escondrijos: evitan darle nombre a nuestra vergüenza.



Paul McCarthy, *Piggies*, 2009

¿Hay un vocablo idóneo para nombrar el sitio de las defecaciones? Sin regaderas que escupan a borbotones el sistema hídrico de las ciudades, la palabra *baño* no concuerda con la solitaria taza que (a Dios gracias) no nos moja de pies a cabeza. Baño: casi sinónimo de empapar, de sumergir por completo, como la joyería que finge gran valor al darse un baño de oro, mojándose en el anegado metal líquido. ¿Qué es un baño de sol sino una metáfora que nos permite ahogarnos en el oleaje de los rayos de fuego? No me sorprende que la palabra *baño* sea usada también en los salones de las escuelas para referirse al castigo en que alguno recibe golpes de un grupo numeroso que se desdobra en manotazos y empujones, zambullida rabiosa.

La palabra *sanitario* implica una paradoja ineludible. La sanidad de sus sílabas no se trasluce en los azulejos manchados de orina encharcada ni en el microcosmos de bacterias situada en los lindes de la cerámica. Pues, aunque actualmente pensamos en lo sano como aquello que goza de buena salud, los antiguos comprendieron su significado como un símil de la sensatez. Sano era aquel con buen juicio, incluso un sinónimo de "bueno". *Sanitario* pareciera no sólo querer limpiar paredes y utensilios como si fuera cloro, sino expurgarnos de la defecación en un acto de recato rotundo.

Si bien resulta extraño que alguien use el vocablo *retrete* en el habla cotidiana, su germen en el latín *retirere* da cuenta de un significado mucho más certero: la necesidad de separar las deyecciones de los sitios higiénicos. Defecar exige un trayecto, un alejamiento, un retiro. ¿Alguien se atreve a considerar la palabra *inodoro* como la más apropiada? Quizá, si comparamos los olores nefandos que salen de la taza con los de un pozo donde las heces

quedan al descubierto. Pero el olfato opone resistencia lingüística. Sí, es cierto, se le llamó *inodoro* por ser el primero en utilizar ese sistema hidráulico incorporado para evitar la salida de la pestilencia; pero la industria de los desodorantes (ese mar de alegrías tropicales y fragantes paraísos de lavanda) pone en evidencia que, por más intentos que hagamos por ocultar el rastro de nuestra suciedad y desechos, siempre será marca latente de la descomposición, un vital augurio.

Letrina, *retrete* y *excusado* son, para algunas personas, palabras que huelen feo y dejan manifiesta nuestra corporalidad irrefrenable. Disimularlas mediante avisos como "voy a los servicios" o "voy a acomodarme el pantalón" muestran el desprecio que nos produce la inmundicia intrínseca a la vida. Siempre queremos ocultarla. De allí que a los niños se les enseñe a decir que van a hacer del uno o del dos, eufemismo aritmético. Las palabras se travisten en los sonidos de otras y por eso hay quienes van a "hacer popis", "popsicles" o "a subir el Popocatépetl". La semejanza fonética hace del baño una fuente de léxico inagotable, donde las palabras salen a borbotones: "voy a K. García", "voy a susurrar" o la versión excelsa de quienes avisan "orinita vengo, que a su rancho voy". No hay razón para llamarle *diarrea* a la diarrea si se le puede nombrar *catarro polaco* porque "po'la cola sale".

El tabú es innombrable. No obstante, en ese juego de ocultamiento y disimulo el lenguaje encuentra formas para ser mordaz a partir de las restricciones. Un disfemismo funciona así: evitando nombrar la palabra prohibida, expone más sobre el tabú que la origina. No disfrazo, profana; ahonda en lo incómodo. ¿Para qué decir "voy al sanitario", si la urgencia nos reclama que "se quiere salir el topo"? Los ani-

El disfemismo más corrosivo es el que no sólo enfrenta al tabú original sino que se torna un despliegue de incorrección política.

males son inspiración para darle otro mote a la criatura color marrón que bucea en las profundidades del desagüe: “voy a echar el cacadrilo”, “voy a pasear al canguro”, “voy a cambiarle el agua al perico”; de nada sirven nuestros intentos por encubrir la inmundicia tras un tono edulcorado si, por nuestra dieta, sabemos que, tras haber cruzado el umbral del sanitario, no tendremos más que “poner a nadar al popodrilo dientes de elote”.

Alguna vez una amiga se me acercó discretamente para pedirme una toalla sanitaria. Las mujeres estamos acostumbradas a pasar de nuestra bolsa a las manos esos cuadritos de algodón con la pericia de un vendedor de droga. Yo, traficante de la higiene, hice el movimiento tan rápido como pude, viéndola a los ojos y dejando que toda mi empatía emanara en una simple mirada. Cuando ella hubo guardado la ultradelgada sin alas, vi en su rostro un alivio que se acentuó tras decirme: “muchas gracias, hoy no traía porque no imaginé que se me descongelaría el bistec”.

¿De qué sirve encubrir el tabú con frases mucho más corrosivas que las que se pretendía evadir? Mi silenciosa transacción de toallas femeninas no tuvo sentido tras la imagen aguda que me hizo repensar mis días infértiles. Conmutar la palabra *menstruación* por otras frases como: “traigo el jitomate pateado”, “se me descalabró el mono”, “ando de vampirito”, “la rata está adobada” o “ando sangrona” son metáforas en las que palpablemente las palabras no sólo comunican, sino que también relacionan y extienden el mundo, profundizan nuestros modelos de pensar.

Si es usual encontrar cantinas con nombres como La Oficina, en las frases que sirven para indicar nuestra imperiosa necesidad de defecar también se unen el mundo del deber y las

actividades rutinarias. ¿“Voy a hornear un pastel”? Nadie lo probará, pero es cierto. ¿“Voy a hacer un depósito”? No monetario, pero también es verdad. ¿“Voy a llenar unos papeles”? Higiénicos, pero sí. ¿“Voy a sacar al jefe”? Indudable para muchos.

Cuando buscamos una frase que interceda por otra nos vemos obligados a hallar símiles. Y en este acto de magia léxica es ineludible la comparación. ¿Qué se parece a la caca? ¿Con qué puede sustituirse? La política: “voy a aprobar una ley”, “voy a extraditar un político”, “voy a mandarle un telegrama urgente al señor presidente”. Y si hoy decimos que ir al sanitario es lo mismo que “parir a Peña Nieto” o “jalarle el dedo a Obama” es porque las metáforas de la porquería admiten cualquier contexto: el excremento y los políticos no se crean ni se destruyen, sólo se transforman en nuestro lenguaje.

Aunque es cierto que la amistad se reconoce por ser compañía que nos da sosiego, también se muestra en la confianza plena. Esa que nos permite advertirle a nuestros amigos: “oigan, voy a darle mantenimiento a la fábrica de churros”, “pongan musiquita porque esto se va a poner bueno y no quieren escuchar”. Por eso al baño se le nombra con enunciados astutos que tiene doble función: anunciar y burlarse. “Amigo, ahorita vengo, te voy a clonar”. “Oye, Jorge, nos vemos al rato porque te voy a echar de cabeza”. “Carlos, ¿sabes nadar? Porque voy al baño”.

La onomástica del retrete es inabarcable, pues la caca pareciera ser la concreción de nuestras concepciones sobre lo peor. Y eso la



Paul McCarthy, *Complex Shit*, 2013



convierte en un imán de sentidos diversos. "Botar al engendro", "tirar la calaca", "sacar los demonios", "aventar el cadáver", "mandarle un fax al diablo", son semántica de lo inferior. El baño, siempre paradójico, se permite la ironía cuando es nombrado con la esfera de lo sublime y nos permite anunciar que "vamos a donde el rey va solo" o "a meditar en el sillón de pensar", si no es que nos permitimos el lujo de comprender la defecación como una génesis, un acto de creación: "ir a dar a luz", "hacer una obra de arte" o, el suceso fantástico, de "ir a desdoblarnos". Pues descomer es un acontecimiento alquímico en el que los ácidos estomacales hacen del alimento una nueva materia estéril. Y quizás este viaje por la tubería que conecta orificios tan lejanos sea motivo suficiente para que las metáforas que involucran a la comida contengan una brutal verdad. A alguien "se le salen los frijoles refritos", otro más va a "columpiar el tamarindo", un infortunado no se aguanta pues "se le cae el pambazo sudado". Entre toda esta comunidad de usuarios del retrete, sobresale uno, satisfecho en su estómago rebosante, que se ha parado de su asiento para "aventar el molote".

Letrina deja de parecernos una palabra sucia cuando escuchamos que alguien se ausenta porque "fue a parir el mulato", "a verle la cara a Juárez" o "a migrar un haitiano". El disfemismo más corrosivo es el que no sólo enfrenta al tabú original sino que se torna un despliegue de incorrección política. La fetidez de la que son artífices algunos intestinos queda clara al señalar que su ausencia se debe a que "van a la cámara de gases" o "a tirar la basura".

El habla y el humor son catárticos, cruzan los límites del decoro, y en esta transgresión

muestran lo endeble de nuestras convenciones sociales. Esa urbanidad que imponen las letras de la palabra *tocador* nada tiene de humano cuando el retortijón de las tripas nos avisa de ese "llamado de la naturaleza", premura intempestiva que "hace cantar al chimuelo". El protocolo se hace añicos cuando no hay duda de que todo "va pa'fuera" y no hay manera de evitar "echar el cactus", "plantar troncos", "liberar a Willy" y a otras especies de la fauna estomacal. Uno siente un espasmo inconfundible que cruza el vientre y va trazando el camino de lo que antes fue bolo alimenticio. Es "hora de aliviarse" y "tirar el miedo", pues los segundos son cruciales para evitar una tragedia. ¿Qué hacer si el sanitario está ocupado? Concentrarse en dominar los esfínteres y no ceder a la presión aunque "se traiga a Michael Jordan colgando del aro", ya habrá tiempo de "tirarle el puro al cachetón" y "cortarle la cola a Gokú".

El pie comienza a agitarse, marcando el ritmo imperioso de la espera. Entre esta diarrea léxica que da nombre a cada parte del proceso de la excreción, sólo nos falta encontrar una palabra para ese movimiento propio de los que están a punto de no aguantarse más y ya "traen nariz de payaso". Un zapateo que crece y se hace más intenso con cada segundo transcurrido.

De pronto, la puerta se abre. Y nada importa que el lugar haya sido "dejado peor que una zona radioactiva", al sentarse en el "titán de porcelana" sólo resta "liberar a Mandela", regocijarse en el omnipotente imperio de las tripas y "echarle un trueno a los mortales". Ver la creación con el asombro más genuino de nuestra especie; que al cruzar de las puertas del baño público sólo se puede pensar con orgullo: "un kilo más y la bautizo". **U**



EL EXPERIMENTO HUMANO

Maia F. Miret

ANALÍTICOS CONTRA SINTÉTICOS

Decía Darwin que para hacer ciencia se necesita gente armada con dos tipos de disposiciones vitales: los *hair-splitters*, perfeccionistas obsesionados con los detalles y el orden, y los *lumpers*, de temperamento desparpajado y con un talante más sintético que analítico. Gracias a la paciencia de los unos, en la mente de los otros surgen esas revelaciones súbitas que parecen producto del instinto pero que son más bien el resultado de la fermentación.

Stephen Jay Gould, uno de los biólogos más importantes del siglo pasado, fue un excelente ejemplo de científico todo terreno en el que se conjugaban sin fisuras ambas vocaciones y padre de lo que hoy se conoce como biología evolutiva del desarrollo o *evo devo*. Esta disciplina fascinante estudia cómo los genes y el complejo sistema que los regula y los hace encenderse y apagarse en momentos y lugares exquisitamente bien sincronizados construye un embrión que sigue el plan corporal de cada especie (ocho patas, un peciolo, mandíbulas en vez de branquias).

A Gould también le interesó el problema de las diferencias entre humanos y grandes simios. Especulaba que algunas podían deberse no a una dotación genética proporcionalmente distinta sino a pequeñas sutilezas de *timing*: los cráneos grandes y los ojos muy separados que nos caracterizan tal vez no fueron cocinados por unos "genes humanos" especializados en construir rostros como los nuestros sino por

unos genes compartidos que sólo estuvieron activos un poco más de tiempo dentro de ese horno frenético que es un embrión en desarrollo. Tal vez los humanos no somos, en ciertos aspectos, más que chimpancés neoténicos, que conservamos durante toda la vida rasgos infantiles, como ocurre con los ajolotes y con los chihuahuas. (Gould no tenía razón en el tema de la neotenia, aunque sí en otros.)

Ahora sabemos que compartimos con los bonobos, nuestros parientes más cercanos, 98.7 por ciento de las secuencias genéticas, y

más grandes que los de los chimpancés), en su distribución o en su conducta química.

Muchos investigadores interrogan esa diferencia evolutiva entre el cerebro humano y el de los otros primates con miras a resolver algún día un problema asociado: por qué de la mano de nuestra inteligencia superior también padecemos una gran incidencia de enfermedades como el Parkinson y el Alzheimer, que parecen ser la forma en la que la naturaleza se cobra con una mano aquello que tan generosamente nos ha proporcionado con la otra. Cada día se obtienen más datos median-

¿Qué consecuencias éticas tendría este experimento, el tabú científico absoluto de experimentar con la esencia humana?

que las que son exclusivamente humanas no tienen que ver con la construcción de zonas del cerebro espectacularmente astutas, creativas e introspectivas sino con temas reproductivos, inmunitarios y olfativos. Así, es probable que buena parte de nuestro aspecto y nuestra conducta se deba ni más ni menos que al desarrollo. En un artículo de 2016, por ejemplo, un grupo de científicos de diversos centros de investigación compararon lo que ocurre con un grupo de células de la corteza cerebral, en la que se ubican las funciones superiores tanto en chimpancés como en humanos, y encontraron que la diferencia es de proliferación y no de diferenciación. Es decir, en ese lugar y momento particulares no hay nuevos tipos de células, sino más células, por lo demás son muy parecidas, y es que la anatomía de las neuronas de todos los primates es muy similar; nuestras diferencias, pues, tienen que residir no en su forma sino en la cantidad (nuestros cerebros son tres veces

te experimentos con células cultivadas *in vitro*, autopsias y modelos animales. Algún día podremos modelar en una computadora regiones enteras de un cerebro humano. Mientras, no tenemos más opción que seguir experimentando pacientemente, un tipo de neurona, un tipo de receptor, un instante del desarrollo, un neurotransmisor, un circuito, un animal modelo a la vez. O podríamos intentar algo distinto: lo que (se rumora) el mismo Stephen Jay Gould llamó "el experimento potencialmente más interesante y más éticamente inaceptable que pueda imaginarse".

EL EXPERIMENTO HUMANO

Todos experimentamos con humanos. Así descubrimos que nos sienta mejor el ibuprofeno que el paracetamol y que nuestros hijos son incapaces de digerir el melón. Así descubrió Barry Marshall que la bacteria *H. pylori* provoca úlceras, y Jonas Salk que la vacuna de la polio es efectiva. En la década de 1930 un par

de doctores ingleses, Woolard y Carmichael, investigaron el fenómeno del dolor reflejo colocándose pesas en los testículos (jamás dijeron cuál de los investigadores) para reportar qué zonas del cuerpo experimentaban dolores provocados indirectamente por el daño físico.

Los diversos tipos de ensayos clínicos, desde los que siguen a cohortes que funcionan como experimentos naturales (los grupos de fumadores, algunos de los cuales padecerán cáncer de pulmón) hasta los que prueban activamente intervenciones farmacológicas, son experimentos con humanos. Experimentan las redes sociales, los políticos, ¡los economistas!

Pero no todo experimento se guía por lo que estableció en 1947 el Código de Núremberg con la esperanza de evitar la experimentación no sólo cruelísima sino también *fútil* de la era nazi, en parte porque la frontera del experimento humano mismo se ha desdibujado. ¿Experimentar con células humanas es experimentar con humanos? ¿Las bases de datos de las compañías de seguros tienen derechos? ¿Se le puede pedir su anuencia a las células mismas o a los dueños de líneas celulares anónimas o descartadas? (Los descendientes de Henrietta Lacks, la paciente con cáncer de la que se obtuvo en 1951 uno de los linajes celulares inmortales que se usan en todo el mundo para la investigación oncológica, opinan que sí.)

Los lindes se mueven muy rápido. Lo que hace veinte años fue un escándalo —investigar con células madre o con embriones humanos o fabricar clones—, hoy es perfectamente rutinario. Se modifican células con ayuda de virus, se edita el genoma para eliminar mutaciones deletéreas, se hacen intervenciones farmacológicas *in utero*. Craig Venter creó una bacteria sintética casi desde cero y nadie



Fotos: Yago Partal

se despeinó, porque el tabú de la "creación de la vida" había sido superado por una noción de vida casi perfectamente reductible a una explicación fisicoquímica. Con el abaratamiento de las técnicas de edición genética han surgido *biohackers* que experimentan con su propio microbioma, o que se inyectan vacunas hechizas o promotores de crecimiento muscular y lo transmiten por Facebook Live.

Hace un par de semanas se reportó que científicos del Instituto Salk han conseguido mantener vivos durante meses cúmulos de neuronas humanas dentro del cráneo de ratones, cultivadas a partir de células madre adultas. Los bioéticos que discutieron este experimento cuestionaron cómo la presencia de organoides cerebrales humanos podría modificar la "identidad" de los ratones y aumentar su inteligencia, aunque el estudio no reportase ningún cambio notable de raticidad (que es una idea problemática) o capacidad de solución de problemas.

Si a estas alturas son pocos los que se dan golpes de pecho ante este experimento o cualquiera de los miles que se reportan todos los días y que involucran a los humanos en forma de tejido, órgano, individuo, dato o grupo social, es porque en general no buscan trastornar ninguna supuesta esencia humana sino acendrarla, purificarla, manifestarla: curar el cáncer, aumentar la inteligencia, revertir el daño cerebral. Magnificar eso de lo que nos creemos el ejemplo más acabado. Ser más y mejores humanos.

Pero ¿qué pasaría con un experimento que violentara la esencia de lo que es el ser humano? ¿Aunque tuviera el potencial de beneficiar a millones de personas y de revelar qué es lo que nos hace humanos, cómo evolucionamos, por qué pagamos tanto por nues-



Fotograma de *El amanecer del planeta de los simios*, 2014

tra inteligencia y qué nos hace únicos, aunque no seamos más que cerebros en un frasco (un experimento que no se ha hecho en humanos, pero sí en perros y monos) o una mente cargada en la memoria de un computador? ¿Qué pasaría si pudiéramos dar con un solo experimento un paso impensablemente grande para *lumpers* y *hair-splitters* por igual, uno que desentrañara cómo el desarrollo embriológico produce, a partir de una paleta de genes casi idéntica, dos especies de criaturas tan emparentadas y al mismo tiempo tan distintas?

Es el experimento del que hablaba Gould. La hibridación de humanos y chimpancés.

MENOS QUE HUMANO

Gordon G. Gallup, un psicólogo evolutivo muy reconocido en la década de 1970, declaró, a finales de enero de este año, haberse enterado de la existencia de un híbrido entre un humano y un chimpancé, un *humancé*, producido con éxito en los años veinte en un laboratorio de Florida.



La noticia atizó las cenizas de un rumor que resurge cada cierto tiempo y que posiblemente comenzó con la historia de Ilya Ivanovich Ivanov, un biólogo ruso que, en la década de 1920, tal vez como un antecedente de la enjundia lisenkoísta que buscaba demostrar lo maleable de la naturaleza humana, realizó varios experimentos en los que trató de inseminar, sin éxito, chimpancé hembra con esperma humano. Lo único que le impidió realizar la operación inversa fue que el orangután que serviría como donador murió inesperadamente y que él mismo cayó en desgracia poco después y fue enviado a languidecer en el exilio. Se cuenta también la historia de un *humancé* producido en China en 1967 y que murió de hambre cuando los científicos a cargo de su cuidado fueron enviados a las granjas, presumiblemente para ser reeducados como parte de un experimento mucho más largo y poblado. Hasta ahora no existen más que estas supuestas noticias y alguna anécdota sobre un chimpancé muy avisado cuya inteligencia y postura sólo podría explicar un hipotético

componente humano. Es curioso notar cómo este artilugio retórico, del experimento revolucionario que iba a transformar para siempre tal disciplina pero fue interrumpido inoportunamente por grandes fuerzas políticas o sociales, se repite una y otra vez, al parecer como un rasgo típico de las historias sobre grandes conspiraciones científicas.

Lo cierto es que esa hibridación es improbable, no sólo porque los chimpancés tienen 24 pares de cromosomas y nosotros 23, sino porque, por más cercanos que seamos en tiempo evolutivo —nos separan apenas unos 6 millones de años—, el sistema inmunitario de la madre seguramente destruiría el embrión lleno de antígenos sospechosos muy al principio del desarrollo. Pero improbable no es imposible, y menos si en vez de dejarlo a la suerte, como tendrían que haberlo hecho los rusos, los chinos o los estadounidenses del siglo pasado, decidiéramos intervenir con alguna técnica genética como CRISPR o sus derivados. Este experimento podría dar lugar a un individuo viable que resolvería, de un plumazo, un montón de preguntas sobre cómo se desarrolla el cerebro —si el secreto es la proliferación, la migración de células en el embrión, la conexión, los tipos de neuronas, la distribución de los receptores—, sobre el comportamiento, el aprendizaje, las enfermedades neurodegenerativas, el metabolismo de la glucosa, el aparato fonador, el desarrollo del pelo, el sentido del equilibrio, las habilidades sociales, el dilema entre la naturaleza y la crianza hecho carne y caminando entre nosotros.

Tal vez ese *humancé* —o *chumano*, según cuál de sus progenitores contribuyera con qué— tendría una inteligencia intermedia entre humanos y chimpancés, o tal vez nacería profundamente discapacitado. Podría te-

ner una autoconciencia al menos comparable a la de los grandes simios, o un profundo retraso mental que lejos de enriquecer el contacto produjera una criatura más críptica que cualquiera de sus padres. O peor aún, produciría un individuo sin ninguna impronta humana que nos lanzaría hacia un misterio aún mayor (probablemente no).

En todo caso sería fundamentalmente distinto a fabricar una Bright Eyes, la chimpancé de *El planeta de los simios* que al ser inoculada con un virus experimental para curar el Alzheimer desarrolla una inteligencia casi humana y se la hereda a su hijo César, el protagonista de la saga cinematográfica. No consistiría en darle a un no humano una inteligencia humana, el pináculo de la creación, el

atributo más envidiable del universo. No sería subir, sino bajar, un peldaño en una escalera a la Theilard de Chardin. Sería crear a alguien menos que humano.

Si la idea en principio le repugna, le parecerá interesante saber que hay quien aboga por la creación de este híbrido o quimera (según cómo se produzca). El 8 de marzo de 2018, en un artículo publicado en *Nautilus*, el psicólogo David Barash propone un argumento a favor de la continuidad:

Propongo que el mensaje fundamental de esta creación sería apuñalar el corazón de esa destructiva campaña de desinformación sobre la discontinuidad, acerca de la hegemonía humana sobre todas las otras cosas vivas. Hay una in-



Fotograma de *El planeta de los simios*, 1968

mensa montaña de evidencia que demuestra una continuidad que incluye, pero no se limita, a la fisiología, la genética, la anatomía, la embriología y la paleontología, pero sería casi imposible imaginar que el más ferviente defensor de la discontinuidad en el estatus biológico de los humanos pudiera mantener su postura de enfrentarse con una auténtica combinación humano-chimpancé.

Y sigue:

En la medida en que existe una línea biológica que separa a los seres humanos de otras especies, debe quedar claro que esta línea es absolutamente permeable y no fija e inmutable, y está más basada en juicios políticos y éticos que en la ciencia y la tecnología. Pueden hacerse todo tipo de cosas; que deban hacerse es otro tema.

Para subrayar lo permeable que en efecto es esa membrana Barash recuerda que en los Estados Unidos está prohibido financiar estudios en los que se inyecten células madre humanas en embriones de primates, aunque no hay ningún inconveniente para experimentar con células humanas adultas *diferenciadas*. En teoría, unas podrían producir, en principio, un César, un aspirante a humano. Las otras no serían más que un experimento histológico sin trascendencia.

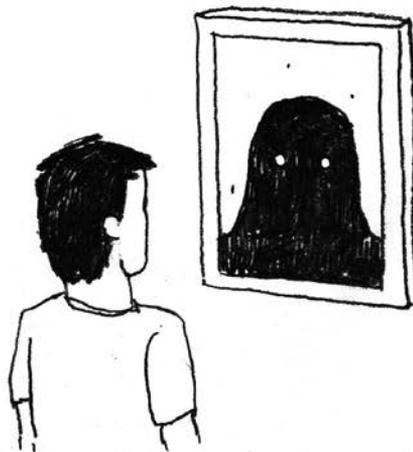
¿Qué consecuencias éticas tendría este experimento, tan prohibido que sólo un puñado de personas se ha atrevido a mencionarlo, no ya digamos a proponerlo abiertamente, si pudieran superarse no sólo los desafíos técnicos sino la profunda inquietud de violar una barrera infranqueable: el tabú científico absoluto de experimentar con la esencia humana? (pensemos que a los bioéticos ya les

preocupa perturbar la identidad de los ratones). ¿Se violarían los derechos de los animales? ¿En qué se parecería esta decisión a la de prohibir un aborto o decidir dar a luz a un niño con graves defectos de desarrollo? ¿Tenemos derecho a una identidad genética humana plena? ¿Atentaríamos contra la existencia de un ser no sólo estéril sino sin una pertenencia clara a una especie u otra, suponiendo que tal pertenencia en efecto constituya un derecho o que incluso sea deseable? Y en cuanto a los derechos humanos, haríamos bien en pensar qué tan uniformemente distribuidos están entre nuestros congéneres antes de rompernos la cabeza con el dilema de entregárselos, o no, a unos seres que por otro lado ocuparían un lugar excepcional en nuestra cultura. ¿Qué tal funciona en general el derecho a una vida plena, a no ser esclavizado o brutalizado? ¿Y el derecho al voto que las personas con discapacidad, tan cumplidamente humanas como cualquiera, debieron ganarle al IFE en las elecciones de 2012 en México? ¿Por dónde debería discurrir, pues, la discusión bioética que comienza a animarse en esta época en la que reconocemos la personalidad de los grandes simios?

Tal vez nunca debamos tenerla. Tal vez nunca debamos o queramos hacer un *humancé*. Posiblemente aprendamos lo que necesitamos por otros medios, acumulando dolorosamente dato tras dato gracias a los *hair-splitters* de este mundo, o alcanzando síntesis gracias a los *lumpers* que suelen llevarse el crédito y escribir los libros. O un día lleguemos a extremos de comunión con otros seres mucho más radicales e impensados. Ya veremos. Los tabús de una época dicen mucho sobre quiénes fuimos entonces, y se convierten en la conversación de sobremesa de la siguiente. **U**

CÓMIC

Licenciado Domínguez



EXÁMENES DE CONCIENCIA



El Lic. Domínguez ha logrado lo que pocos artistas: terminar la carrera en contaduría. Es un güey que hace dibujitos desde el cubículo, garabatos hechos mientras habla por teléfono con un cliente imaginario. Ilustrador de clóset y contador público en la vida diaria.



TEST ESCATOLÓGICO
NOMBRE: Sor Teresa
EDAD: 70

1. ¿QUÉ PIENSA HACER CUANDO USTED MUERA?

- IR AL CIELO
- IR AL INFIERNO
- OCUPAR CASAS ABANDONADAS
- APRENDER A BAILAR CON MICHAEL JACKSON
- TODAS LAS ANTERIORES

2. ¿QUÉ LE GUSTARÍA HACER ANTES DE MORIR?

- Conocer al Papa Ver Star Wars -



FOTO DE PERFIL DE FACEBOOK



SEXUALIDAD

NOMBRE: Jonatan

ALIAS: "El chamarras"

EDAD: 61

1. ¿USTED VE PORNOGRAFÍA?

No. Bueno, a veces. Casi nunca. Sólo los viernes (y uno que otro miércoles) (Nunca en domingo).

2. ¿USTED TIENE MÁS DE UNA PAREJA?

No. Menos de una :c

3. ¿QUÉ MÉTODO ANTICONCEPTIVO USA?

No salir de casa



FOTO DE PERFIL DE FACEBOOK



NOMBRE: Natalia

EDAD: 24

1. MARQUE LA CLASE SOCIAL A LA QUE PERTENECE.

SUPER WOW!! :)

ALTA

MEDIA

BAJA

2. ¿USTED COME CARNE?

Sólo cuando nadie me ve
jaja



FOTO DE PERFIL DE FACEBOOK



NOMBRE: Alfredo

ALIAS: "el ya ni pedo"

EDAD: 29

1. MARQUE LAS SITUACIONES EN LA QUE USTED ES LLAMADO "GÜERITO" (O PINCHE GÜERO).

- En el mercado
- En el pesero
- En el proctólogo
- En la cantina
- En su casa
- En el baño de la cantina



FOTO DE PERFIL DE FACEBOOK



NOMBRE: La Sabadaba

EDAD: 31

1. ¿QUÉ PREFERENCIA SEXUAL TIENE?

- Prefiero ~~los hombres que se me gustan~~

~~los hombres que se me gustan~~

~~los hombres que se me gustan~~

~~los hombres que se me gustan~~ no decir



FOTO DE PERFIL DE FACEBOOK



EL ENTENADO (FRAGMENTO)

Juan José Saer

La carne humeaba, despacio, sobre el fuego. Al derretirse, la grasa goteaba sobre las brasas, produciendo un chirrido constante y monótono, y por momentos formaba un núcleo breve de combustión, acrecentando la humareda y atrayendo la atención de los asadores que se inclinaban, interesados, y se ponían a remover el fuego con sus palos largos. El silencio de los indios era tan grande que, a pesar de la muchedumbre que rodeaba las parrillas no se oía nada más que la crepitación apagada de la leña y la cocción lenta de la carne sobre el fuego. De la carne que iba asándose llegaba un olor agradable, intenso, subiendo junto con las columnas de humo espeso que demoraban en disgregarse hacia el cielo. El origen humano de esa carne desaparecía, gradual, a medida que la cocción avanzaba; la piel, oscurecida y resquebrajada, dejaba ver, por sus reventones verticales, un jugo acuoso y rojizo que goteaba junto con la grasa; de las partes chamuscadas se desprendían astillas de carne reseca y los pies y las manos, encogidos por la acción del fuego, apenas si tenían un parentesco remoto con las extremidades humanas. En las parrillas, para un observador imparcial, estaban asándose los restos carnosos de un animal desconocido.

Estas cosas son, desde luego, difíciles de contar, pero que el lector no se asombre si digo que, tal vez a causa del olor agradable que subía de las parrillas o de mi hambre acumulada desde la víspera en que los indios no me habían dado más que alimento vegetal durante el viaje, o de esa fiesta que se aproximaba y de la que yo, el eterno extranjero, no

quería quedar afuera, me vino, durante unos momentos, el deseo, que no se cumplió, de conocer el gusto real de ese animal desconocido. De todo lo que compone al hombre lo más frágil es, como puede verse, lo humano, no más obstinado ni sencillo que sus huesos. Parado inmóvil entre los indios inmóviles, mirando fijo, como ellos, la carne que se asaba, demoré unos minutos en darme cuenta de que por más que me empecinaba en tragar saliva, algo más fuerte que la repugnancia y el miedo se obstinaba, casi contra mi voluntad, a que ante el espectáculo que estaba contemplando en la luz cenital se me hiciera agua a la boca.

Durante el tiempo que duró la cocción, la tribu entera permaneció inmóvil, en las inmediaciones de las parrillas, contemplando con su semisonrisa ausente la carne que iba dorándose entre las columnas de humo, anchas y espesas, que subían sin disgregarse. Tan grande era la inmovilidad de esa gente, tan absortos estaban en su contemplación amorosa, que empecé a pasearme entre ellos y a observarlos en detalle, como si hubiesen sido estatuas; por no parecer descorteses, algunos me dirigían gestos rígidos y rápidos, sin desviar la vista de la carne; uno solo, molesto por mi merodeo inoportuno, murmuró algo y me lanzó una mirada impaciente. Anduve largo rato entre esos cuerpos desnudos y sus sombras encogidas que el sol de mediodía estampaba en la arena hasta que, en medio de ese silencio casi total, se oyó la voz de uno de los asadores, invitando a los indios a aproximarse sin duda, ya que de la muchedumbre se elevó, súbito, una especie de clamor, y, precipitándose todos al mismo tiempo, los indios, en un estado de excitación inenarrable, se amontonaron junto a las parrillas, empujándose unos

a otros y tratando de ganar un lugar favorecido cerca de los asadores.

La inminencia del banquete los volvía ansiosos: podía verlos apiñándose alrededor de las parrillas y mostrando, por los gestos que realizaban sin darse cuenta, su nerviosidad: algunos, como criaturas, cambiaban de pie de apoyo una y otra vez, como si el peso de sus cuerpos los fastidiara, otros, al menor roce, les daban a sus vecinos un empujón violento; muchos se rascaban, con furia distraída, la espalda, los cabellos, las axilas, los genitales; algunos, sosteniéndose en un solo pie se rascaban, con las uñas del otro, como ausentes, la pantorrilla oscura y musculosa hasta hacerla sangrar. Yo me mantenía a distancia, observándolos, y apenas si podía ver los círculos exteriores de la muchedumbre. Tan apretados estaban, que los más mínimos gestos de un individuo sacudían su vecindad de modo tal que el estremecimiento se propagaba a toda la tribu, como los estremecimientos que ocasiona una piedra en el agua. Por esta razón, cuando los que estaban en el círculo más cercano a los asadores empezaron a moverse, bruscamente, la muchedumbre entera se sacudió, siguiendo el impulso que parecía común a todos los individuos: instalarse lo más cerca posible de las parrillas. Esta tendencia general estaba en contradicción con los esfuerzos de los de las primeras filas que, como pudo verse unos minutos después, habiendo ya obtenido un pedazo de carne, trataban de abrirse paso hacia el exterior.

El primero que apareció era un hombre ni joven ni viejo, con la misma piel oscura y lustrosa que el resto de la tribu, el pelo largo y lacio, los miembros musculosos, los genitales colgándole olvidados entre las piernas, el cuerpo sin vello a no ser un matorral ralo en el pu-

bis. Había algo cómico en la manera en que sostenía el pedazo de carne que sin duda debía estar quemándole las manos y al que contemplaba, en hechizo amoroso, con la cabeza baja que logró eruir durante unos pocos segundos buscando, a su alrededor, un lugar apropiado para instalarse a devorar. Cuando lo encontró —un punto bajo los árboles, estratégicamente próximo de las vasijas mantenidas al fresco—, se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra el tronco de un árbol, y empezó a comer.

Antes del primer bocado se sumió, durante unos segundos, en la contemplación de su pedazo con expresión de incredulidad, como si el momento tan esperado, al actualizarse, viniese a satisfacer un deseo tan intenso que el tamaño del don recibido hiciese dudar de

su realidad. Después, convencido por la presencia irrefutable de la carne, empezó a masticar: cada bocado, en lugar de apaciguarlo, parecía aumentar su apetito, de modo tal que el intervalo entre bocado y bocado iba haciéndose cada vez más breve, hasta que sus inclinaciones rápidas de cabeza hacían pensar menos en la aferrabilidad firme y segura de los dientes que en la obstinación repetitiva y superficial de un picoteo, a tal punto que, como tenía todavía la boca llena de carne que apenas si lograba masticar, el indio no arrancaba de su pedazo, con sus dentelladas rápidas y sucesivas, más que unos filamentos grisáceos que no llegaban a constituir, aisladamente, verdaderos bocados. Se hubiese dicho que había en él como un exceso de apetito que no únicamente crecía a medida que iba comien-



Festín canibal en Fiyi, 1869

En todos esos indios podía verse el mismo frenesí por devorar que parecía impedirles el goce, como si la culpa, tomando la apariencia del deseo, hubiese sido en ellos contemporánea del pecado.

do, sino que además, por su misma abundancia, hecha de gestos incontrolables y repetidos, anulaba o empobrecía el placer que hubiese podido extraer de su presa. Parecía más él la víctima que su pedazo de carne. En él persistía una ansiedad que ya estaba ausente en su presa. Cuando desvié la vista del indio para mirar la multitud, la escena que iluminaba el sol arduo me recordó, de un modo inmediato, la actividad febril de un hormiguero despojando una carroña: un núcleo apretado de cuerpos arremolinándose, llenos de excitación y de apuro, junto a las parrillas y, separados de la mancha central de la muchedumbre, los individuos que iban y venían, a buscar un primer pedazo si todavía no habían comido o un segundo si ya habían terminado el primero, desprendiéndose del tu-multo apretado que se estremecía cerca de los asadores, con un pedazo de carne en la mano, para ir a comerlo tranquilos bajo los árboles, parecidos a las hormigas también por la rapidez de la marcha, por las vacilaciones antes de ceder el paso si por las dudas se interceptaban dos que venían en sentido opuesto, como hacen las hormigas cuando se topan en un senderito, y hasta por la frecuencia y la rapidez con que iban y venían a las parrillas, con ansiedad creciente.

En todos esos indios podía verse el mismo frenesí por devorar que parecía impedirles el goce, como si la culpa, tomando la apariencia del deseo, hubiese sido en ellos contemporánea del pecado. A medida que comían, la jovialidad de la mañana iba dándole paso a un silencio pensativo, a la melancolía, a la hosquedad. Rumiaban sus bocados con el mismo ritmo lento, olvidadizo, con el que se enfangaban en quién sabe qué pensamientos. A veces, deteniendo la masticación, la mejilla hinchada por el bocado a medio macerar, la espalda apoyada con-

tra el tronco de un árbol, se quedaban un buen rato con la mirada fija en el vacío. El banquete parecía ir disociándolos poco a poco, y cada uno se iba por su lado con su pedazo de carne como las bestias que, apropiándose de una presa, se esconden para devorarla de miedo de ser despojadas por la manada, o como si el origen de esa carne que se disputaban junto a la parrilla los sumiese en la vergüenza, en el resquemor y en el miedo. A veces se veía, reunida bajo un árbol o en el gran espacio abierto y arenoso que separaba los árboles del río, lo que parecía ser una familia, ya que el grupo, separado de los demás, estaba compuesto de viejos, adultos, criaturas, y porque, en todos los casos, alguno de los viejos, o de los adultos, distribuía entre los demás pedazos de carne que iba a buscar a las parrillas pero, aunque se mantuviesen materialmente próximos, apenas recibían un pedazo de carne parecían hundirse en ese silencio hosco del que no quedaban a salvo ni siquiera los niños. En algunas caras se percibía la atracción y la repulsión, no repulsión por la carne propiamente dicha, sino más bien por el acto de comerla. Pero no bien terminaban un pedazo, se ponían a chupar los huesos con deleite, y cuando ya no había más nada que sacarle, se iban a toda velocidad a buscar otra porción. El gusto que sentían por la carne era evidente, pero el hecho de comerla parecía llenarlos de duda y confusión. **U**

Con autorización de Elefanta Editorial, que publicó *El entonado* en México en 2015.



QUERIDA MAMÁ, VOY A TENER UN HIJO MÍO CON MI MARIDO Y MI MUJER

Gabriela Wiener

—No es lo que me daba, es lo que no me quitaba.

VIVIAN GORNICK

La mujer singular y la ciudad

*“Déjame que descanse un rato al sol
déjame vivir con alegría
he pescado bastante para hoy
mañana será otro día
no faltará un caracol”*

VAINICA DOBLE

Querida madre (pero esta carta también es para ti, querido padre):

Tenía pendiente contestarte a tu mail sobre el artículo escrito por ese chico criado en una familia poliamorosa que compartí en Facebook, con el que me dijiste que no estabas de acuerdo, aunque lo respetaras. No tenías por qué saberlo, pero además de etiquetar a la mamá de Jaime, a nuestras hermanas, a Rocío y a Jaime, también etiqueté a la mamá de Rocío. Mi idea era naturalizar el asunto, acercarnos. La razón principal es que Roci está esperando un bebé de Jaime, un bebé buscado y deseado por los cuatro (incluyo a Lena), un bebé que también es mío en todo sentido. Y que, por lo tanto, si tú lo quieres, podría ser tuyo también y de nuestra familia, aunque ni siquiera vivamos en el mismo país. Ahora tiene cuatro meses y medio de embarazo. He esperado algún tiempo para decírtelo porque Elisa acababa de parir, porque estabas frágil y cansada de tanto cuidar a papá, porque él está aún convaleciente... pero ya no podía postergarlo.

Madre mía, tú dices que puedes “comprender el amor homosexual sin compartirlo”. Tú dices: “puedo respetar, aunque sin entender el amor múltiple”, yo te digo: mejor no le pongamos más categorías a los afectos, mejor no nos tratemos como cosas raras y lejanas. Ni siquiera la etiqueta de poliamorosos es algo que sienta que nos defina por completo. Yo entiendo lo que quieres decirme, pero mi corazón no espera comprensión y respeto, no espera tu opinión o tu punto de vista sobre mi vida; sólo espera que todo siga como siempre, que me quieras incondicionalmente, como yo te quiero a ti, como siempre nos hemos querido, desde el mismo lugar. Yo no quiero que me respetes, yo quiero que confíes, que compartas y valores mis elecciones de vida. No que vivas como yo, sólo que no te muevas de donde estás y formes parte de mi aventura.

¿Alguna vez te conté cómo conocí a Jaime? Nunca me preguntaste los detalles. Nos conocimos y nos besamos por primera vez en noviembre de 1998 en una comisión periodística: yo era la practicante de Cultura y él el fotógrafo que quería ser escritor. Me enamoré de él la primera vez que fui a su casa y vi que todavía tenía a la vista la foto de su exnovia que lo había dejado hacía dos años enmarcada. Me pareció de un romanticismo doloroso. Tenía cara de poeta triste, se parecía a César Vallejo, con esa frente amplia, aunque con unos ojos llenos de pequeños brillos tinteantes como los de Candy Candy. Luego, para mi sorpresa, tenía una cosa vehemente dentro, como una vida interior tremenda, oscura, rabiosamente secreta, suya, que me propuse desentrañar sin éxito. Sus poemas inéditos me dieron envidia, ganas de escribir y



Omar Gámez, *Euri y Nacho*, 2010



Omar Gámez, *Luis Felipe*, 2008

hacer todo juntos, lo que en efecto hicimos los siguientes 20 años.

Si sigo siendo compañera de Jaime después de tantos años es porque nos sostiene el amor y nuestro proyecto de vida, no por el tiempo, ni el hogar, ni por Lena, ni ningún tipo de imperativo. Si eso se acabara, pensaríamos en dejarnos, pero, ¿sabes?, quiero a Jaime con la misma fuerza. ¿Por qué si nos enamoramos de otra persona debemos condenarnos a ser infieles o a ser víctimas de una infidelidad? ¿O por qué tenemos que ser forzados a elegir entre uno y otro amor, tan iguales como distintos, y a dejar atrás? ¿Por qué renunciar, si es una sola la vida, a experiencias nuevas, emocionantes y enriquecedoras? Llevo un buen tiempo haciéndome esas preguntas. ¿Es demasiado pedir quererlo todo? ¿Es injusto? ¿Para quién? Aun cuando más ha tambaleado nuestro acuerdo de tres, al día siguiente más seguros hemos estado de que debemos seguir intentándolo, de que estamos mejor los tres juntos que separados. ¿Qué pareja no se cuestiona? ¿Quién no siente celos? Nosotros los sentimos, pero asumiendo que son inevitables, legítimos, aunque haya que seguir trabajándolos de por vida. Nunca se dejan de sentir, lo

único que me gustaría es seguir luchando para no blandirlos nunca como un arma para el control del otro o la manipulación, tan típica de ese amor de telenovela mexicana con el que todos aprendimos supuestamente a “amar”. Lo que algunos llaman lo “natural”, lo “normal”, no son más que cosas impuestas, aprendidas culturalmente. ¿Exclusividad? Una farsa. ¿Por qué no reformularlo y firmar nuestra propia historia?

Aquí nadie “comparte” a su pareja como se comparte una mesa. Por favor, no lo leas así. No somos cosas sino personas, como dices en tu mail, en eso estamos de acuerdo, pero como nadie es dueño de nadie, tampoco podemos prohibirnos amar. Antes pensaba que éramos tres parejas en una: Jaime y yo, Roci y yo, Jaime y Roci, pero ahora pienso que nos hemos quitado del concepto “pareja”. Nos hemos ido de eso, mamá. Somos una comunidad, una familia rara, algo así como un núcleo, valoramos cada una de las relaciones distintas que acontecen en ese núcleo. Ni siquiera nosotros nos preocupamos por lo que va a pasar después, no lo hagas tú. Y, sin embargo, entre nosotros solemos decir que tenemos un compromiso de por vida, ésas son nuestras intencio-

nes. No obstante que sepamos que nada que tenga que ver con el amor dura para siempre, sí sabemos que mientras estemos juntos somos una red, somos amorosamente interdependientes. Estamos rodeados de parejas de heterosexuales monógamos que, tras cincuenta años de sólida relación, ponte, un día todo se hace trizas, porque, qué se yo, un día él —suele ser él— se enamora de una celebrity y chau, a pasar tu vejez sola, mamá. Sí, claro que como sospechas los amores múltiples también pueden ser amores efímeros, desechables. Ese individualismo, ese consumismo, ese liberalismo a ultranza en los afectos, ese consumir un cuerpo para luego ir detrás de otro, existe en relaciones monógamas y no monógamas. El poliamor no es el paraíso comunista que tú y papá soñaron en lo social, me temo. Por eso, no es nuestra "situación sentimental" o "estado civil" lo que nos hace particulares sino lo que hacemos con ese tipo de vínculo elegido.

Sabes bien que fue difícil seguir haciendo nuestra vida lejos de todo lo que queríamos en Perú. Primero en Barcelona, después en Madrid. Te mandé el otro día ese documental sobre el movimiento de los indignados españoles para que vieras de qué hemos estado rodeados los últimos años en esta ciudad. El colectivo del que sale Rocío se formó después de la acampada del 15M, manteniéndose de forma autogestionaria, fuera del sistema, a través de redes colaborativas, un huerto comunal y dentro de una economía compartida y social. El contacto con ellos revolucionó nuestra vida. Dejamos de estar solos, aunque Jaime y yo sigamos siendo un poco egoístas, un poco escritores, habitualmente también somos parte de algo más grande. Y aunque todo eso se ha transformado y son tiempos muy dis-

tintos, soy muy feliz de que hayamos absorbido la política en la propia vida, sobre todo Lena. Crece hermosa, fuerte, libre, interesante. Hasta se inventó un término para explicarnos ante sus amigos del cole, "tripareja". Ahora ya no da explicaciones.

Padres, saben bien lo que significamos Jaime y yo el uno para el otro, saben que nos hemos hecho juntos, como escritores, como padres, conocen de sobra la fuerza y resistencia de nuestro amor. Pero de Rocío quizá no saben aún que solía escribir proclamas incendiarias y poemas, y preciosas cartas a mano, que canta y compone. Que tiene una voz cavernosa, profunda, que estudió filosofía, que es música muy punk y escritora. Cuando la conocimos vivía en una casa okupa en la que colgaba un cartel que decía "abajo el trabajo", nos llevaba a sus fiestas under. Una mujer bellísima, divertida, inalienable, apasionada, de ideas brillantes, que lee libros sobre anarquistas y revolucionarios, dormilona, friolenta, rusófila. Es suave y a la vez insumisa como las mujeres que siempre me han gustado. Su padre es general y su madre psicóloga. No le gustan los médicos, ni los medicamentos, ni la policía, ni los machistas, ni los fascistas.

Padres, estoy enamorada de Rocío, completa y absolutamente. Es mi mujer. Y yo soy suya. La amo y me veo a su lado, como me veo al lado de Jaime. Nos desenredamos el pelo juntas, cambiamos los muebles de lugar cada dos por tres, intentamos cuidar las plantas del jardín, dormimos abrazadas, nos amamos a nuestra manera. Me vuelve loca que no cuestiona las cosas que más aprecio de mí misma, porque son las que ella también aprecia.

Jaime y Roci fuman un cigarrito al atardecer en nuestro patio mirando las nubes, hacen agujeros en las paredes para colgar co-

sas mientras hablan de sus asuntos o cortan madera para hacer una puerta, se ríen de mí, se aman a su manera.

El pavazo de Slavoj Žižek dice que, así como el universo surge del vacío, y luego de una catástrofe cósmica, que las cosas existen por error, hay que asumir ese error y cometerlo hasta el final. El amor es la ruptura del equilibrio, la vuelta al desequilibrio. El amor es el mal, dice. Este nuevo amor de tres para mí lo es. Yo creo que se puede hacer la revolución desde la cama, que se puede intentar cambiar las cosas desde el amor.

aprovechado de esta historia. Somos tres personas en una relación horizontal, feminista, abierta al menos en teoría, con ganas de estar juntos, de asumir lo complejo y desigual que son siempre las relaciones afectivas, de dos, de tres, de cuatro, etcétera.

Mamá, yo creo que casi siempre somos como mínimo tres en una relación. Por lo general hay otra persona más deambulando en tu vida, en la casa de al lado, en tu bandeja de correo, en Meetic, al otro lado del mundo, en tus sueños o fantasías, en tu pasado, en tu futuro, pero existe. Lo que pasa es que no a

Mejor no le pongamos más categorías a los afectos, mejor no nos tratemos como cosas raras y lejanas.

Sé que lo que más te intriga es cómo se hace para pasar del dos al tres con el conocimiento de todas las partes, para ir a contracorriente. Desde hace mucho tiempo Jaime y yo pensábamos en ello. Teníamos la sensación de que allí afuera había algo más, que no estábamos completos. La noción de “ampliar la familia” para nosotros siempre tuvo otro sentido. Yo me he enamorado de mujeres platónicamente toda mi vida y he tenido rollos con chicas; mientras que ambos hemos intentado hasta tres veces hacer que el vínculo primero físico con otra mujer creciera, pero fracasamos. Cuando conocimos a Roci supimos que era eso lo que estábamos buscando. Coincidimos los tres en que la idea de “pareja” y de “pareja estable” hace tiempo que nos parecía rancia. Ella tampoco quería eso para sí misma. Y no, no es poligamia. Sé que tienes un lío en la cabeza. Esto no va, como tantos creen por machismo, de un gran hombre que tiene dos mujeres. De que Jaime es el feliz

todos les funciona hacer eso visible e incorporarlo libremente en la dinámica de sus vidas. Hay a quienes la infidelidad les funciona mejor. Yo he probado ya varias cosas y esto me gusta porque, aunque no es fácil, me divierte, me hace feliz, me conmueve, me desafía, me radicaliza, me hace crecer. Nos amamos, convivimos, criamos.

Mamá, el amor, aunque tenga formas raras o diferentes, siempre genera más amor. Lo acabamos de ver con la familia de Rocío. Y sé que será igual con la nuestra y la de Jaime. ¡Será un bebé con tres abuelas y tres abuelos! Sé que no es fácil de entender, que provoca miedos y dudas en quienes nos quieren. Debes saber que nuestro mayor esfuerzo desde el principio ha sido cuidarnos y cuidar de quienes nos rodean. Procuramos que nuestro amor tienda a crecer y a incluir y nunca a encerrarse en sí mismo. De ese esfuerzo y ese amor nacerá esta criatura, a quien quizá puedas esperar con tanta ilusión como nosotros.

Nos hemos comprado una cama enorme, entramos cinco cómodos. Jajajaja. No te angusties, no tenemos pensado invitar a nadie más. Pero queremos que el bebé duerma en los primeros meses con nosotros y si un día Lena quiere venirse a dormir también. Trabajamos en casa. Nos turnamos para cocinar. En cuanto a logísticas varias y cuidados, es mejor ser tres que dos. Nos organizamos para llevar y recoger a Lena del colegio. Nos wasapeamos entre todos. Vemos películas, vamos al parque, hacemos algún picnic, salimos de fiesta si conseguimos dejar a Lena con alguien. Apoyamos los eventos del colectivo. Vamos a manifestaciones.

No juzgo a ninguna familia, menos si es una familia que se asume como feliz hacia dentro y no hacia afuera. Qué concha enorme tendría que tener para ponerme a juzgar cómo conviven los demás. Coincido con el chico de la familia poliamorosa en que todas las familias son disfuncionales, siempre lo he pensado y basta echar un vistazo a la nuestra o a la de Jaime para concluir que no tienen nada de normal. Y claro que infinidad de veces la falta de honestidad, la mentira, la violencia, la duda, la doble vida en general en nuestras familias, nos han enfermado también a los hijos, como dices, en cuerpo y alma. Lo otro no enferma mamá, la confianza, la sinceridad, la transparencia, el diálogo real entre padres e hijos no enferma, más bien fortalece, cuida, cura. ¿Qué es lo normal, por otro lado?

Por eso quiero que estés tranquila, porque sé que te preocupa Lena. Pero no subestimeemos a los niños. La gente habla porque no conoce de cerca la vida de la gente. Si viviéramos en la misma ciudad podrías ver lo natural que es todo para ella, cómo la rodeamos de la se-

guridad, la alegría y el amor que necesita en nuestro núcleo tan especial y en nuestro hogar ampliado. Esto es innegociable. Si no fuera así, entonces sí sería una locura, sí sería un fracaso. Creo, espero, deseo que estemos dándole las armas para formar, como bien dices, su propia conciencia crítica y tomar sus decisiones. Es lo que ustedes hicieron por mí, mi mayor tesoro. Lo mismo esperamos hacer con nuestro nuevo bebito. Le vamos a llamar Amaru. Lena está ilusionadísima. Todos los días besa la panza de Rocío y salta de alegría. No te imaginas nuestra emoción.

Gabriela, tu poeta.

HIJA MÍA, MI GABITA

Me ha tomado un par de horas asimilar tu carta. Ha sido motivo de una conversación con tu padre sobre nuestras ideas y sentimientos. Ahora sólo puedo volver a sentir lo que siempre me haces sentir desde que eras niña, tu capacidad de sorprenderme, de cómo estiras la vida a tus modos, a tus búsquedas, a tus sueños, a tu imaginación, asumiendo riesgos con su costo/beneficio, producto de tu modo de entender la felicidad. Ayer el poliamor, hoy un embarazo de a tres, mañana una maternidad de a dos y un padre de una criatura deseada. Me pintas la felicidad que te da tu vida forjada con mucho valor.

Hija mía, sólo puedo seguir rogando, como hace toda madre, que estés siempre protegida en los caminos que tomes, que no sufras, que no hagas sufrir a otros, que siempre seas de buen corazón y que tu desarrollo personal que ha descubierto el lugar que ocupa una comunidad amical y política, te haga crecer como ser humano, miembro de una tribu en la que es menos probable la soledad —aunque pensando a estas alturas de la vida, pien-



Omar Gámez, *Rapto*, 2015

so que la soledad es un estado necesario para encontrarnos a nosotras mismas—. No olvides la lección de tu abuelo, nunca se quejó de la pobreza, pero nos sacó de ella con su esfuerzo e inteligencia, con su amor a la vida y su buen humor, que hizo mil oficios y se inventó mil cuentos chinos.

No debiste esperar tanto tiempo para contarnos, al final ya sabes que soy sacerdotisa mochica, y cuando hay muchos silencios tuyos, me preocupo no en vano, y bueno, vuestras decisiones parece que han sido muy pensadas y muy conversadas, entre ustedes y con la participación de Lena. Yo sólo puedo decir que soy tu madre, que te quiero, que ruego para que puedas sostener tus sueños. Hablo por ti, no puedo hablar por Jaime y por Rocío, a quienes he aprendido a querer porque tú los quieres.

Los esperamos, que ésta es tu casa también. A Jaime y Rocío que serán padres de un nuevo miembro de tu familia, diles que arreglaré el cuarto para que los tres estén cómodos, pondré plantas y flores para que acerquemos la naturaleza a la nueva personita que vendrá.

Será bueno tener más hijos que nos cuiden y nietos que cuidar. Por ejemplo, podremos

ir a caminar juntos tempranito, y dar por lo menos cuatro vueltas al parque, y haremos juntos el menú para comer sano, con recetas que lleven verduras ricas y carnes y pescados evitando grasas. Eso no será sólo bueno para nosotros, sino en especial para tu hernia, Gabriela, y para Rocío, que es super cuidadora con su alimentación. Hasta Jaime tendrá que comer verduras y no tanto arroz para seguir la línea de la dieta sana. Y claro, Lena incorporará más verduras a su dieta, contagiada por nosotros.

Conversé con mi amiga Rosa Dominga, la monja Maryknoll, feminista y de mente abierta a todo lo nuevo, sobre vuestro modo de llevar el poliamor, y, como siempre, fue comprensiva y abierta, pues lo que más enfatizó es que las búsquedas en materia de uniones trascienden la noción de naturaleza que tenemos, pues mucho de lo que llamamos natural, en realidad es cultural. Lo bueno es que ella nos conoce y nos ama.

Un abrazo grande y prolongado, hija mía, acaricio tus cabellos y coloco tu cabeza en mi pecho para que el latido de mi corazón, rítmico y sereno, te diga que mi amor no es negociable.

Elsi. U

LUCÍA

Elvira Liceaga

Una doctora oriental abre la puerta. Lucía supone que es china porque la mayoría de los asiáticos en Nueva York son chinos; bien podría, sin embargo, ser coreana o japonesa. Con frecuencia se equivoca en estos temas, así que ha dejado de preguntar a las personas de dónde vienen. De donde sea, la doctora la recibe con entusiasmo gringo, como si ésta no fuera una clínica sino un hotel *all inclusive* frente al mar y en vez de entregarle una bata azul de gasa le ofreciera una bebida en copa y con paragüitas. Ojalá que, en vez de venir a resolver problemas pendientes en un sábado a tan dramáticas horas de la mañana, Lucía hubiese llegado hasta aquí para vacacionar.

La doctora se presenta: se llama Kara Bermejo y le da la bienvenida señalando con la palma de la mano el biombo, detrás del cual los pacientes se desnudan para cambiar su ropa por la bata.

Desabrochándose los pantalones de mezclilla, Lucía le pregunta, necia, por "Bermejo", para romper el hielo, para aparentar soltura. La doctora le responde que es un apellido español, que es un apellido muy común en Manila. Su segundo nombre es Angélica, encaja el sonido de la g con fuerza.

¿Estás lista? Desde el lavabo, la doctora le guiña el ojo a Lucía, que se sienta sobre la camilla, mientras otra mujer en pijama de gasa morada, que se mueve de un lado a otro arrastrando los pies, como quien no quiere la cosa, sin avisar ni presentarse, estira el brazo de Lucía para tomar su presión.

¿Estás lista?, pregunta la doctora, con una sonrisa gratuita, arrimando un banco de metal frente a ella. Pa' luego es tarde, piensa responder Lucía, pero las palabras no abandonan su boca, apenas asiente con la cabeza, acostándose boca arriba, disfrutando volver a una posición horizontal; no hace mucho, pues, que salió de la cama. La doctora sube los pies de la paciente a esos soportes de metal que Lucía siempre ha asociado con las espuelas que llevan los vaqueros. Después, la doctora toma sus rodillas y las separa en un solo movimiento hacia fuera. Abiertas las piernas, le pide por favor que tome aire. Lucía suspira con exagera-

ción y voltea hacia la puerta, donde su mirada encuentra a la mujer de los archivos, de la que ya le habían advertido en la sesión introductoria al tratamiento; también viste uniforme médico y sostiene una cámara en la mano derecha y un flash portátil en la izquierda. La fotógrafa se debate entre el encuadre y los movimientos de la doctora, quien introduce su mano enguantada en la joven vagina. Sondea el terreno. Lucía siente dentro algo parecido a un pulpo, con los tentáculos auscultándole las entrañas. Descansa la mirada en los bloques de yeso blanco agujereados del techo. Vibra el teléfono celular en su bolso. Cierra los ojos, ha de ser su madre desde México, ha de

ser que está preocupada por ella, hace una semana o así que no hablan; y otra vez necesita que Lucía le mande dinero. Lucía querría olvidarse de que en un par de horas comienza su turno matutino en el restaurante, querría quedarse dormida en esa fría camilla mientras la doctora la manosea, entregando su cuerpo entero como una ofrenda para la ciencia.

A lo lejos, desde otra habitación, se escuchan los gritos de una mujer adolorida, que parece llorar con pájaros atorados en la garganta. Lucía abre los ojos y se pregunta a qué endemoniado tratamiento habrá sometido su cuerpo aquella mujer. La consuela pensar que pasarán los días, y con los días pasarán los mo-



Morris Hirshfield, *Niña con palomas*, 1942

lestos efectos secundarios de las medicinas, los retortijones, los pánicos ocasionales, las deformaciones se desvanecerán y esos cheques por fin llegarán en el correo para ambas.

Vuelve a mirar hacia abajo y encuentra el cabello de la doctora, negro, lacio y grueso, envidiable. No siente la necesidad de empujarla sino ganas de acercarla, precisamente cuando la doctora se endereza.

La doctora le informa, entonces, de sus sospechas: no se trata de uno sino de dos fetos. Se

panza ante el frío del gel. *I know*, dice la doctora al tiempo que toma una extensión del aparato que pasea por el área del útero. *Yeah, yeah, yeah: two babies or two, you know, something*, la doctora finge un escalofrío. Con el ceño fruncido Lucía mira la pantalla donde al parecer la doctora distingue, entre ondas blancas sobre un fondo gris, dos figuras que confirman dos hijos.

No son gemelos, puesto que viven en placetas diferentes, reporta la doctora con la

La doctora le informa, entonces, de sus sospechas: no se trata de uno sino de dos fetos.

quita los guantes, los hace bola y los encesta en el bote de la basura en la esquina del consultorio. No mover, dice la doctora, explicándose con las palmas de las manos hacia abajo.

Lucía cuenta con los dedos sobre su frente sus últimas relaciones sexuales, Jaime, Greg, Tomás, piensa en la última vez que menstruó, recuerda las indicaciones de este tratamiento, están en el folleto, están en el contrato que firmó, ella sabía y aun así se embarazó. Piensa que no tiene un centavo, que qué pinche desmadre, y aunque no cree en nada ni en nadie, entrelaza los dedos de las manos y se repite en silencio que, por favor, Diosito, que sea un error.

Las llantas del carrito que empuja la doctora rechinan contra la losa del piso. Lo coloca a un lado de la camilla y, en lo que el aparato termina de encenderse, la doctora se enguanta de nuevo y de un tubo como de pasta de dientes empuja un gel transparente que esparce sobre el vientre de Lucía. Ella mete la

autoridad de un explorador que regresa de una aventura por las profundidades ajenas, esperando una respuesta de la paciente, quien deja caer su cabeza sobre la camilla. Pues abortemos a los dos, contesta Lucía, como si se tratara de un par de caries. La doctora canta un *alright*, más bien como de Harlem.

Aquella vez que vino a la clínica donde se prueban los nuevos medicamentos, primero en animales y después en personas, un científico explicó con una presentación en Power Point que, en este estudio, ninguno de los pacientes sabría qué tipo de inyecciones le tocaría. Podría tratarse de un líquido que viaja por la sangre hasta el cerebro y es ahí donde se hace amigo —esta última palabra el científico la entrecomilló—, de las sustancias que permiten que dos neuronas se comuniquen. Lo que el tipo de la farmacéutica quiso decir es que el futuro medicamento, que ya había conseguido sosegar ratas, se mezcla con los neurotransmisores para actuar en la sinap-

sis. Y así, continuó con el asombro de un mago que extrae un conejo de un sombrero, tendrían por fin una vida tranquila. En la pantalla mostró diapositivas de alumnos concentrados estudiando en la biblioteca, chicos durmiendo y sonriendo al mismo tiempo, chicas comiendo con notable apetito, gente bailando en una fiesta y una diapositiva más con dos manos entrelazadas. ¿No quisieran tener una relación estable?, apuró el científico la primera parte de la presentación.

O bien —se paseó, con las manos en los bolsillos de la bata por el escenario del auditorio con paredes color rosa, un rosa claro que se usa en las prisiones y que según los del instituto ha demostrado sedar al público—, a cualquiera de los participantes podría tocarle una inyección de nada, y se encogió de hombros. Un líquido neutro que no les hiciera ningún bien, pero tampoco ningún mal a sus cuerpos nerviosos, y que a la compañía le ayudaría a corroborar su hipótesis. Incluso les dijo a los presentes que ellos eran los elegidos que podrían hacer historia, si acaso esta nueva medicina resultaba ser el calmante del siglo. Y a pesar de que Lucía duerme con facilidad, no tiene miedos irracionales ni es perfeccionista, de verdad necesita los dólares; los cupones de masajes en el barrio chino y las muestras gratis de suplementos vitamínicos tampoco le vendrían mal. Además, no es como aquella vez que les prohibieron beber, “ni una, ni media, ni un traguito de cerveza” durante seis meses, cuando participó en el estudio que se proponía eliminar de manera permanente la menstruación. Esta vez la fiesta estaba permitida. No recibieron ninguna contraindicación respecto al alcohol. También podrían bailar, saltar y hacer ejercicio tanto como les diera la

gana, porque el útero no era en este caso importante y podrían tener sexo, siempre y cuando minimizaran los riesgos de embarazo. Así que el mismo día de la sesión introductoria recibió la primera de veinte inyecciones.

La doctora con ojos rasgados extrae de su vientre dos larvas viscosas. Se las acerca haciendo una cunita con las palmas de las manos. Guácala, dice Lucía, y a pesar de que la doctora no sabe qué significa la palabra replica, *Oh, yeah*, y pronuncia *woooaaacalaaaa*, dilatando los sonidos.

Recuerda, le reprocha la doctora, en inglés y con un gesto vomitivo, es muy, muy importante tomar anticonceptivos durante los tratamientos, a menos de que tengas planeada una asquerosa familia. La doctora deja caer las larvas en un frasco que sostiene la enfermera, las larvas se deslizan encorvadas y se retuercen en su baba.

Lucía se siente apedreada por las palabras de la doctora, que se quita los guantes, le dice que puede vestirse y se dispone a llenar los formularios.

Cuando sale vestida del otro lado del biombo, la enfermera está cerrando con presión el frasco y se lo muestra a la fotógrafa, quien enfoca la lente para no perderse los detalles, los pliegues húmedos, los tonos crudos. La luz de la cámara trepa hasta los ojos de Lucía, todavía cansados. ¿Las quieres?, pregunta la doctora, levantándose para concluir la consulta y atender al siguiente paciente. Lucía no sabe qué decir, está lampareada, pero por decir algo tartamudea: *Yes, sure*. La enfermera deja sobre el buró el frasco con los bichos moviéndose. *Thank you*, se obliga a responder, mirando a sus retoños. La doctora se despide sonriente: *Es mi pleasure.* U



Ilustración: Shukare



“LA CAJITA FELIZ”, GAYS Y URBANISMO CHILANGO: EL TABÚ QUE NUNCA DEJARÁ DE SER CONTEMPORÁNEO

Wenceslao Bruciaga

1. LA CONQUISTA DEL ASFALTO

Plataformas de la estación del Metro Hidalgo, Línea 3, la de cintillo verde, pocos minutos después de las diez de la noche.

Aún había restos de ajeteo de un viernes en medio de quincenas. Me refiero al tráfico humano y heterosexual. Tuve suerte de que el *dealer* accediera a verme a esas horas, generalmente dejan de entregar a las 8 pm. Hay repartidores de 24 horas, pero los muy ruines aumentan el precio de su mercancía conforme la media noche arrecia el sudor. Nos tienen perfectamente estudiados a los putos. Más a los insaciables. Saben que una orgía sin *poppers* es como una cerveza michelada con azúcar o una quesadilla de chicharrón sin grasa. Si el *dealer* era puntual, tendría dos horas libres. Buen tiempo para ver cómo seguía el desmadre de “La cajita feliz”, como se le conoce a los encuentros sexuales entre hombres en los últimos vagones del Metro después de las diez de la noche.

A pesar del auge de las páginas de internet y *apps* diseñadas para los “encuentros” (eufemismo beato para citas meramente sexuales), el furor por vivir la adrenalina de “La cajita feliz” acapara hoy día *hashtags* y tendencias en foros virtuales donde se intercambian consejos para no ser arrestados o debatir sobre cuáles estaciones del Sistema de Transporte Colectivo Metro son las más socorridas para el *cruising* gay.

Algo en la biología masculina hace que el deseo cobre una urgente relevancia. Casi siempre terminas descubriendo que eres gay gracias

al manoseo de los espacios públicos o satisfaciendo el deseo en lugares cerrados como los últimos asientos de los cines porno, la conquista de los baños, vapores y saunas, y los cuartos oscuros de algunos clubes nocturnos.

Al menos ésas eran las dinámicas cuando yo salí del clóset, durante los primeros noventa.

En este entonces no había muchos derechos, o no los había, y lo que más se exigía en las marchas del orgullo era respeto a la diferencia. El internet parecía una extravagancia de ciencia ficción. La Zona Rosa, disimuladamente, empezaba a despuntar como el barrio gay de la Ciudad de México, soñando con reproducir la leyenda turística del Castro Street de San Francisco.

También en ese entonces el *cruising* era una parte del orgullo, como dijo Laud Humphreys en su polémico estudio de los setenta, *Tea-room Trade: Impersonal Sex in Public Spaces*, el sexo entre hombres en los espacios públicos sucedió como una forma de desafiar los convencionalismos de una sociedad como la buga capitalista (como les decimos los gays a los heteros), aferrada a un consumo voraz y la aspiración a "realizarse", que abraza la represión sexual y la doble moral como forma de coexistencia y sobrevivencia y te asume, sin preguntarte, como heterosexual. Hasta que demuestras lo contrario. El clóset es un invento de los heteros para no alterar su orden reproductivo. Humphreys decía que, en lugares como los baños públicos, al menos en los se-

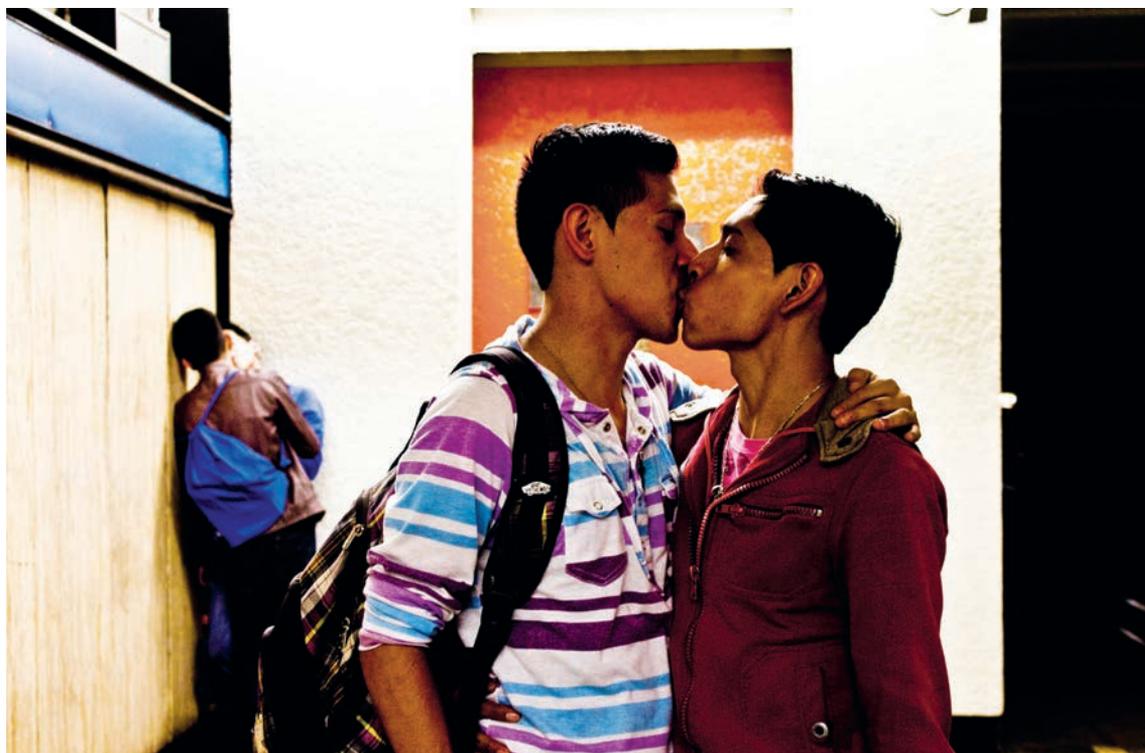


Foto: Enriko Stark

tenta, el deseo no discriminaba razas ni clases sociales, tampoco cuestionaba si afuera de los azulejos tenías una vida paralela, con esposa e hijos. Yo agregaría, además, que los hombres homosexuales sucumbimos al exhibicionismo de los espacios públicos como herederos de una naturaleza depredadora. Basta ver la cantidad de lugares de esparcimiento sexual de hombres homosexuales frente a locales pensados para mujeres lesbianas. Los mismos que salían a cazar animales durante

malito torpe. Pero también me gustan los madrazos por placer, por eso boxeo de forma *amateur*. El señor se largó no sin antes dar un portazo frente a la indiferencia de los empleados del cine y la señora que atendía la dulcería con más cigarros que golosinas. Del inodoro salió un hombrecillo flaco envuelto en unos pantalones que pretendían ser de cuero, parecía un muñeco pirata, con las extremidades morenas y la cara pálida del susto. Temblaba como gelatina tibia.

Los hombres homosexuales sucumbimos al exhibicionismo de los espacios públicos como herederos de una naturaleza depredadora.

las cavernas, ahora salíamos a la caza de la caricia efímera en los vagones del Metro, los parques o los baños del Sanborns. No todo era miel sobre barbas o pectorales. El radar gay a veces fallaba y la mirada caía sobre el mingitorio de un heterosexual. A veces había que defenderse, ganarse el *wawis* de cada día a punta de golpes. Recuerdo un tremendo altercado en los baños para hombres del viejo cine Savoy, en el Pasaje Savoy del Centro Histórico, sobre la calle 16 de Septiembre. Cuando entré, un señor de tupido bigote quería derribar a patadas voladoras una de las dos puertas que resguardaban los inodoros, "¡Pinches putos! ¡Me tienen hasta la madre! ¡Ni mear dejan!". Le grité que el que no dejaba mear era él con sus gritos y que si seguía con su escándalo sería yo quien le partiría la madre. Siempre he sido dado a los madrazos para defender mi putería de la homofobia argüendera y fantoche en México, pero cuando la encaras termina por agazaparse como un ani-

Con todo, eran tabús latentes que se vivían con discreto orgullo, a pesar de que la estigmatización del SIDA era la peste paranoica que nos asediaba.

A mitad de los noventa empezaron a surgir espacios que seguían el ejemplo del pasillo oscuro de El Taller de Luis González de Alba, de la calle Florencia en la Zona Rosa, el primer club sólo para hombres gay que de algún modo replicaba las dinámicas del sexo público; la extinta Estación, en la calle de Hamburgo, la primera Casita, allá en Viaducto, el primer edificio de tres pisos abierto las 24 horas los 365 días del año, diseñados *ex profeso* para el sexo entre hombres, uno a uno, tríos o grupal. Algunos baños de vapor terminaron cediendo a una tolerancia resignada ante la muchedumbre gay que se apoderaba de sus instalaciones, los Baños Señorial, cerca de Salto del Agua; los Finisterre, hoy institucionalizados como *after hours gay* oficial, y después vendría el Sodome, el primer sauna



Foto: Enriko Stark

diseñado con altísima sofisticación a la altura de los estándares de Montreal o París, abiertamente homosexual y vigente al día de hoy.

A veces creo que el tabú del sexo entre hombres en espacios públicos estuvo a salvo de los prejuicios durante esa segunda mitad de los noventa, un sano limbo en el que el VIH avanzaba hacia un control médico, y el sueño del matrimonio igualitario se abría paso en un mundo donde la diversidad era consigna de lucha.

2. TABÚ DE A CINCO PESOS

Puse la tarjeta sobre el lector electrónico. Descarga de cinco pesos. El torniquete tronó y entré al Metro Hidalgo.

El *dealer* llegó puntual, como siempre y con el precio intacto. Junto con el sello alemán *Toy Tonics Records*, el *dealer* ha sido de los descubrimientos más benditos de este 2018. Te vende *poppers* importados de Europa a precios más o menos razonables, tomando en cuenta el tamaño de los frascos, que suelen alcanzar para varias horas de sexo sin nombres ni amor. Soy adicto a ese solvente sofisticado que son los *poppers*. Los compré aunque algo en mi cita me hacía sospechar que no habría sexo después de las cervezas.

Él era algo así como un recomendado de un buen compa canadiense: “me dijo que eras bien punk en tus columnas, un disidente gay y que definitivamente tenía que conocerte”; el recomendado era de esos a los que les da por asumirse orgullosamente *queer* —en la acepción tan de moda hoy en día, muy ligada al trasnochado redescubrimiento del Vogue, el baile combatiente de negros e hispanos del Harlem que luego retomaría Madonna para popularizarlo alrededor del mundo—, actor de performances que cuestionan el heteropa-

triarcado con canciones de Selena, la reina del Tex-Mex. Sus mensajes me llegaron en el momento álgido de la borrachera, en sus fotos aparecía con la cabeza afeitada, una de mis debilidades, así que le mandé videos porno de cuando me grabo con el celular y él me contestó con los suyos. Pero estaba seguro de que no tendría sexo porque sus cejas pintadas de rosa rompían mis fantasías *skinheads*.

Aun así, quedamos. En un principio propuso encontrarnos en el hotel Condesa DF: le dije que no mamara, que para empezar ese lugar era tan a la moda que ahora estaba pasado, porque la denominación DF es del pasado, anticuada como las primeras canciones de Natalia Lafourcade, los *Tamagochi* o la primera temporada de *Sex and the City*. Ahora es la CDMX. Y, además, que era muy hipócrita de su parte andar con discursos contra el colonialismo eurocentrista y sólo querer conocer locales tan idénticos entre sí como cualquier barrio gentrificado alrededor del mundo.

Nos vemos en El Viena y te chingas. Cenaría en el Condesa DF, por lo que la cita se fijó a la medianoche. El Viena, la vieja cantina casi esquina con el Eje Lázaro Cárdenas, involuntariamente pionera en la institución del corredor gay-queer en que se ha convertido la calle República de Cuba del Centro Histórico de la Ciudad de México.

Se dice que esos dos títulos de la televisión ayudaron a visibilizar a los homosexuales en plena agonía del siglo XX, a derribar tabús frente a los bugas y con ello a empujar algo de saneamiento al imaginario hetero respecto a los gays, para hacernos acreedores a derechos como el matrimonio igualitario y la adopción homoparental. Si bien hay algo de cierto en esa afirmación, no puedo dejar de pensar que más que derribar estigmas, nos domes-



Foto: Enriko Stark

ticaron a imagen y semejanza de los bugas convertidos a la secta del éxito, consumistas, asiduos a las buenas costumbres y restaurantes minimalistas: "En este sentido, el Marais [famoso barrio gay de París] se ha convertido en un espacio de representación de una forma normalizada de vivir y entender lo gay; lugar de escenificación de una imagen viril, convencional, acomodada y empresarial del hombre homosexual. El gay de traje y corbata de la revista *Têtu*", dice el maestro en sociología urbana de Lab Úrba, Instituto Francés de Urbanismo, René Boivin Renaud. Los franceses están muy obsesionados con el estudio de la geografía homosexual en las grandes urbes, herederos directos de la *Historia de la Sexualidad* de Foucault.

Pero el ejemplo del Marais se presta a analogías en los barrios de otras ciudades. En la Ciudad de México tiene eco en las colonias Condesa y Roma, y la Zona Rosa con un twist más barato y pop.

Fueron Carrie Bradshaw y sus secuaces fashionistas de la sin lugar a dudas entraña-

ble e icónica *Sex and the City*, junto con *Will & Grace* y *Queer as Folk*, las series que devolvieron el sexo gay en espacios públicos, anónimo y exhibicionista, al estatus de tabú. *Queer as Folk* fue pionera en mostrar un ritmo de vida gay más realista, sí, aunque curiosamente la promiscuidad tenía un tufo de moraleja y castigo.

De algún modo, esos shows televisivos lograron colarse al inconsciente gay, alterando la configuración del deseo e imponiendo nuevas claves de éxito y fracaso. Casi al mismo tiempo que nos tragábamos la idea de que el gay merecedor del respeto buga (¿hay otro?) era aquel que podía emular los estereotipos de poder adquisitivo de *Sex and the City*, los empleos glamorosos de *Will & Grace* o pagar los gimnasios de *Queer as Folk*. Las Sociedades de Convivencia empezaron a tomar forma en el entonces Distrito Federal. Los debates estuvieron plagados de golpes bajos, todos relacionados con el tabú de la sexualidad gay: "Pero ¡cómo los gays quieren casarse y adoptar hijos si son unos degenerados!", decía es-



Foto: Enriko Stark

pantado uno que otro diputado santurrón. “No todos” decía uno que otro activista. Por lo visto, para alcanzar ciertos derechos hay que hacerse de un poco de autodesprecio y vergüenza por el propio deseo para no parecer degenerados frente a la rectora moral buga, que es la que aprueba o niega nuestro acceso a la ley.

3. GRACIAS AL MATRIMONIO IGUALITARIO, AHORA PODEMOS SER COMO USTEDES, BUGAS

Será porque no podemos esconder el tufo de homosexualidad calenturienta que los policías nos dejan ser en paz. A las diez de la noche, en el Metro, los policías siguen gritando con el mismo hartazgo energético de las horas pico mientras una resignada y pornográfica tolerancia gay empieza a respirarse en los pasillos, andenes, escaleras eléctricas y esos vagones anaranjados, heredados del urbanismo francés.

Asegurado el frasquito en mis pantalones, tenía dos horas libres hasta la medianoche.

Así que opté por averiguar qué tan cierta era la leyenda de la que se ha vuelto una marginada tendencia en foros de internet especializados en el *cruising*, redes sociales y *apps*. Quién sabe, en una de esas me deshacía de la inyección de sangre en las vías urinarias con algún pasajero anónimo.

Abordé el penúltimo vagón del tren con dirección a Cuatro Caminos, pero no pasó absolutamente nada, había más mujeres con faldas sastre que hombres. Me sentí defraudado. Bajé en Panteones para cambiar de dirección y emprender el regreso al neurálgico Metro Hidalgo. De nuevo al penúltimo vagón. Rumbo a Taxqueña. Pasando la estación Cuitláhuac, el mito cobró una cachonda realidad: empezó la acción. Pude verlo desde la ventanilla ovalada al final del vagón. Un hombre hincado en un rincón, entre la puerta corrediza y la estación vacía del conductor, se masturbaba con lentitud hipnótica mientras otros pasajeros hacían lo mismo sobre los asientos azul petróleo. Cambié de vagón en Colegio Militar y me acerqué al grupo de hombres que

se masturbaban para ver de cerca. La excitación me carcomió las tripas. Me dejé acariar por un cabrón de lo más cachondo, muy moreno con una gorra de beis. Poco antes de llegar al Metro Hidalgo, el tipo hincado me la mamó y abrí el frasco de *poppers* y le di un jalón tan profundo que mis pulmones debieron chamuscarse, el cerebro empezó a hervir, las venas se dilataron, se inflaron (los *poppers* son nitritos vasodilatadores que aumentan el placer sexual y dilatan el ano) y eyaculé. Cuando el tipo hincado se levantó para limpiarse la boca con un kleenex, me dijo: "ese pendejo que se bajó nos estaba grabando. No alcancé a partirle su madre al muy metiche y puto. Ojalá no lo vea mi marido por ahí..." Me confesó que se había casado por un asunto de acceso al IMSS, pero además de la solidaridad, el marido era muy celoso y la monogamia era una regla que el tipo rompía en el Metro cada que podía. Así que mis tatuajes ya andan rondando por la red, quizás en esos canales del pornhub.com especializados en hombres mamando verga en el Metro de la CDMX, de los que más se descargan.

He sabido que utilizan los perfiles de las apps gays de los teléfonos inteligentes para quedar en estaciones del Metro y adentrarse a la adrenalina de "La cajita feliz" en compañía, como diversión y seguridad, por cualquier cosa.

Llegué a la cita casi media hora tarde. Para colmo, el recomendado se había deslavado esas ridículas cejas rosas y se había puesto unos arneses *leather* a lo Tom of Finland sobre una camisa de cuadros y a la tercera cerveza ya estábamos besuqueándonos. Dije que iba por unos Omeprazoles a la farmacia, cuando en realidad pedí unas pastillas de Cialis para así mantener mi estatus intacto.

Rumbo a la farmacia, el bullicio de la calle República de Cuba iba en aumento. Gays jóvenes convencidos de la inclusión y la creación de los espacios seguros sin tomar en cuenta que esto contribuye a fortalecer el tabú de la homosexualidad, que tarde o temprano buscará una forma de desahogarse. Este 2018 se cumplirán 40 años de la Marcha del Orgullo LGTBTTI (Lésbico, Gay, Bisexual, Transgénero, Travesti, Transexual e Intersexual) mientras el activismo gay insiste en concentrarse en sólo luchar por el matrimonio y la adopción de niños homoparental como únicas metas, segregando temáticas como el VIH, las infecciones de transmisión sexual, la tolerancia de los espacios públicos o la regularización de los saunas gays y los clubes de sexo a un rincón cada vez más cargado de vergüenzas y tabús, alimentados por los mismos usuarios ansiosos de someterse voluntariamente a los grilletes de la moral y doble moral buga. Hoy, hombres gays pagan el cover del Sodome con el mismo encogimiento con el que mi padre entraba a los *table dance*, tomando en cuenta que en los últimos años en la Ciudad de México han proliferado los clubes de sexo y las fiestas orgiásticas en departamentos privados donde el desenfreno es parte del cover.

La verdadera *identidad* del urbanismo gay alrededor del mundo se encuentra en las zonas de *cruising* y no en los barrios reconocibles por las banderas de arcoíris y los éxitos pop que suenan mal equalizados. Lady Gaga debe sentirse orgullosa de unificar a los barrios gays del mundo, estandarizándolos bajo su discurso prefabricado de domesticar la diferencia, mediante coreografías deslactosadas y letras que glorifican la autoindulgencia, sin ese ego dictador e imparable que hace única a Madonna. U



Juan José Herrera, de la serie *Silvestres*, 2013



EROTISMO Y TABÚ

Sylvia Covián Villar

Para la conciencia moderna, un acto fisiológico —la alimentación, la sexualidad, etc.— no es más que un proceso orgánico, cualquiera que sea el número de tabús que lo inhiban aún (reglas de comportamiento en la mesa, límites impuestos al comportamiento sexual por las “buenas costumbres”). Pero para el “primitivo” un acto tal no es nunca simplemente fisiológico; es, o puede llegar a serlo, un “sacramento”, una comunión con lo sagrado.

MIRCEA ELIADE, *Lo sagrado y lo profano*

Lo sagrado y lo profano varían de una comunidad a otra en función de la idea que éstas tengan de la existencia humana y de todo lo que la rodea, es decir, de su cosmos. Los tabús se establecen a partir de qué tanto una cultura le tiene miedo al caos y qué tanto y en función de qué valora su cosmos.

El tabú —la prohibición— limita las conductas y conocimientos que puedan poner en peligro el modo de organización de un pueblo. Al objeto del tabú se le adjudican aspectos sobrenaturales, peligrosos e innombrables, fomentando así el miedo a cualquier intento de transgresión, en cuyo caso se aplican castigos de diversa índole, según la gravedad del atrevimiento a juicio de la comunidad.

El caos, por su parte, se refiere a un desorden, una alteración considerable en un sistema, movimientos impredecibles que son parte de nuestra naturaleza no sólo en lo individual, sino también en todo lo existente. En la mitología griega, caos era un abismo desordenado y tenebroso que existía antes de la creación del mundo. Se relaciona también con la raíz indoeuropea *gheu* que significa bostezar, estar abierto.



Foto: Kika Pérez

Así, aunque el caos en muchos momentos queda oculto bajo un aspecto de normalidad en el funcionamiento personal o colectivo, antes o después emerge y muestra todo lo oculto que se ha negado. En consecuencia, al surgir y mostrar fuerzas como emociones, deseos o secretos, ofrece la oportunidad de liberar, saber y expresar lo que no aceptábamos en nosotros o no queríamos confesar a otros.

Han existido culturas con cosmos muy elaborados y controlados que defienden su orden a cualquier precio con tal de asegurar que su organización, creencias y concepciones se mantengan sin lograr detener, más que por un tiempo, el caos y la desintegración del orden existente. Otras han comprendido que se requieren cambios profundos y fluyen con ese caos hasta reordenar su propio cosmos; además saben que ganan sabiduría con todo este movimiento.

En los grupos humanos la importancia de normar la sexualidad es y ha sido una piedra

angular. De acuerdo con el tipo de comunidad o Estado, se establecen reglas para controlar no sólo la fuerza del erotismo y sus diversas expresiones, sino también para moldear las maneras de ser de hombres y mujeres. Se impone cómo debe ser el comportamiento en cada situación; con quién, cómo y a qué edad deben casarse; cuál debe ser su relación con el propio cuerpo, con su sensibilidad, con su excitabilidad y con su deseo. Cómo debe ser su acceso a experiencias eróticas individuales como la masturbación, la primera relación sexual, el cortejo, los tipos de relación de pareja que son adecuados y los que son tabú. Se validan modelos deseables para los sexos y cualquier desviación al respecto conlleva castigos sociales, emocionales, familiares, legales.

Para normar la sexualidad en las personas, los tabús han desempeñado un papel importantísimo, en unos casos sembrando fuertes represiones, especialmente en pueblos bajo normas religiosas que califican ciertas expre-

siones de la sexualidad como indeseables, enfermas o pecaminosas. En otros casos, el tabú se ha instaurado para mantener las expresiones sexuales en un ámbito íntimo y de carácter sagrado. Me explico.

En la civilización occidental hemos heredado numerosos tabús basados en creencias judeocristianas y en supuestos culturales derivados de mitos que han coartado gravemente el acceso a nuestros más legítimos deseos emocionales y sexuales. Como consecuencia han surgido enormes problemas en la experiencia no sólo de nuestra vivencia erótica, sino también en el saber acerca de nosotros mismos. Nuestra conciencia ha sido diezmada, los tabús a este nivel han empobrecido el conocimiento profundo de ese sí mismo que

La vergüenza sobre el propio cuerpo y los más íntimos deseos es muy frecuente. Este sentimiento carga al individuo de culpa, pérdida de valor y de dignidad por la "falta cometida", y también le infunde gran confusión. El esfuerzo por llegar a ser iguales a los modelos que se presentan como deseables, con tal de saberse valiosos y "ser aceptados", es la constante. La culpa y la vergüenza por lo que se es y se siente genera una lucha interna sin tregua. Cada persona suele crear una imagen de sí misma para defenderse de ser vista y descubierta en su angustia. Se establece en nosotros una conciencia moral severa, donde los tabús y la autocensura son la regla. El conocimiento del erotismo, del deseo, es el mayor peligro, el mayor tabú, la gran prohibición.

Aunque el caos en muchos momentos queda oculto bajo un aspecto de normalidad en el funcionamiento personal o colectivo, antes o después emerge y muestra todo lo oculto que se ha negado.

somos cada uno. "No debes sentir esto o aquello", "hay sentimientos malos e inaceptables", "no debes pensar esto", "no debes desear aquello", "no debes tocarte ni tocar de esa forma", etcétera... La culpa derivada de saberse poseedor de sentimientos y deseos "malvados" y la presión de las creencias instauradas con los tabús han generado seres con un autocontrol represivo de su fuerza, su poder, su sensibilidad y, por tanto, con identidades en mayor o menor medida debilitadas.

Las "buenas costumbres" son fomentadas por religiones y por ideologías de Estado que desean más que nada controlar la conducta del pueblo por convenir así a intereses económicos, políticos y personales, y no al bien común.

La moral que reprueba y desacredita los sentidos, la sensibilidad, la sensualidad, el gozo, toda emoción "inadecuada", es instaurada hasta lo más profundo.

La doble moral sexual polarizada: los hombres deben tener todo el sexo que puedan con el mayor número de mujeres, deben saber todo del sexo; esto los hará más hombres, más valiosos. Por otro lado, las mujeres deben abstenerse de exploraciones sexuales, ser vírgenes y castas, ser decentes hasta con el marido y en todo caso esperar a que él les enseñe lo que deben saber; ésa será la mujer valiosa. Esta posición aún permea más de lo que creemos en el ejercicio sexual de ambos sexos.

Las secuelas de la desinformación, la ignorancia, el miedo, la represión afectivo-sexual

Nuestra conciencia ha sido diezmada, los tabús a este nivel han empobrecido el conocimiento profundo de ese sí mismo que somos cada uno.

han sido muy graves. La violencia del control y el desconocimiento sobre uno mismo, y en muchos casos sobre el otro; el abuso en mil formas, desde el sometimiento familiar y social a las "buenas costumbres", la moral restrictiva y culpígena, hasta el abuso sexual infantil y la violencia sexual entre adultos: todos estos temas dolorosos son confesados en los consultorios de especialistas de la salud sexual, emocional, médica e incluso con consejeros espirituales. Y todo ello favorecido por tabús asociados con falacias como "de eso no se habla", "los adultos saben, el niño no", "debes obedecer a tus mayores", "debes ser un caballero", "el hombre manda, la mujer a obedecer", "debes ser una dama", etcétera.

La vergüenza, el deseo reprimido, el desencuentro amoroso, los complejos con respecto al placer y gozo erótico y al propio cuerpo, la frustración, están siempre presentes.

Por fortuna, en las últimas seis o siete décadas la divulgación de temas sexuales y de salud sexual ha contribuido a derribar tabús y a transgredir límites en la búsqueda de recuperar aquello por tanto tiempo perdido: el poder personal sobre sí mismo y la ansiada libertad de ser, lo cual no puede llevarse a cabo si el erotismo está cargado de barreras y demandas de control.

Sin embargo, hay otro fenómeno que se puso de manifiesto al conocerse los resultados de la investigación científica sexual a partir de los años cuarenta con el Informe Kinsey y, posteriormente, con los estudios de la respuesta sexual humana de Masters y John-

son. Por ejemplo, al descubrir que muchas mujeres pueden tener no sólo uno sino múltiples orgasmos, se desató en muchísimas mujeres la necesidad de "ser multiorgásmicas", y la que no lo lograba se sentía en desventaja y con menosprecio hacia sí misma. La presión para ser perfecta físicamente aumentaba con la presión para desempeñarse espectacularmente. Es decir, parece que los tabús cambian: ya no es malo y prohibido que la mujer busque el orgasmo, la presión se fue al otro lado. Se impone la demanda de ser multiorgásmica. Ser en función de llenar un molde. Ansiedad por tener un adecuado desempeño con la pareja, no importa si se es hombre o mujer, tampoco importa la orientación sexual, la propia valía siempre en juego. La meta: ser el perfecto objeto deseado. Los hombres también han sido presionados a calificar como buenos amantes, cualquier cosa que ello quiera decir, cada uno con su modelo. Sigue operando el "deber ser", sólo que con postulados diferentes. La atención y el pensamiento entrenados a buscar recetas. Sin embargo, no considero que eso no debería suceder: después de tanta represión e ignorancia, transgredir los límites fue un camino necesario y justo para buscar nuevas respuestas, nuevo conocimiento, y sobre todo, para dar luz verde al individuo, para explorarse.

¿Dónde quedan entonces los tabús? Una cosa son las reglas sociales públicas y otra muy diferente las costumbres reales en la intimidad personal. En nuestra civilización se establecieron normas sobre la mesa y otras por debajo de ella.

Por fortuna, han existido siempre quienes escapan a la tentación de verse atrapados por estas presiones, y prefieren conocerse, aceptarse y gozar en la experiencia, ésa es la "meta".

Al fin y al cabo, el tabú y la trasgresión van siempre de la mano.

Cuando pienso en erotismo viene a mi mente la imagen del *Éxtasis de Santa Teresa*, magnífica obra maestra de Gian Lorenzo Bernini. Casi enseguida viene a mí una segunda imagen, *Éxtasis de la beata Ludovica Albertoni*, obra no menos genial del mismo autor. Este incomparable artista se inspiró en los testimonios de ambas mujeres para recrear sus experiencias análogas. Entonces recuerdo al pensador, antropólogo y escritor francés George Bataille con su descripción del erotismo como esa fuerza que se pone en juego en la búsqueda de experimentarse a sí mismo de múltiples formas y que va más allá de patro-

nes establecidos como norma. En la actividad erótica hay una búsqueda psicológica (independiente de la reproducción), dice él, de alcanzar al ser en lo más íntimo, experimentando el deseo de desear hasta el punto de desfallecer.

Al nacer, somos toda esa sensibilidad en exceso, nuestro aparato psíquico está presente como un potencial que se irá desarrollando al madurar en contacto con la madre y con el mundo. A decir de María Zambrano en *Los bienaventurados*:

La vida se arrastra desde el comienzo. Se derrama [...] el cuerpo [...] busca espacio en ansia de desplegarse y todos los puntos cardinales



Foto: Kika Pérez

parecen atraerla por igual hasta que encuentra el obstáculo para proseguir su despliegue. En principio no tiene límite y los ignora hasta que los encuentra en forma de obstáculo infranqueable, primera moral que el hombre entiende llamándola prohibición.

Desde el nacimiento, o quizá desde el vientre materno, somos todo deseo que nos impulsa a vivir, a experimentar, a devorar la vida y parece inevitable encontrar el tabú, la prohibición de alguna forma, pero hay tabús y tabús. Existen aquellos que van contra el deseo de ser, para domesticar. Al otro tabú le interesa que la vida florezca en cada uno, que el ser no se despegue de su erotismo, que no aprenda a negarlo, que mantenga el contacto con lo más íntimo de su ser, con toda su sensibilidad, con todos sus sentimientos, con todo ese caos que es cada uno. Para lograrlo se requieren madres, padres y una cultura que comprenda cómo ayudar a ese ser a desarrollar un aparato psíquico que comprenda el bien y el mal de una forma diferente. No con la negación y represión de los instintos, de los impulsos, de los deseos y sentimientos, sino con el desarrollo del entendimiento y la sabiduría de encauzar todas sus fuerzas para el bien personal y común, y con una profunda visión del valor de la vida. En un antiguo libro encontré la descripción del "mal" que prefiero: "el mal es dejar de ser uno mismo". El tabú, en este caso, tendría que establecerse ante todo aquello que interfiriera con esta posibilidad y con reglas claras, todas arriba de la mesa.

En hebreo, la palabra *sagrado* tiene que ver con la palabra *qadash*, que significa "poner aparte" o "consagrar", es decir, manifestar que aquello que se consagra conlleva el reconocimiento de su carácter divino, relativo a Dios,

a esas fuerzas que nos rebasan y a las que hemos puesto distintos rostros según las propias creencias.

Muchos grupos humanos "no civilizados" han comprendido el erotismo como una experiencia sagrada, como expresión de lo "divino" en nosotros. Los tabús que han establecido procuran mantener la experiencia erótica en la mayor intimidad, "poner aparte", pues es considerada como un acto único cada vez que surge.

Bataille no profesaba religión alguna. Para él la experiencia erótica se caracterizaba por una de trasgresión de lo establecido en esa búsqueda de alcanzarse a sí mismo en lo más real e íntimo. Esto no quiere decir destruir las instituciones, sino no mantenerse dentro de ellas sin poder ser ese sí mismo real. También postula la experiencia interior como la única autoridad y valor. Le llama erotismo místico a ese estado de éxtasis, práctica liberadora que no tiene ni objeto, ni otro fin que la experiencia interior misma.

En nuestra civilización suele reprimirse la sexualidad en forma miserable, o establecerse nuevos modelos que se tratan de alcanzar en la búsqueda ansiosa de una suerte de completud o felicidad que no siempre llega.

La experiencia sagrada del erotismo puede estar presente en cualquier acto erótico y eso sólo depende de la experiencia interior de cada persona. No requiere de la bendición de nadie, ni de la legalización de la relación con otro, ni de jurarse amor eterno, ni de otro permiso que el de los seres involucrados. Lo sagrado está en todo el universo, y por ello en nosotros, aunque no lo veamos. U

Philip Guston, *Solo*, 1970 ▶



ARTE

DESDE EL ENCIERRO

Pilar Moreno

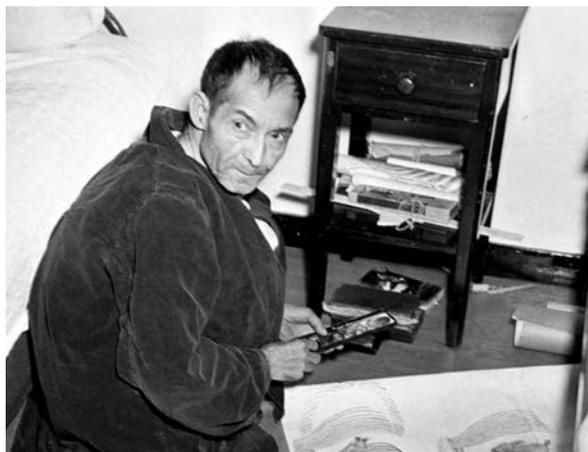
Martín Ramírez fue un campesino mexicano que, como tantos otros, cruzó la frontera en 1925 buscando una mejor vida en California. Ahí “enfermó”: lo encontraron vagando por las calles y fue recluido en un hospital psiquiátrico, de donde no volvió a salir los últimos 25 años de su vida. Durante el encierro, sin que nadie supiera bien cómo, empezó a dibujar sobre pedazos de papel y cartón que ensamblaba cuidadosamente con cualquier material que cayera en sus manos; pintó más de 300 cuadros de gran tamaño en menos de diez años. Su fama creció después de su muerte y su obra ganó reconocimiento mientras se extendía su leyenda, la del artista que creaba desde la reclusión a la que la locura lo había condenado.

Hace unos años leí una obra biográfica de este artista excepcional, la cual esclarecía y documentaba las circunstancias de su internamiento: víctima de la crisis económica del 29, de una legislación californiana que impedía contratar a trabajadores de aspecto mexicano, y de la guerra cristera en la que perdió su casa y quedó separado de su familia, Ramírez vagaba desempleado sin conocer el idioma del lugar. Se convirtió en un indigente más, hasta que fue recogido por la policía y trasladado a Stockton, la institución psiquiátrica más antigua de California, donde se hacinaba un número creciente de personas “hospitalizadas” durante los años de depresión económica. Era tan grande que llegó a tener su propio cementerio. El doctor que examinó a Ramírez cuando lo ingresaron diagnosticó un cuadro de confusión y depresión crónica. Durante meses quedó encerrado en condiciones muy precarias, durmiendo en el suelo en espera de un diagnóstico más preciso. Tomó tiempo; la primera vez fue examinado por un comité de siete médicos con ayuda de un traductor de origen mexicano, pero el grupo no consiguió ponerse de acuerdo y se pospuso el dictamen. Cuatro de los médicos no encontraron indicios de enfermedad mental, sólo vieron a un paciente confundido y en un estado físico muy deteriorado. Un año después fue sometido a una segunda *conferencia clínica* —esta vez sin traductor— en la que fue diagnosticado unánimemente como esquizofrénico, eti-

queta con la que vivió hasta el final de sus días. Quedó recluido en esta institución durante dieciséis años, viviendo en condiciones lamentables. Luego fue trasladado al hospital estatal de DeWitt, un psiquiátrico para pacientes mentales considerados incurables, muchos de ellos enfermos de tuberculosis. Allí murió, después de un total de 32 años de encierro, los últimos de ellos dedicados únicamente a fumar y a producir arte; se negaba a participar en las actividades de limpieza que asignaban a los internos, renunció a hablar y robaba horas al sueño para elaborar sus dibujos.

Ramírez recogía pedazos de papel que encontraba en la basura y fabricaba un pegamento a base de avena, pan o patata y su propia saliva para unir los pedazos. Formaba lienzos enormes en los que trazaba con fósforos y aplicaba colores que creaba con tinte de zapatos o jugo de frutas, crayones o lápices. El personal de la institución destruyó su trabajo durante años por miedo al contagio de la tuberculosis que padecía.

Sus dibujos empezaron a ser conocidos cuando Ramírez aún vivía gracias al interés que despertaron en Tarmo Pasto, pintor y profesor de arte y psicología que visitaba periódicamente el psiquiátrico, y que durante años le proporcionó materiales para que pudiera seguir trabajando. Él también promovió que su trabajo se incluyera en galerías y exposiciones asociadas a los circuitos de arte *outsider*, y posteriormente en prestigiosos museos e instituciones artísticas de todo el mundo. La mayoría de estas exhibiciones se llevaron a cabo después de la muerte de Ramírez, y durante mucho tiempo se le consideró uno de los exponentes más importantes de lo que se llamó "arte psicótico", "arte del manicomio" o "arte de la locura".



Martín Ramírez, ca. 1950

No fue hasta 2007, a raíz de una exposición realizada en el Museo de Arte Folclórico de Nueva York, y gracias al profundo trabajo de investigación de Víctor Espinosa sobre su biografía, que se sentaron las bases para revisar la obra a la luz de un contexto biográfico y cultural específico. Martín Ramírez fue un emigrante sin apoyo en un país hostil, diagnosticado por un grupo de médicos con quienes nunca pudo comunicarse. El diagnóstico de Martín Ramírez nunca ha sido oficialmente revisado, y al día de hoy sigue siendo un esquizofrénico que hacía arte, en vez del artista que dibujaba como una forma de resistencia.

La artista estadounidense Judith Scott pasó 36 años de su vida en una institución psiquiátrica. Nació en los años cuarenta, época en la que era frecuente que las personas con síndrome de Down vivieran internadas. Scott pasó con su familia los siete primeros años de vida, junto a una hermana gemela con la que estaba muy unida. Sus padres trataron de que las niñas recibieran educación, pero cuando llegó el momento de asistir a la escuela, las autoridades académicas decidieron que Judith no podía entrar ni siquiera al grupo de niños con dificultades de aprendizaje. Por consejo médico fue ingresada en un centro para per-



Judith Scott

sonas con discapacidad mental donde determinaron que su coeficiente intelectual no superaba los 30 puntos, lo que significaba un retraso mental profundo que anulaba, según los estándares de la época, toda posibilidad de aprendizaje. En esta primera evaluación —y como en todas las otras que le hicieron en los centros psiquiátricos donde pasó tantos años— nadie se dio cuenta de que Judith era sorda, por lo que no podía comprender las instrucciones verbales de las pruebas de inteligencia. Los informes de su primer ingreso indicaban que no estaba en contacto con su entorno y que era agresiva; fue definida como una “influencia perturbadora”. Pasó de una institución a otra y vivió encerrada en un aislamiento absoluto durante 36 años, hasta que su hermana, después de un proceso legal complicado, consiguió su custodia para llevarla a vivir con ella y su familia a California.

En el historial médico de Scott, recuperado por su familia, existen lapsos de varios años sin ninguna anotación, y aunque no había constancia de que hubiera recibido medicación psiquiátrica, presentaba discinesias, movimientos involuntarios y continuos que son un efecto secundario del uso continuado de este tipo de fármacos. Una vez instalada en California, Scott empezó a asistir a Creative

Growth, un centro de arte para personas con discapacidad, donde se integró rápidamente y donde pasó los dos primeros años haciendo dibujos muy básicos y repetitivos. Un día visitó el estudio de una artista que trabajaba con fibras y elementos textiles, y entre las dos se estableció una relación de empatía. Scott la acompañó mientras trabajaba, observando el uso que ella hacía de fibras, cuerdas o lanas. La artista le compartió unos palos y unas madejas que Scott trabajó durante horas, entrelazando, anudando y pintando una estructura compleja que en un momento dado ella misma dio por terminada; sería la primera de una serie de unas 200 esculturas que realizó sin pausa durante 18 años. Anudaba y entretreía durante horas, ocultando dentro de sus nidos textiles objetos de todo tipo que le servirían para crear el armazón de sus piezas: zapatos, sillas, bobinas de cable, un ventilador roto, luces de navidad, una bicicleta, incluso un carrito de supermercado. Se apropiaba de todo lo que le fuera útil para crear sus obras, estructuras con formas complejas que se hacían cada vez más grandes y sugerentes. Se volvió conocida en los círculos artísticos como “la mujer araña”, y su obra se ha mostrado en museos y galerías de todo el mundo y forma parte de prestigiosas colecciones de arte como los museos de arte moderno de San Francisco, Nueva York y el Irlandés, entre muchos otros.

Existe un cerco de silencio sobre lo que ocurre en las instituciones psiquiátricas. Artistas como Judy Scott y Martín Ramírez pasaron la vida hospitalizados a pesar de que no hay evidencias de que padecieran las enfermedades que justificaron sus encierros. Algunos han tratado de romper este cerco desde dentro; el psicólogo David Rosenhan llevó a cabo entre 1968 y 1972 un experimento que

lleva su nombre y que fue publicado en 1973 en *Science* bajo el título "On Being Sane in Insane Places" ("Sobre estar cuerdo en lugares locos"). Rosenhan, profesor de psicología de la Universidad de Stanford, trabajó con un grupo de 12 colaboradores durante meses. El plan era sencillo: presentarse en hospitales psiquiátricos dando nombres falsos, quejarse de sentir ansiedad y de tener alucinaciones acústicas y solicitar ser admitidos en los hospitales para ser atendidos. Para reforzar su relato, algunos participantes no se habían lavado los dientes ni el cuerpo y llevaban ropa sucia. Todos fueron ingresados. Una vez admitidos, debían comportarse con total normalidad y dejar de aparentar tener síntomas. Su objetivo era ser liberados sin ayuda del exterior, y medir cuánto tardaban en ser dados de alta al hacerse patente que no estaban enfermos. Debían cooperar con el personal de cada clínica y aparentar tomarse todos los medicamentos que les suministraran, en total más de 2000 pastillas muy variadas, a pesar de que los síntomas que todos expresaban eran los mismos. Los investigadores se llamaban a sí mismos "pseudopacientes", y uno de sus temores compartidos durante el experimento era que iban a ser desenmascarados de inmediato, pero lo que en realidad sucedió fue que algunos de ellos permanecieron hasta varios meses ingresados. Todos fueron finalmente dados de alta, pero no como pacientes curados, sino con un diagnóstico de esquizofrenia en remisión, y fueron obligados a reconocer que padecían una enfermedad mental y a seguir un tratamiento para poder abandonar el hospital. Esto ponía de manifiesto la manera en que funcionaba el diagnóstico psiquiátrico; una vez que un pseudopaciente hubiera sido clasificado como esquizofrénico du-

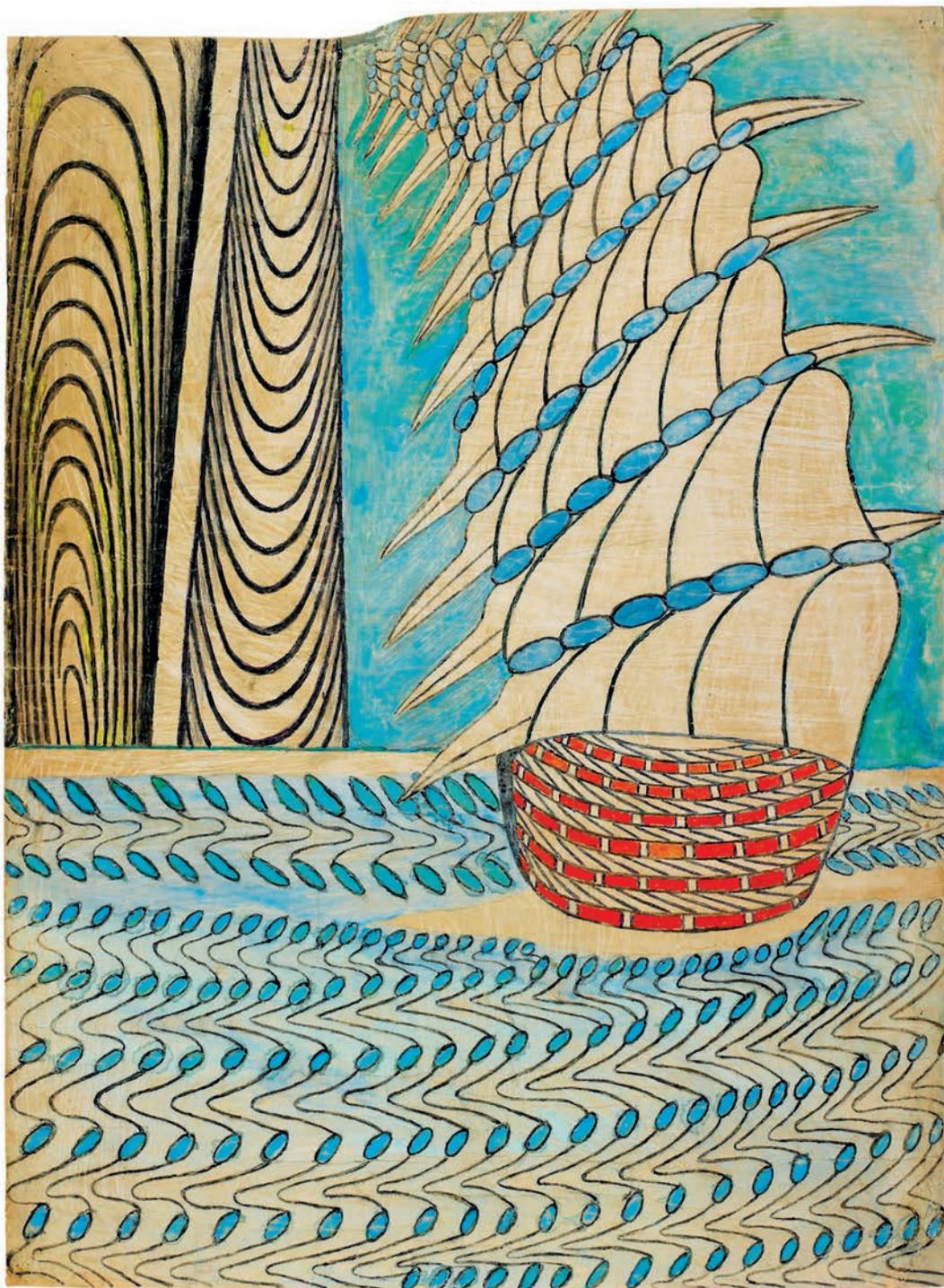
rante el proceso de admisión, nada de lo que hiciera a partir de ese momento conseguiría quitarle ese estigma.

La segunda parte del estudio se llevó a cabo cuando una institución psiquiátrica que no participó en el experimento desafió a Rosenhan a enviar pseudopacientes a su hospital con la seguridad de que su personal podría detectarlos sin problema. Rosenhan aceptó y en las siguientes semanas, de los 193 pacientes que el hospital atendió, 41 fueron identificados como posibles pseudopacientes. Sin embargo, Rosenhan no había enviado a ninguno de sus investigadores al hospital.

Este trabajo tuvo un gran impacto en la comunidad médica, así como un efecto importante en la reforma de los hospitales psiquiátricos y en la desinstitucionalización del tratamiento de los enfermos mentales. El de Rosenhan fue el primero de muchos estudios, escritos y debates que trataron de desmontar el mito de los diagnósticos psiquiátricos y de romper el silencio sobre los errores y abusos de la psiquiatría. Reivindicar las historias de los llamados artistas *outsiders* contribuye también a este esfuerzo. La leyenda de la locura de Martín Ramírez, el absurdo expediente psiquiátrico de Judy Scott, y las historias de muchos otros nos obligan a preguntarnos de qué hablamos en realidad cuando hablamos del arte de la locura o del arte *outsider* —y también de qué hablamos cuando hablamos de enfermedad o de ingreso psiquiátrico—. Estas historias tratan en realidad de otra locura, la de instituciones que no sólo son incapaces de darse cuenta del potencial de las personas que viven en ellas, sino que anulan además este potencial, condenándolas arbitrariamente al más deshumanizado de los encierros. U



Martín Ramírez, sin título, ca. 1950



Martín Ramírez, sin título, ca. 1950



Judith Scott, sin título, 1989



Judith Scott, sin título, 2003

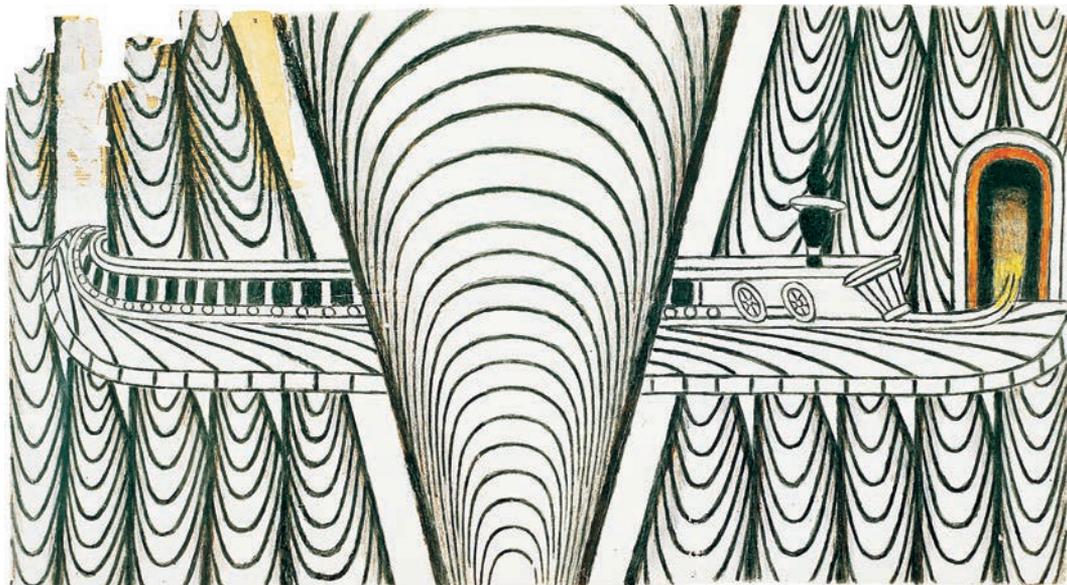


Martín Ramírez, sin título, ca. 1953



Judith Scott, sin título, 2002



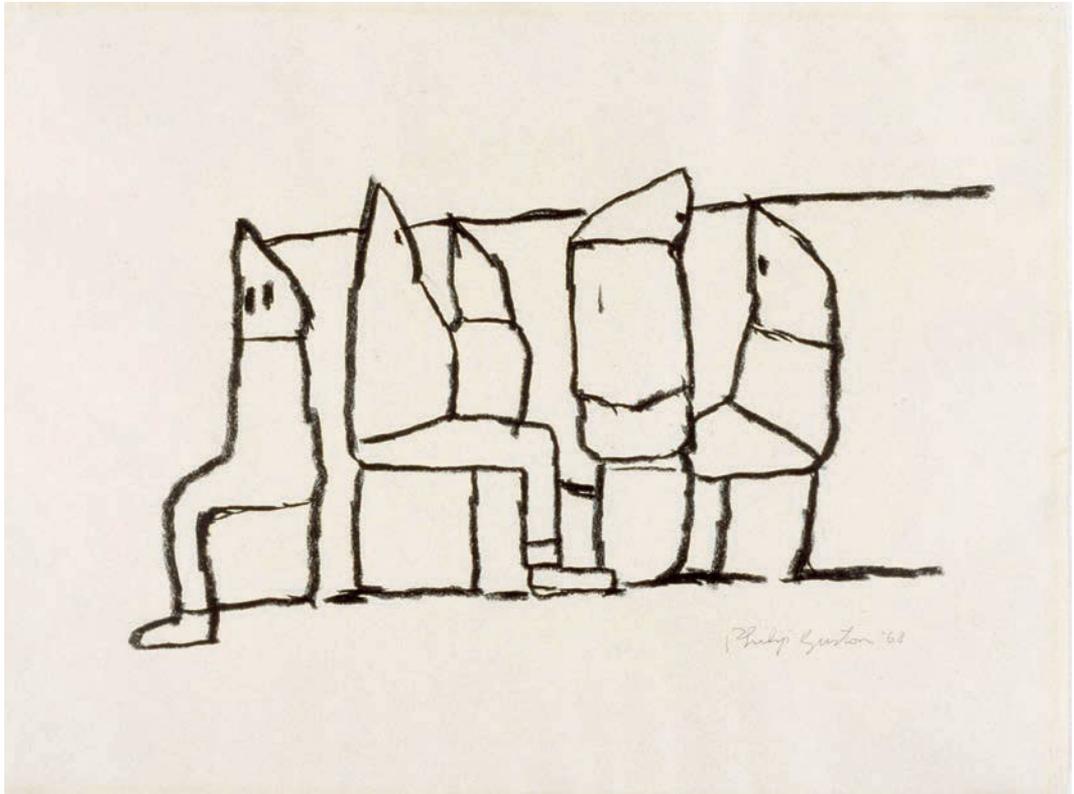


Martín Ramírez, sin título, ca. 1953



Martín Ramírez, sin título, ca. 1950

Philip Guston, *Grupo I*, 1968 ▶



PANÓPTICO

JUAN PABLO VILLALOBOS

Carlos Barragán y Gonzalo Sevilla

Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, 1973) ganó en 2016 el Premio Herralde de Novela con No voy a pedirle a nadie que me crea. De los cuatro libros que ha publicado, destaca una voz narrativa paródica y llena de ironía. En esta entrevista, Villalobos explica que su cruzada particular es contra la solemnidad en el arte y, concretamente, en la literatura.

Usted empezó escribiendo cuentos de joven, pero no consiguió publicarlos.

Escribía cuentos desde la adolescencia. Llegué a la novela con muchísimo pudor. Con tanto pudor que mi primera novela tenía 60 páginas. Hablaba de economía narrativa y de novela corta para encubrir otra cosa más profunda, mi inseguridad a enfrentarme con el género. La novela se me aparecía como un proyecto muy ambicioso. Conforme fue avanzando el tiempo, sí que intenté escribir novelas, pero siempre las abandonaba. Fue un aprendizaje muy largo. Yo comencé a los 13, 14 años y terminé mi primera novela, *Fiesta en la madriguera*, en 2006, cuando tenía 33. Al fin y al cabo, escribir una novela es un acto de fe. Trabajas durante meses y años en un mismo proyecto en el que cada día tienes que creer que vale la pena lo que hiciste la jornada anterior.

◀ Juan Pablo Villalobos. Foto: Andreu Dalmau/Efe

¿Al empezar a escribir ya tenía esa voz humorística?

No, yo solía escribir bastante melancólico, nostálgico, incluso un tanto deprimente. La adolescencia es una época muy adecuada para esa mirada. Después, en esos proyectos fracasados de novela, estuve escribiendo con voces más convencionales, más solemnes. Me fascinaba todo lo que era metaliterario: la obra de Pitol, de Vila-Matas... Fueron una influencia muy poderosa en términos de lectura, pero muy poco fértil en términos de escritura. Logré escribir cuando me liberé de eso y encontré esas voces distorsionadas, a veces humorísticas, otras muy alucinadas.

Después de *Fiesta en la madriguera* ha profesionalizado su humor. ¿Cómo sabe que lo que está escribiendo es gracioso? Usted dice que escribe lo que le gusta leer.

Yo no tengo deliberadamente la intención de escribir algo gracioso. Yo busco una voz narrativa. Busco un tono, un ritmo, una sintaxis. Busco un determinado vocabulario que conecte con la visión del mundo que tiene ese personaje y, por alguna razón, siempre acaba resultando que a la gente le hace gracia. No todo lo que tengo es humorístico. En mi última novela, *No voy a pedirle a nadie que me crea*, ensayé un tono, el de Valentina, un poco más serio. Quizás hay momentos que resulte gracioso, pero no por cómo escribe ella, sino por las situaciones. El tono en sí es serio, más reflexivo. Ella está en un momento difícil y puede ser un tanto melancólica. Me interesaba dejar constancia de

ese tono en la novela para desmarcarme de ser considerado un escritor estrictamente humorístico.

¿Por eso ha cambiado el registro de voces? En *No voy a pedirle a nadie que me crea* es la primera vez que hay cuatro narradores y no sólo uno. Es la primera novela coral.

Sí, aunque la idea de incluir varias voces fue surgiendo mientras escribía la novela. Yo tengo un proceso de escritura muy tortuoso, reescribo muchísimo. Empiezo a escribir sin una idea previa. No creo en los proyectos narrativos ni en la idea de muchos escritores sobre que para sentirse a escribir tienen que tener claros la trama, los personajes y haber hecho un trabajo previo de preparación y planificación. A mí eso no me funciona. Quiero exactamente lo contrario. Si sé a dónde voy, me aburro y ya no le veo ningún sentido a escribir la novela. En algún sitio [César] Aira dijo que lo interesante es descubrir cómo escribir esa novela. Una vez que lo descubres, ya no tiene ninguna gracia escribirla. De hecho, ¿podrías no escribirla! Directamente podrías decir que ya no vale la pena. A mí me ocurre un poco eso. Cuando descubro el tono y encuentro el camino, pierdo un poco de interés.

¿Con esas estrategias narrativas, como el humor o la ironía, se puede contribuir a una conciencia crítica?

Yo creo que sí. El humor es una manera de pensar la realidad, aunque se considere peligroso, como sucede con la parodia. Se relaciona siempre con la idea de per-

Defiendo muchísimo la frivolidad como herramienta para llegar a la profundidad. Me interesa como tema literario. Además, vivimos en un mundo profundamente frívolo.

judicar el honor, la imagen, el prestigio o faltar a la verdad. Pero si se ejercita desde la ficción, me parece absurdo. ¡No se puede legislar la ficción! Y el humor, al fin y al cabo, es una forma de ficción. El ejercicio peligroso del humor radica en su capacidad de ridiculizar a aquellos que no son capaces de reírse de sí mismos.

En el último libro cita a Adorno: “El arte avanzado escribe la comedia de lo trágico”. Viene unido con otra frase que suele decir: “Me gusta escribir un libro fácil de leer, pero difícil de entender”. Al fin y al cabo, en las grandes novelas de humor, incluso hasta en las películas de dibujos animados, siempre hay un trasfondo, un mensaje que subyace. ¿A eso se adhiere?

Sí. Me parece que hay un imperio de la falsa profundidad que nos hace muchísimo daño porque, en realidad, encubre la estupidez. La mayoría de la gente solemne es solemne porque es ignorante. Los ataques que se hacen desde esta concepción seria del arte hacia el entretenimiento, el humor o la frivolidad ocultan muchas veces la incompreensión de aquel que realmente no entiende qué está pasando con el arte o la literatura. Sólo hay una manera de llegar a la profundidad: empezar cavando en la superficie. No puedes ir directo al centro de la Tierra, tienes que empezar a hacer un agujero en el suelo. Defiendo muchísimo la frivolidad como herramienta para llegar a la profundidad.

Me interesa como tema literario. Además, vivimos en un mundo profundamente frívolo. La industria del entretenimiento o la banalidad en las redes sociales son nuestro mundo. Ése es el material con el que tenemos que trabajar. No podemos escribir como si fuéramos rusos en la época del zar. Estamos en otra época.

¿Y piensa que la autoficción es el nuevo imperialismo de la literatura?

Mi último libro es una burla a la autoficción. Yo creo que hay un auge de las literaturas autobiográficas, en parte paralelo al triunfo de la crónica y del periodismo literario. Ha surgido la idea de que, en este mundo tan competitivo, utilitario y determinado por las leyes del neoliberalismo, la ficción es inútil. No tiene aparentemente una aplicación práctica. Con las escrituras autobiográficas, la industria editorial encuentra una conexión de utilidad con el lector. Le dice: “Esto te va a servir porque le sucedió a alguien de verdad y puedes aprender algo para aplicar en tu vida”. La idea de que la literatura autobiográfica puede ser leída como un manual de autoayuda es profundamente ingenua. Yo siempre digo que la ficción también sirve. Tendríamos muchos mejores directivos de empresa si leyeran ficción. Estoy convencido de que leyendo encontrarían respuestas al problema más empresarial que te puedas imaginar. No porque las respuestas estuviesen en el libro, sino porque la lectura de ficción activa unos procesos mentales de imaginación o de síntesis. El problema es que no es utilidad inmediata.

Quizá más en la actualidad, donde todo lo inmediato se vuelve tan importante.

Yo creo que el gran problema actual no viene ni por el auge de lo autobiográfico, ni por el mercado, ni siquiera por la amenaza del *best seller*, sino porque se ha degradado la atención. La novela requiere un esfuerzo de lectura de muchas horas. Hoy en día vivimos en una época de dispersión, de la lectura en diagonal y fragmentada. Esto sí que puede ser el golpe definitivo a la novela convencional. Ya se experimenta con otros formatos, contenidos para leer en el móvil, en la tablet, de manera interactiva... La lectura de la novela tradicional está amenazada porque

no tenemos ni el tiempo, ni las ganas, ni la dedicación para quedarnos leyendo durante horas. Si hiciésemos un ejercicio de honestidad todos, incluso los escritores, lo admitiríamos. Yo continúo leyendo bastantes novelas, dependiendo de la época. A veces me asombra la actividad en las redes sociales de profesores universitarios o escritores o críticos. ¿Esta gente cuándo lee?

En sus libros usted suele crear personajes a través de clichés. Hace poco se publicó un documental titulado *The Problem with Apu*, sobre los estereotipos de las minorías, en este caso de los indios, en *Los Simpsons*. ¿Qué opina del humor actual? ¿Dónde están los límites?



Foto: *El País*

Es un tema que no tiene fácil solución. Leí lo de Apu y me planteé un conflicto que no he logrado resolver satisfactoriamente. Incluso siendo como soy un fanático de *Los Simpsons*. Por un lado, hay un falso debate que surge cuando ciertas figuras hegemónicas se quejan de que son censuradas. Cuando dicen: "¡Ay, las feministas no me dejan decir tal cosa!, ya no se puede decir negro, llamar maricón a un maricón..." Cuando esto procede de ese discurso hegemónico, de un académico de la lengua, un escritor que ha publicado 20 libros y ha vendido millones de copias, blanco y europeo, no lo compro. Yo creo que al final el humor siempre juega con los límites de la corrección y no hay manera de que sea distinto. La pregunta es qué tipo de daño causa ese humor. Evidentemente, como sociedades queremos vivir en un entorno más igualitario y menos discriminatorio, pero no podemos llegar a la histeria de un mundo totalmente vigilado y aséptico donde no se puede decir nada. Siempre he defendido la libertad de expresión en todas sus formas posibles, incluyendo el insulto. Soy un gran defensor del insulto, que es lo más problemático que puede tener el humor porque es la fase previa a la violencia física. Es un límite muy peligroso, pero al mismo tiempo tiene un carácter terapéutico importantísimo y contra el tirano es muy necesario. El insulto contra aquel que nos quiere pisotear es válido. Lo que es siempre cuestionable y acaba resultando vergonzoso es el insulto que viene desde un poder hegemónico como, por ejemplo, un macho alfa haciendo un chiste sobre una mujer. ¿A quién le hace gracia? Eso me re-

pugna, pero en el fondo defenderé el derecho a que lo hagan encerrados en el privado de un restaurante, por supuesto. Si hace ese discurso en un espacio público, no espere que todos riámos con él. Tiene también que estar dispuesto a que quienes lo encuentren ofensivo se lo hagan saber.

¿El hecho de reírse de uno mismo legitima reírse de otro?

Es una trampa, una chapuza. Eso no le quita lo ofensivo o agresivo a la broma que estás haciendo. El lector lo identifica. Hay una mediación a través del personaje y cada personaje tiene su propio sistema de valores. Pero yo supongo que el lector sabe eso e identifica quién está hablando y que, en el fondo, es ficción. No tendría que tener unas consecuencias dramáticas en la vida real. Decía muy en serio que hay chistes que hieren. A mí me puede ofender que alguien haga bromas sobre México. Por ejemplo, hace un par de semanas el *Mundo Today* publicó una noticia sobre México que me pareció divertidísima: "Fallece de muerte natural el único mexicano que nunca había sido tiroteado". A pesar de ser profundamente ofensivo, sé que se meten con todo el mundo y me río. Pero si me hacen un chiste sobre México que sé que trata de ofender, te aseguro que no me hará gracia, porque hay voluntad de humillación. Ahí está el límite. Si estás haciendo una broma para humillar, tienes que estar listo para la respuesta. No se puede humillar y, tras la reacción, denunciar que te censuran. Se puede decir todo, pero tienes que ser consecuente y responsable de lo que dices. **U**

FUERA DE MÉXICO TODO ES TAIWÁN

MELQUIADES HERRERA

Natalia de Rosa, Roselín Rodríguez y Julio García Murillo /
Los Yacuzis, Grupo de Estudios Sub-Críticos

*Por lo pronto sabemos que México se encuentra al sur de los
Estados Unidos y al norte de Sudamérica.*
NO-GRUPO, MEDELLÍN, 1981

Tal vez algún día el Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (NAICM) sea una ruina. Las kilométricas mallas hidráulicas, estructuras tubulares, horripilantes vidrios y juegos de transparencias serán testigos posmodernos de una farsa especulativa donde aún no identificamos de qué lado jugamos; contra quién y a favor de quién; de qué lado de la cama —o del globo— dormimos, soñamos o nos levantamos. Ahí, en Ecatepec, la irremediable adoración tecnócrata al progreso también ha quedado materializada a su alrededor por miles de proyectos inmobiliarios para las clases medias de la capital. Al mismo tiempo, el Tratado de Libre Comercio TLC ha llegado a su momento de crisis global; y, entonces, el imaginario de la “fayuca” retorna como horizonte reprimido y posibilidad de nuestros esquemas de consumo cotidianos.¹

Hace treinta años, en los preludios del TLC y en una colonia vecina al NAICM —Ciudad Azteca—, un andariego coleccionista plástico iniciaba todas las mañanas un recorrido que lo llevaba hasta Xochimilco. Gracias a su coleccionismo, o quizás a su estrabismo, este pea-

¹ Para conocer más sobre la definición de la “fayuca” y su vaticinado retorno ver: <http://www.eluniversal.com.mx/columna/leonardo-curzio/mundo/los-tiempos-de-la-fayuca>

Javier Hinojosa, de la serie “Las fases de Melquiades II”,
Polaroid, ca. 1994. Fondo Melquiades Herrera.
Centro de Documentación Arkheia-MUAC ▶





Portafolio Samsonite amarillo con contenido original, 41 × 32 × 9.5 cm, ca. 1994, Fondo Melquiades Herrera. Centro de Documentación Arkheia-MUAC

tón profesional² pudo atisbar en esas travesías los desastres entonces insospechados de nuestro nebuloso presente. “Fuera de México todo es Taiwán”, dijo por esas fechas y así, de tajo y con una lírica que hace retumbar hoy en sus ejes al globo dirigido hacia el oriente, Melquiades Herrera (1949-2003) —artista plástico y del arte acción, escritor, matemático y mago amateur— cortaba de tajo con su “Cuchillo de Fantomas”³ cualquier resabio de nostalgia nacional y, simultáneamente, de esperanza en el porvenir. Él sabía ya que la ficción de suspender los aranceles no nos haría libres, ni felices.

En la práctica de Herrera hubo un ejercicio de evasión —fiscal— del pasado —épico— y

del malinchismo —conceptual—. Su mayor constancia y militancia fue la de explorar el carácter fetichista de la fayuca (pues la mercancía a secas está tan *passé*): sus rutas, su historia, sus texturas y colores. Es decir, su *persistencia plástica*. En el doble sentido del término en su desvarío mexicano: petroquímico y pictórico. Melquiades hacía del caminar un oficio, pero, al coleccionar durante su tránsito diario objetos de consumo urbano, y ubicar en ellos signos económicos y sociales, también realizó una práctica sistemática de registro mordaz de una encrucijada histórica. Todo traducido luego en clave humorística a escritos y acciones en espacio público y en televisión (también pública).

Melquiades, con la elegancia picaresca de un *dandy* subdesarrollado, portaba una bolsa de mandado o alguno de sus múltiples portafolios Samsonite. En ellos transportaba, como en un museo portátil del instante, universos discursivos y figuras alegórico-materialistas

² El epíteto fue acuñado por César Martínez en “Melquiades Herrera, el peatón profesional”, 2003, consultado el 12 de noviembre 2017, www.martinezsilva.com/textos_propios.html

³ Melquiades Herrera, “El cuchillo de Fantomas” en Alfonso Morales, *Divertimento, vacilón y suerte. La colección del profesor Melquiades Herrera 1979-1990*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP), 1999, p. 12 (Fondo Melquiades Herrera/Centro de Documentación Arkheia/MUAC. En adelante: FMH/Arkheia/MUAC).

del presente: los objetos de circulación post-GATT/Consenso de Washington/NAFTA y otros residuos de la retórica de la *Revista Mexicana*.

Pero en su colección hubo de portafolios a portafolios. Uno de ellos sólo nos llega inmaterial e incoloro a través de una nota mecanoscrita donde se lee el inventario de objetos transportados por Herrera en un viaje que realizó en 1995 a San Antonio, Texas:

1. Un velís-portafolios de mano que contenía aproximadamente: Unos 70 (setenta) peines y cepillos de plástico con accesorios, con un plato de plástico, estuche de bisutería, bolsita de lona, un

pués de entrar en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Este festival consistía en una serie de eventos de arte acción⁵ y exhibición organizados por Jump-Start Co., colectivo y espacio coordinado por artistas del *performance* de San Antonio, y que contaba con una agenda crítica centrada en procesos transmigratorios. En su póster de difusión se puede leer:

¿Qué significa Libre Enganche? Bueno, "libre" [en español en original] significa "libre". "Enganche" significa un anzuelo o algún tipo de dispositivo que reúne —o engancha— cosas. De este

El artista desvía la circulación de dichas mercancías del consumo frenético en el Distrito Federal hacia el sitio emisor de su proliferación donde, sin embargo, nunca habrían sido vistas, ni siquiera imaginadas sooo kitsch.

juguete de hule de perro, etcétera; peines y cepillos que tienen variadas formas y colores con un peso total neto de 4.25 kgs. (cuatro kilogramos y veinticinco gramos aproximadamente).

2. Objetos varios como lazos, dos aros de alambro con bolsas de chicles y bocas rojas; silbatos [sic], 3 peines, un envase de perfume, limas de uñas, 3 cubetas miniatura de lámina; unos lentes, pastelillo, ojos y dientes, una cachucha verde, todos de plástico: un sombrero de papel y una calaca de papel maché, unas 10 manitas y seis matamoscas de plástico, etcétera.⁴

El destino de este contenido fue el "Festival de Libre Enganche" (7-25 de junio, 1995), evento al que fue invitado Herrera un año des-

modo, este festival sirve como un dispositivo que fomenta la libre alianza entre artistas mexicanos y mexicano-americanos (chicanos) que exploran el impacto de eventos tales como el TLC [NAFTA], la proposición 187 [Prop 187], la reforma a las políticas del estado de bienestar [Welfare Reform] y problemas migratorios.⁶

En esta primera edición del encuentro, Herrera presentó dos de sus *performances* más conocidos, cifrados ya en su inventario-visa: *Venta de peines* y *Vendedores ambulantes*. Ambos fueron presentados como índices de una reflexión sobre la crisis económica derivada

⁴ "Relación de utilería que porta Melquiades Herrera", México, 6 de junio de 1995 (FMH/Arkheia/MUAC).

⁵ Colectivos de artistas como el No-Grupo, del que formaba parte Herrera, empleaban el término arte acción en lugar de *performance*, por tratarse de una exportación anglosajona. Otra forma de llamarlo era "montaje de momentos plásticos".

⁶ Póster del Festival Libre Enganche, 1995 (FMH/Arkheia/MUAC).



Lentes con figuras diversas del Fondo Melquiades Herrera. Fondo Melquiades Herrera. Centro de Documentación Arkheia-MUAC, s.f.

del NAFTA y su impacto en la economía informal y la extinción de la fayuca hacia 1995 en el Distrito Federal. *Vendedores ambulantes*, en su variación sanantonina, realiza un *reportaje plástico* sobre la transformación de los dichos de los vendedores ambulantes en el lapso de una década: parece video-nota informativa, pero está lleno de cualidades pictóricas (y petroquímicas). Por su parte, *Venta de peines* no es otra cosa que un pregón poético-visual en el que el cambio de modelo comercial se escenifica en la transformación de un vendedor ambulante en un "agente comercial" que ofrece sus productos de puerta en puerta.

Con la exportación de estas acciones, Herrera hizo uso de la habilidad del merolico callejero y ofreció al público estadounidense los reelaborados reductos de las promesas económicas del TLCAN. En la presentación de estos objetos, el artista desvía la circulación de dichas mercancías del consumo frenético en el Distrito Federal hacia el sitio emisor de su

proliferación donde, sin embargo, nunca habrían sido vistas, ni siquiera imaginadas como *kitsch*. Así, el contenido de ese portafolios de viaje es un conjunto de herramientas desarmadas, sin instrucciones de uso, que al emplearse activan un mecanismo de contestación.

La provocación se vuelve más explícita si recordamos un recorte de papel que Herrera distribuyó entre el público durante sus presentaciones de objetos,⁷ con la siguiente inscripción en español e inglés:

En Estados Unidos los millonarios arruinados vuelven a empezar vendiendo manzanas en un carrito ambulante de madera; en México se ha sabido de fortunas que se iniciaron vendiendo cajas de jitomates. Si usted es de los que aguan-

⁷ Melquiades Herrera se consideraba a sí mismo no un *performer* sino un "presentador de objetos". Dulce María de Alvarado (Moro), "El arte conceptual contra la represión. Entrevista con Melquiades Herrera", Martín González (ed.), *Revista Generación*, año XVI, núm. 54, p. 8.

taron la tentación de arrojar por la ventana de un quinto piso, puede volver a hacer fortuna vendiendo peines como éste.⁸

San Antonio, Texas, cobra relevancia como sitio de las acciones si recordamos que en 1968 hospedó la HemisFair '68,⁹ feria que abrió por primera vez la posibilidad de transformar las políticas desarrollistas de la posguerra y los planes de la Organización de Estados Americanos y la Alianza para el Progreso en el continente. Es decir, San Antonio y esta exposición internacional fueron el laboratorio para anunciar políticas económicas y visuales sustentadas en un libre comercio entre los países americanos, que posteriormente se consolidaron en el NAFTA. En 1971 esta misma ciudad dio pie a una serie de redes entre el movimiento artístico mexicano y el chicano por medio del mural que realizó Grupo Mira en Texas.¹⁰ Esta obra colectiva anuncia lo que recientemente Amy Sarah Carroll ha llamado la “elusión de la frontera” por la vía estética, práctica que será consolidada en los años noventa desde una mirada que sitúa lo posmoderno más allá de la alegoría global.¹¹

Durante la década de los noventa, el arte contemporáneo mexicano modifica sus prácticas y discursos en función de nuevas políti-

cas de movilidad, ligadas al espacio global abierto con el neoliberalismo. Un nuevo mito de la disolución de las fronteras y el libre flujo de los cuerpos y la información se hizo evidente en muchas de sus producciones. Sin embargo, las acciones de Herrera en 1995¹² sugieren otra lectura de ese aparente *continuum* al enfatizar el desplazamiento como una operación de importaciones y exportaciones, que efectúa sobre los materiales en tránsito modificaciones inevitables. Un puñado de objetos comerciales puede aparecer del otro lado como provocadores culturales. Esta exportación de objetos viaja también a contracorriente de lo que su colega Rubén Valencia, a finales de los setenta, había bautizado como *fayuca conceptual*, para referirse a la importación constante de marcos de referencia externos para entender las prácticas artísticas locales. A una importación de ideas, una exportación de objetos.

En el archivo que resguarda el Centro de Documentación Arkheia del Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC) se conserva un cuidadoso conjunto de testigos de este viaje, incluido el inventario de objetos, el boleto de avión y el comprobante de equipaje y aduana. Por ellos sabemos que regresó en junio a su casa en Tizoc 25, manzana 305, Ciudad Azteca, cerca de donde hoy se construye el nuevo aeropuerto. Por otro lado, en plena renegociación del TLCAN, su colección se exhibe en el MUAC. Si usted es de los que todavía aguantan la tentación de arrojar por la ventana de un hipotético piso cincuenta frente a Ciudad Universitaria, visite la muestra y grite al llegar: “Fuera de México, todo es Taiwán”. **U**

⁸ Bocetos de volante “En Estados Unidos los millonarios”, ca. 1995 (FMH/Arkheia/MUAC).

⁹ Esta feria hemisférica creó un modelo de colaboración entre el Estado y el sector privado, teniendo como soporte a la división de artes de la Pan-American Union. Claire Fox, *Making Art Panamerican: Cultural Policy and the Cold War*, University of Minnesota Press, Minnesota, 2013, p. 180.

¹⁰ Annabela Tournon, “Aunque al seco tronco lo sigan regando” Reprises du muralisme chez les grupos (1968-1978)”, en *Nuevo mundo*, *Mundos nuevos*, revista digital, 15 de diciembre de 2014. Consultado el 25 de febrero de 2018 en journals.openedition.org/nuevomundo/67543

¹¹ Amy Sarah Carroll, *REMEX: Toward an Art History of the NAFTA Era*, University of Texas, Austin, 2017, p. 65 y ss.

¹² Mismo año en que Maris Bustamante realiza sus *Naftaperformances*. *Ibid.*

PAJAROSAURIO REX

Alejandra Ortiz Medrano

Un día del verano de 1993 en Guadalajara, mi madre y mi tía, en un grandioso acto de amor, me llevaron a ver el estreno de *Jurassic Park* a Plaza del Sol. Hicimos varias horas de fila bajo el tremendo calor tapatío. Recuerdo que además de la emoción de ver a estos animales en pantalla, me sentía un tanto transgresora. La edad mínima recomendada para ver la película era de diez años y faltaba más de un mes para que yo cumpliera nueve.

Esta advertencia sobre la edad mínima fue innecesaria para la gran mayoría del público infantil, pero no para mí. Pasados 15 minutos de la película comencé a asustarme realmente con el *Tyrannosaurus rex* de 12 metros de largo, seis toneladas, piel rugosa, mirada de reptil y rugido aterrador. Cada rasgo de la morfología de esta bestia hacía honor a su nombre: Lagarto Rey Tirano. Tuvimos que abandonar el cine inmediatamente después de que se comió al abogado.

Veinticinco años más tarde ya no soy la misma y he superado el miedo a animales en películas de ficción. Pero el *T. rex* tampoco es el mismo, y creo que ha cambiado mucho más que yo.

Las diferentes representaciones que se han hecho de los dinosaurios en las últimas décadas los han retratado de formas muy variadas. Sus morfologías, posturas, movimientos, conductas y hasta formas de morir los muestran como animales distintos según la interpretación que en determinada época se les dé a los restos fósiles. Los dinosaurios cambian todo el tiempo.

◀ Fósil de *Sinosauropteryx*



En la primera mitad del siglo XX eran bestias torpes, lentas, de apariencia hinchada y abdomen a ras del suelo. Eran vistos como enormes lagartijas que necesitaban de sol, mucho sol, para poderse mover. Se les entendía como experimentos fallidos de la naturaleza que encontraron su extinción para dar paso a creaturas más gráciles e inteligentes como mamíferos y aves.

A finales de la década de 1960 estos pesados dinosaurios comenzaron a cambiar. El paleontólogo John Ostrom describió el fósil del *Deinonychus*, como un dinosaurio carnívoro emparentado con el tiranosaurio, con la particularidad de poseer un esqueleto ligero innegablemente parecido al de las aves actuales. La descripción de este animal lo mostraba como un depredador ágil, veloz y de sangre caliente, por lo que la concepción que se tenía sobre los dinosaurios, no sólo de su forma sino de sus hábitos de vida, inició una transformación radical.

Desde ese momento emergió cada vez más evidencia de que los dinosaurios, más que parecerse a una iguana o un cocodrilo, eran similares a una gallina o un avestruz. Las implicaciones de este parentesco evolutivo entre aves y dinosaurios abarcan muchos aspectos de su naturaleza, que finalmente se decantan en el imaginario popular. Las aves y los mamíferos regulan su propia temperatura, lo cual da mayor rapidez de movimiento y respuesta independientemente del clima. A partir de esta característica, "la sangre caliente", se derivan representaciones como la del *Tyrannosaurus* de *Jurassic Park*, que a pesar de su enorme talla se mueve con facilidad durante la noche y alcanza velocidades suficientes para asustar a niñas sensibles.

Otra implicación importante de reconocer ese parentesco tiene que ver con la conducta

y la inteligencia. Entre las aves es común observar cuidado de las crías y otros comportamientos sociales complejos como las elaboradas danzas de apareamiento. Existen ejemplos sorprendentes de la capacidad de algunas especies, como los cuervos, de resolver problemas y utilizar herramientas. Poco a poco la idea de que algunos dinosaurios tenían este tipo de conductas e inteligencia (en particular los más emparentados con las aves) ha ido permeando en la cultura popular. Los *Velociraptor*, de la ya muy nombrada película, cazan en manadas mediante estrategias que logran engañar a los humanos, y los *Gallimimus*, al huir en estampida del tiranosaurio, lo hacen en grupo protegiendo en el medio a los más jóvenes.

El cambio en la concepción de los dinosaurios que inició en los años setenta suele llamarse "el Renacimiento de los dinosaurios". Dentro de la ciencia los dinosaurios comenzaron a alejarse de los reptiles y acercarse a las aves, lo cual poco a poco se reflejó en cómo el resto del mundo los ve. Sin embargo, uno de los cambios más radicales que han tenido en los últimos 20 años aún no se manifiesta del todo en su imagen popular.

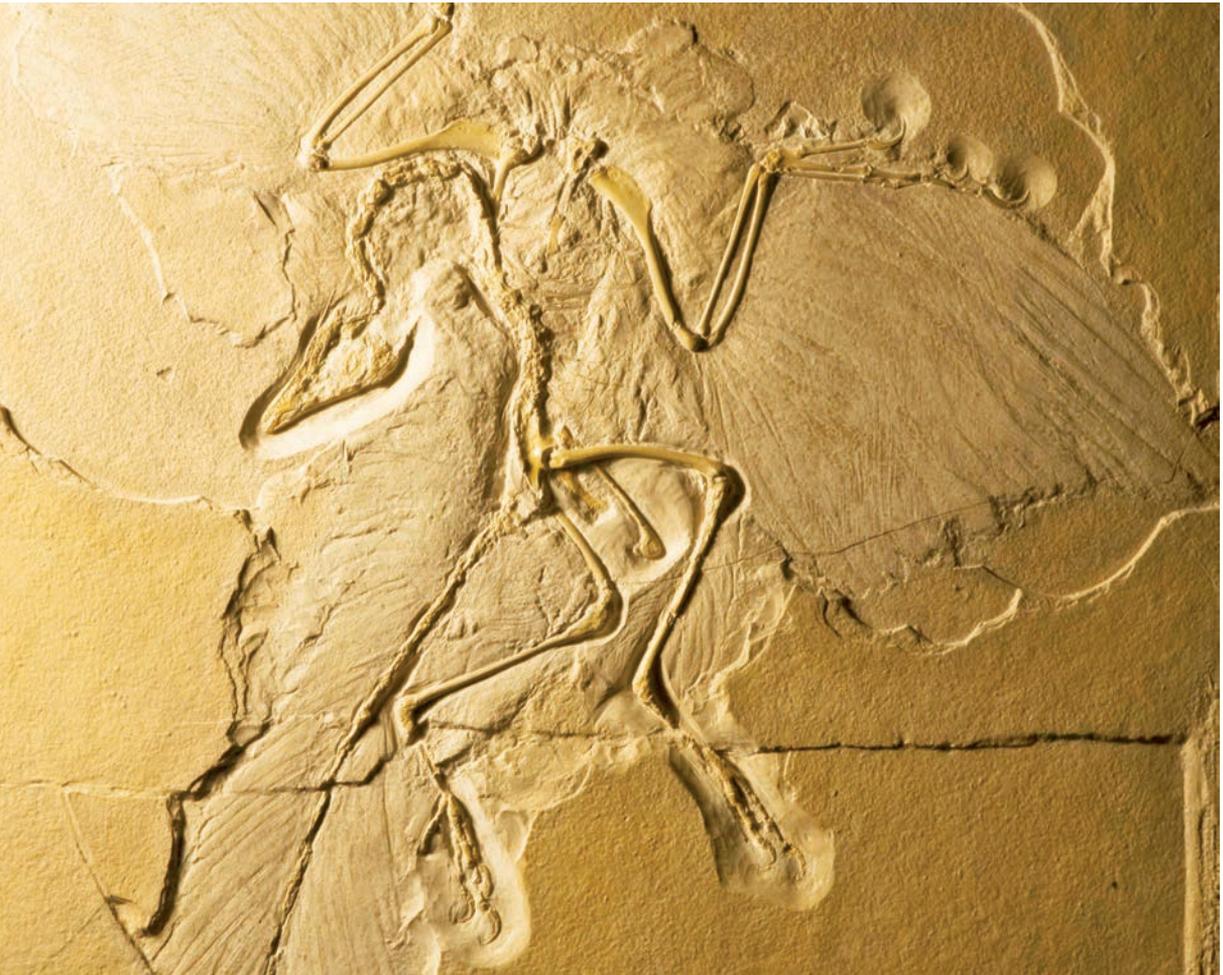
En 1996 se encontró la impresión fósil de un pequeño y extraño animal en China. El esqueleto, con garras, dientes y una larga cola, era claramente de dinosaurio. Pero en todo su alrededor tenía una especie de halo, una cubierta de apariencia delicada y filamentosa. En principio se pensó que estas hebras eran fibras de colágeno como las que tienen algunos reptiles, pero un análisis microscópico reveló que en realidad eran plumas. El *Sinosauropteryx*, como se le bautizó, es, digamos, un primo muy lejano de las aves actuales, mientras que otros dinosaurios como los veloci-

raptores y tiranosaurios serían primos hermanos de éstas. Así que, si el primo lejano tenía plumas, era lógico pensar que los más cercanos también.

Después de este descubrimiento algunas representaciones de dinosaurios taquilleros incluyeron plumas, aunque de forma muy sutil. Los *Velociraptor* de *Jurassic Park 3* (2001) tienen un discreto penacho (si acaso puede llamársele así a unas cuantas plumas en la cabeza), muy alejados de la imagen de estos ani-

males que ya sospechaban algunas personas, la cual se aproximaba mucho más a la de un extraño guajolote.

La evidencia directa que comprobó esta sospecha llegó en 2007, cuando encontraron un fósil de *Velociraptor* cuya ulna (uno de los huesos largos que forman las extremidades anteriores de los vertebrados, los "brazos") mostraba las líneas características en donde se insertan las plumas en las aves actuales. Esto quiere decir que el *Velociraptor* muy pro-



Archaeopteryx, fósil original, Museo de Historia Natural de Viena

Bajo esta perspectiva los dinosaurios no se extinguieron, como toda niña noventera creyó; por el contrario, con más de 20 mil especies de aves vivas actualmente, podemos decir que la era de los dinosaurios es ahora.

bablemente estaba completamente cubierto por plumas como el *Sinosauropteryx*. El pasado mesozoico ha cambiado de estar poblado por lagartos terribles, como se imaginó Richard Owen en 1842 al acuñar la palabra *dinosauria*, a estar poblado por plumíferos de todos tamaños.

El mayor de estos dinosaurios que se ha encontrado con evidencia directa de plumas es un miembro del grupo *Tyrannosauroides*, que, como su nombre lo indica, incluye a los tiranosaurios. *Yutyrannus huali*, hermoso tirano emplumado, era un animal de nueve metros de largo, 1.5 toneladas, envuelto en un abrigo esponjoso de plumas.

En todos los casos mencionados no se trata de unas cuantas plumas ornamentales en la cabeza o en la punta de la cola. Sabemos que estos dinosaurios estaban cubiertos en su totalidad por plumaje, casi en toda la cara y hocico, sobre las extremidades anteriores y posteriores (volviéndolos extrañas bestias de cuatro alas), sobre las falanges, con largas plumas en la cola. Los cambios del concepto de lo que es un dinosaurio han sido tan radicales dentro de la ciencia que actualmente no se considera únicamente que los dinosaurios estén emparentados con las aves, sino que son aves, o viéndolo de otro modo, que las aves son dinosaurios. Bajo esta perspectiva estos animales prehistóricos no se extinguieron, como toda niña noventera creyó; por el contrario, con más de 20 mil especies de aves vivas actualmente, podemos decir que la era de los dinosaurios es ahora.

Este cambio aún no llega del todo al imaginario popular. Los dinosaurios de *Jurassic World* (2016) fueron creados intencionalmente sin plumas, y si hoy se le pide a un grupo de niños y niñas que dibujen un dinosaurio, la ma-

yoría resultaría todavía similar a lagartos gigantes. Según el paleontólogo y fanático de los dinosaurios, Stephen Jay Gould, parte de la obsesión popular por estos animales se debe a que son grandes, feroces y están extintos, es decir, son aterradores pero seguros.¹ Pensar en que una gallina es un dinosaurio les arrebató aquellas tres características en cada desayuno.

“La reconstrucción [de vida prehistórica] no sólo encarna conceptos y técnicas científicas, sino imágenes y sueños de una era”, dice la historiadora Claudine Cohen.² Los dinosaurios son de cierta forma animales míticos validados por la ciencia contemporánea. Los dinosaurios existieron, lo sabemos, pero nuestras certezas sobre ellos no llegan mucho más lejos de esa afirmación. Es este último detalle lo que los extingue y los regresa a la vida de formas tan diferentes y lo que hace que cada representación hable tanto de ellos como de nosotros.

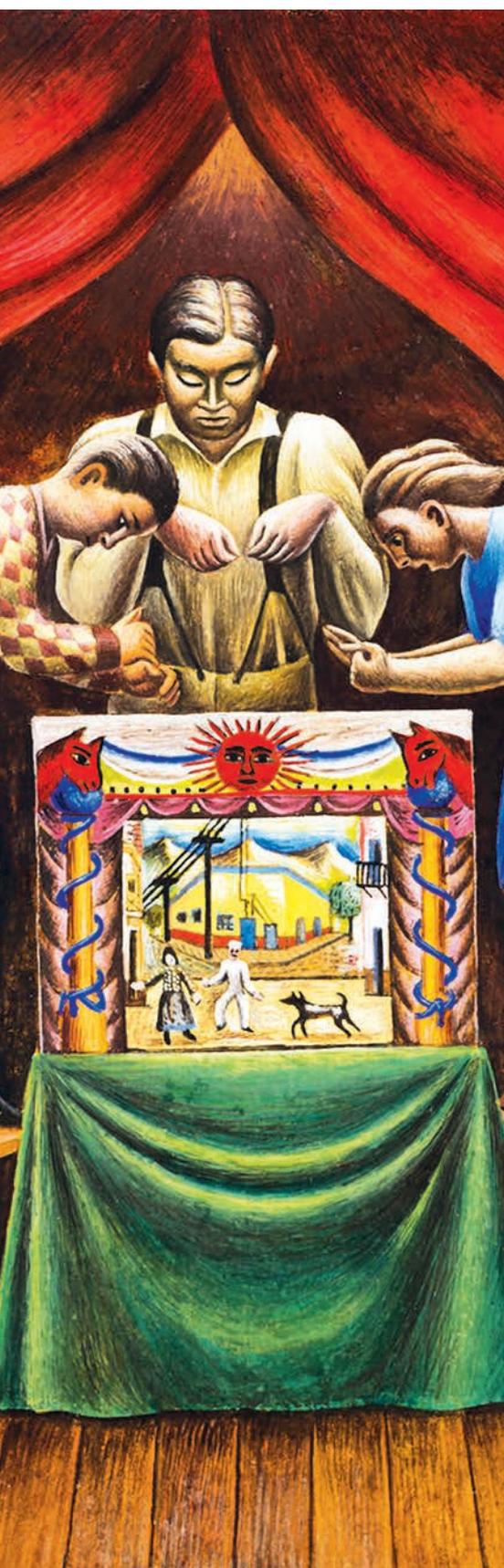
La imagen de lagartos terribles que me asustó hace 25 años sigue siendo más atractiva y popular dentro de la cultura general, pero poco a poco los dinosaurios han comenzado a emplumarse. Por mi parte, los años no sólo me han llevado a ver *Jurassic Park* sin problemas. Hoy me maravillo con cada pájaro. **U**

¹ Stephen Jay Gould, “Dinomania”, *The New York Review of Books*, 1993.

² Claudine Cohen, *The Fate of the Mammoth: Fossil, Myth, and History*, The University of Chicago Press Books, 2002.

MÉXICO EN LA COYUNTURA

Luis Rubio



México atraviesa por tres procesos simultáneos que se retroalimentan. Primero que nada, el país experimenta una larga transición económica, política, social y demográfica sin que nadie lo conduzca, pero que tiene consecuencias en todos los ámbitos. En segundo lugar, sostiene una difícil relación con Estados Unidos, su principal socio comercial, hasta ahora a través del Tratado de Libre Comercio (TLC), su principal fuente de estabilidad y certeza jurídica. Finalmente, en julio próximo, la ciudadanía votará por un nuevo presidente en un contexto de violencia física y política y un gran enojo en el electorado. Cada uno de estos asuntos entraña sus propias dinámicas que, al interactuar, generan desajustes y choques de expectativas.

Es frecuente comparar los cambios que ha experimentado México en las últimas décadas con la transición política española. Según esa lógica, al adoptar mecanismos democráticos y elegir libremente a los gobernantes, el país se transformaría, creando un nuevo entramado de participación política y rendición de cuentas. La historia de las pasadas décadas muestra cuánto más grandes son las diferencias que las similitudes: para comenzar, en España la muerte de Franco determinó el inicio de una nueva era política; en el caso de México, no se trató de una persona, sino de un régimen político personificado por el PRI, un sistema de control que ha tenido una extraordinaria capacidad de adaptarse a los tiempos, por lo que nunca se ha ido. De esta

◀ Antonio Ruiz, *Títeres*, 1933

forma, los mexicanos hemos visto un proceso de cambio político que ha sido reactivo en naturaleza, sin que nunca se presentara una definición clara y consensuada respecto al final del modelo. En consecuencia, aunque se han adoptado diversas iniciativas en materia electoral, de transparencia y de justicia, incluyendo a las formidables instituciones electorales, el sistema político sigue atrincherado y protegido respecto a la ciudadanía. En lugar de abrirse a una competencia real, el PAN y el PRD (en su momento los partidos en segunda y tercera posición) fueron incorporados en el sistema de privilegios que caracterizó al viejo régimen. Años después, sobre todo ahora, en un entorno de conflicto, rispidez y disputa sobre el futuro del país, la falta de coherencia entre las ambiciosas y consistentes reformas económicas con las reformas políticas, que siempre fueron casuísticas y reactivas, han venido a crear el ambiente de tensión que hoy se vive.

La disputa electoral tiene personajes específicos que representan dos paradigmas contrastantes. Andrés Manuel López Obrador, quien, en su tercer intento, encabeza las preferencias electorales, se distingue de los otros cuatro candidatos (José Antonio Meade, Ricardo Anaya, Margarita Zavala y Jaime Rodríguez, "el Bronco") en que su proyecto constituye un rompimiento con el paradigma de gobierno y desarrollo que ha caracterizado al país desde los ochenta. Se contraponen dos perspectivas sobre el futuro del país que comenzaron en los años sesenta del siglo pasado: por un lado, la visión nacionalista revolucionaria que representa López Obrador y que ganó la primera etapa de aquella disputa en los setenta; y el modernizador que tomó control de la presidencia desde 1982 a la fecha.

Más allá de los atributos específicos de cada uno de los cinco candidatos, la contienda se reduce a dos visiones distintas que se matizan por las personalidades e historias de cada uno de ellos.

Las discusiones respecto a si la economía mexicana debe ser abierta o tendiente a la autarquía y, en particular, respecto al papel del gobierno en la conducción de los asuntos públicos, son añejas y no muy productivas, pero yacen en el corazón de la elección presidencial. Luego de una década de crisis financieras y cambiarias en los setenta, en los ochenta México optó por liberar su economía e incorporarse a los circuitos comerciales del mundo, de lo cual se derivó la negociación del TLC. Un ala del PRI de entonces rechazó esas reformas y lo sigue haciendo hasta el día de hoy bajo el membrete de Morena y encabezada por López Obrador.

La contienda tiene lugar en un nuevo entorno externo: la llegada de Donald Trump a la presidencia estadounidense constituye un cambio radical al menos en la retórica de aquel país hacia los mexicanos, convirtiéndose en un nuevo factor político interno. Trump utilizó dos fuentes de tensión en el electorado americano respecto a México —los migrantes ilegales y el déficit comercial— como elementos centrales de su campaña en busca de la presidencia. Al hacerlo, no sólo se convirtió en una causa inesperada de ofensa hacia los mexicanos, sino que cambió de manera tajante la relación de estrecha colaboración que, desde los ochenta, ambas naciones habían sostenido y nutrido.

El factor crítico de la relación, el TLC, fue concebido como un elemento de certidumbre frente a la disputa sobre el futuro que se daba desde los sesenta. Desde que entró en vi-

gor en 1994, el TLC ha sido la base central de estabilidad para la economía mexicana y, con el tiempo, se fue convirtiendo en la principal fuente de claridad respecto al futuro para una gran parte de la población.

El TLC cambió la realidad política mexicana tanto como lo hizo con la económica, no porque todo mundo estuviera de acuerdo con éste ni porque todo mundo se hubiera beneficiado directamente de él, sino porque constituye un espacio de legalidad donde existen reglas claras del juego, así como los instrumentos y capacidad para hacerlas cumplir. Es decir, además de contribuir al crecimen-

to económico, se convirtió en un punto de referencia que le confería certidumbre al país en general.

El ancla del TLC radica en la garantía implícita que el gobierno de Estados Unidos le otorgó al gobierno mexicano al firmarlo, convirtiéndolo en un proveedor de confianza. Donald Trump alteró de manera definitiva esa garantía porque eliminó la fuente de certidumbre que había guiado las decisiones de ahorro e inversión por casi tres décadas.

En su origen y en su esencia, el TLC fue concebido con objetivos políticos más que estrictamente económicos, aunque su manifesta-



Antonio Ruiz, *El sueño de la Malinche*, 1939

Todas estas tensiones se han exacerbado por las amenazas de Trump de cancelar el TLC, el principal motor de la economía y factor crucial de estabilidad.

ción fuese de ese carácter. El mexicano fue un planteamiento atrevido que buscaba lograr certidumbre en el ámbito interno y garantías legales para inversionistas del exterior, requisitos ambos para echar a andar la economía mexicana luego de una década (los ochenta) en la que el crecimiento había sido sumamente bajo y el país había estado a punto de caer en la hiperinflación. La crisis de 1982 había dejado a la nación al borde de la bancarrota y, a pesar de las numerosas reformas financieras y estructurales que habían sido aprobadas, la economía no recuperaba su capacidad de crecimiento.

En este contexto, la mera idea de buscar a Estados Unidos, el enemigo histórico del régimen emanado de la Revolución, como parte de la solución a los problemas mexicanos, constituía una verdadera herejía. Así, la decisión del gobierno en 1990 de proponerle a Estados Unidos la negociación de un acuerdo comercial tuvo una naturaleza profundamente política. Para ese momento, el Estado mexicano llevaba varios años transformando de manera drástica su política económica, al dejar atrás las políticas industriales y comerciales de corte autárquico de las décadas anteriores. Esto entrañaba redefinir la función del gobierno en la economía y en la sociedad, pues éste abandonaba su propensión a controlarlo todo para colocarse como el generador de condiciones para que el crecimiento económico fuese posible: un cambio dramático en términos filosóficos.

La pregunta que se hacía el gobierno era cómo elevar la tasa de crecimiento ante una enorme incertidumbre e incredulidad, no sólo entre la población en general sino especialmente en el sector privado y en el exterior, de cuyas inversiones dependía la capacidad de

crecer, elevar la productividad y resolver los problemas de balanza de pagos que habían sido el talón de Aquiles de la economía mexicana. Luego de múltiples reformas que no impulsaron la inversión, comenzó a ser evidente que la liberalización por sí sola no aseguraría la confianza del sector privado.

México se encuentra entonces en un momento crítico y de enorme debilidad. Por una parte, enfrenta una compleja renegociación del instrumento medular de la economía del país. Por otra, a lo largo de casi un cuarto de siglo desde que entró en vigor el TLC, no se llevaron a cabo reformas políticas congruentes con la consolidación de un Estado de derecho que es, en su esencia, la razón de ser del TLC. Y aquí yace el reto hacia el futuro: reemplazar la función política del TLC implica inexorablemente un cambio en la estructura del gobierno del país.

Todas estas tensiones se han exacerbado por las amenazas de Trump de cancelar el TLC, el principal motor de la economía y factor crucial de estabilidad porque representa un espacio excepcional donde reina el Estado de derecho. México atraviesa por un momento único, extraordinariamente sensible que, con o sin TLC debería obligar a construir fuentes internas de certidumbre, es decir, límites a las facultades arbitrarias de los gobernantes, algo a lo que un gobierno tras otro se ha rehusado. Ése es el reto y, gane quien gane la presidencia, determinará el porvenir del país. **U**

JAIME REST, EL ADJUNTO DE BORGES

Diego Erlan

La noche del 14 de agosto de 1974 Jorge Luis Borges tuvo un sueño: sin identificar el lugar donde estaba, empezó a pegarle trompadas a una persona y esa persona —identificó— era Jaime Rest. Lo hacía con salvajismo, casi con odio, un odio irracional propio de los sueños intranquilos; le pegaba hasta tirarlo al suelo y en el suelo seguía pegándole patadas hasta encogerlo y convertirlo en una espantosa masa sanguinolenta y deforme. Al día siguiente, al despertar, en una conversación telefónica que mantuvo con Adolfo Bioy Casares, Borges se preguntó si lo correcto no sería llamar por teléfono a Rest y pedirle disculpas por lo que había sucedido en el sueño. Pedirle. Disculpas. Por pegarle. En sueños. Pronto entendió que ese llamado —esa disculpa, más bien— simplemente podía resultar incomprensible. Sin caer en psicoanálisis barato, esa fantasía onírica tal vez fuera el síntoma de la relación entre Jorge Luis Borges y Jaime Rest, quienes desde 1956 hasta 1963 fueron titular y adjunto, respectivamente, de la cátedra de literatura inglesa en la carrera de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Ni en sueños la mirada brutal de Borges tuvo compasión con Rest. A mediados de 1957, en una de las tantas conversaciones con Bioy Casares y Manuel Peyrou, Borges describía a su adjunto como un sujeto de cara prominente, de una notable fealdad, con mandíbulas recias y dientes capaces de destruir cualquier cosa, un “judío fuerte, que recuerda animales toscos y vigorosos, como el jabalí”. Si Borges hubiera conocido por entonces la versión cinematográfica de *La historia intermi-*



nable (1984) bien podría haber dicho que Rest era una versión humana del Pyornkrachzark, el enorme ser de piedra imaginado por Michael Ende. Uno de los mayores especialistas en el legado intelectual de Jaime Rest, el crítico Maximiliano Crespi, acepta que había algo monstruoso en su fisonomía, pero esa característica era algo que el oyente olvidaba cada vez que Rest empezaba a hablar de literatura —como si lo monstruoso perdiese su carácter de anormalidad en los mundos imaginarios que prefiguran, a la vez, un más allá de la norma y la transgresión—. Dice Crespi:

Es probable que algo de ese encantamiento monstruoso con que Rest fascinaba la mirada de los otros en sus clases sobreviviera en la propia imagen que —a través de una serie irregular de evaluaciones parciales— se desprende de su proyecto intelectual. Y es probable también que algo de la condición intratable de lo monstruoso termine condicionando no pocos de los intentos por establecer las coordenadas centrales para una evaluación integral de su trabajo crítico.

Aníbal Ford, alumno de Borges y Rest en aquel año de 1957, escribió que ambos personajes formaban “un dúo muy extraño que parecía salido de alguna novela inglesa del XIX”. Para Ford, Rest era “bajito y feo”, un personaje que solía usar siempre un enorme sombrero y un largo sobretodo. “De los dos, él era el verdadero *scholar*”, entendía Ford, y en su momento contó que mientras Borges se perdía en su admiración casi infantil por los héroes de caballería como Beowulf o por sus antecesores patricios, Rest hacía cuidadosas lecturas de *Las olas* de Virginia Woolf o *The Waste Land* de T. S. Eliot, lecturas donde fluían to-

dos sus conocimientos sobre las culturas de Occidente. Una vez en un examen, Rest le formuló a Ford esta pregunta: “¿Quién es el Archipoeta?” Borges se indignaba. Le parecía que Rest siempre hacía lo mismo. En ese sanguinario museo del chisme que es el *Borges* de Bioy Casares, Borges critica que Rest siempre preguntara lo mismo, que siempre hiciera alguna referencia a Eliot en los exámenes finales.

Una vez, en la redacción de la revista *Imago Mundi*, luego de leer un artículo de Rest sobre Eliot, Jorge Lafforgue también criticó la evidente fascinación del autor por un “poeta monárquico e isabelino” que él desde luego rechazaba (sin haberlo leído). “Con voz monocorde, pausada y firme, Rest me fue mostrando cómo esa poesía a la vez difícil y clara, con una enorme carga intertextual, sin embargo, nunca oscurecía su lenguaje coloquial y desarticulante, de insólita belleza. Su alocución tuvo un cierre: poesía revolucionaria más allá de quien la parió. Y no fue la única vez que Jaime me propinó una lección de largo alcance”, sostiene Lafforgue, que por entonces recién era un adolescente y con los años se convirtió en legendario crítico y editor argentino.

Una de las pocas cosas de las que estaba convencido Rest era que si uno leía *The Waste Land* y seguía su trama de relaciones podía conocer la literatura europea en su totalidad. Casi como si fuera un Aleph. Y no sólo eso: su lectura supone un rastreo erudito que abarca la mitología griega y egipcia, los *Upanishads*, el Antiguo Testamento, la *Divina Comedia* y otros textos occidentales, pero a la vez una resemantización de esas fuentes de la tradición a partir de la configuración formal del poema. En vez de enfocar la lógica previ-



Jaime Rest con Jorge Luis Borges, 1954

sible de las influencias y la cita de autoridad, Rest observa en Eliot un modelo de apropiación y transformación de los materiales en función de un sentido estrictamente contemporáneo. Toda la literatura puede ser leída como un texto único y ese vínculo entre la unidad y lo infinito es una de las ideas que Rest toma de la obra de Borges, a partir de la cual escribe un ensayo insoslayable como *El laberinto del universo*.

Durante años el peso crítico de Jaime Rest fue escasamente estudiado. Leída hoy, su obra crítica, desperdigada en piezas breves y dispersas, tan preocupadas en la precisión de la forma como en la solidez y la coherencia de sus argumentos, lo coloca en la frontera que separa al ensayista del investigador erudito. “En la experiencia de su lectura asistimos a un extraño *ethos* ‘crítico’ que se niega permanentemente a juzgar el texto literario o que cuando lo hace siempre deja en claro que preferiría no hacerlo. No evalúa ni dicta sentencias, prefiere siempre hacer de ella una experiencia que ponga en crisis todo sistema de valores (sobre todo los suyos). Renuente a toda clausura, en su ensayo especulativo todo es conjetural porque se sabe y asume como una

escritura compleja que reúne, a la vez, las razones de la crítica y los vértigos de la literatura”, explica Crespi. En el prefacio de uno de sus mejores libros de ensayos, *Tres autores prohibidos*, Rest entiende que toda obra de arte es una compleja estructura simbólica dotada de valor polisémico y que la crítica sólo está llamada a desentrañar, actualizar y enriquecer unos pocos significados.

Asiduo colaborador en revistas como *Sur*, *Crisis*, *Los libros* o *Punto de Vista*, también se dedicó con lucidez a la traducción: Edgar Allan Poe, Virginia Woolf, Henry James, Herman Melville, John Milton, el *Vathek* de William Beckford y hasta un libro pop como *John Lennon in his Own Write* pasaron por sus manos. Fue profesor de Literatura Europea Medieval, Literatura Europea Moderna y Literatura Europea Contemporánea en la Universidad Nacional del Sur de Bahía Blanca, donde vivió y trabajó de 1959 a 1975, hasta que fue cesado de su cargo por disposición militar, ya que tenía una “conducta sospechosa en sus actividades extra-académicas”. Esa conducta sospechosa era subirse a su bicicleta y pedalear junto a un grupo de alumnos hasta las villas de emergencia bahienses y dictar, allí, la misma clase magistral que una hora antes había dado en el aula.

Algo en Rest se parece al personaje de Stoner de John Williams. Quizá la forma de morir. Stoner en una habitación al fondo de su casa, en el campus universitario; Rest en un gabinete de investigación de la Universidad de Belgrano, el 8 de noviembre de 1979, mientras escribía una colaboración para la revista *Vigencia*. Murió de repente. Rodeado de libros. Quizás en algún momento, en aquel estertor, sintió un cambio que no logró nombrar. Tal vez fue sólo el silencio en la palabra. **U**

ESCUADRÓN DE CHICAS

Diego Rabasa

Pascal Quignard utiliza la que quizá sea la primera representación de una figura humana —un fresco en la cueva de Lascaux en el sur de Francia— para desarrollar su teoría de “la imagen que falta”, la cual nos invita a pensar en las ideas ocultas dentro de las imágenes que captamos. En el fresco prehistórico, un hombre cae mientras un búfalo herido tuerce la cabeza. No sabemos cuál de los dos está por morir (acaso los dos), no conocemos el desenlace ni tampoco los detalles que condujeron a esa escena en movimiento. Por ello, nos señala Quignard, la verdadera magia de este fresco es que ya anuncia aquello de lo que tratará el arte: el establecimiento de un velo sobre una zona prohibida para las formas concretas, desde el cual obtenemos las claves de un conocimiento que sólo termina por completarse en la mente de un lector o espectador.

Por su parte, Román Gubern, en *Metamorfosis de la lectura*, nos muestra que en la Antigüedad el verbo *grafein* se usaba tanto para denotar los trazos de un lienzo como los caracteres de la escritura. El divorcio entre palabra e imagen es algo relativamente reciente. Si tomamos en cuenta formas antiguas como los *quipu* —estructuras mnemotécnicas de antiguas culturas andinas que consistían en trozos de lazo con nudos de estambre— podemos incluso decir que la escritura y los objetos (las tablas sumerias son otro ejemplo) también tienen amplias zonas de confluencia. Mario Bellatin ha dicho que toda su obra (incluidas sus fotos, sus óperas y sus

Foto: Javier Narvárez ▶





Foto: Javier Narváez

performances) son parte de su ejercicio como escritor; Abraham Cruzvillegas, por su parte, ha expresado lo propio a la inversa: considera que incluso sus textos son esculturas; el artista mexicano Damián Ortega ha descrito los libros de su sello Alias como "esculturas portátiles", y el artista norteamericano Lawrence Weiner ha hecho una obra entera de cuadros y esculturas trazados y esculpidos con palabras; así podríamos abonar muchos ejemplos más de esta confluencia que encuentra en el grafiti una de sus formas más evidentes.

En *La fe del grafiti*, Norman Mailer hace un recorrido por los lienzos urbanos neoyorquinos de los años setenta y ochenta. Dice que la "entropía de las formas figurativas" desde los

frescos de Giotto hasta Jackson Pollock tiene uno de sus devenires naturales en el grafiti. Como todas las manifestaciones artísticas, el callejero ha mudado de piel con el tiempo: de ser un arte de protesta netamente clandestino, ha alcanzado la cima del arte contemporáneo con Banksy y ha sido utilizado por políticos para intentar "conectar" con públicos jóvenes de escasos recursos durante sus campañas políticas. También ha hecho escuela y ha dado salida al talento de chicos y chicas de barrios, que encuentran en el aerógrafo y el aerosol una forma de expresión que da cauce a sus impulsos plásticos en un formato antagonista al usual elitismo del arte.

Uno de los centros de aerografía y grafiti más pródigos de la Ciudad de México se en-



cuentra en el Deportivo Chavos Banda, ubicado en el corazón de Iztapalapa, cerca de la colonia Desarrollo Urbano Quetzalcóatl, una de las más inseguras de la delegación más peligrosa de la Ciudad de México. En los años setenta, un grupo de expandilleros se apropió de un terreno baldío usado como campo de batalla y con el tiempo desarrolló uno de los centros culturales y comunitarios más impresionantes de la ciudad. "Cuando yo empecé a ir al Deportivo sólo había una cancha de fútbol de tierra y unas estructuras de lámina donde se impartían clases de aerografía y graffiti", cuenta Tarya, una de las grafiteras más conocidas de la ciudad. Su trabajo la ha llevado a visitar varios estados de la república e incluso algunos países en el extranjero. "Al prin-

cipio era una actividad de hombres, por el peligro de que te agarre la policía y las broncas que se podían armar en las noches, pero con el tiempo muchas chicas hemos ido abriéndonos paso". Prueba de ello es el colectivo Girls Skuad que reúne a cinco grafiteras de distintas partes del país.

En sus orígenes, una de las máximas ambiciones del graffiti era imprimir el alias de cada persona en lugares inaccesibles o de tráfico frecuente en las urbes. "Podía sentarme en varias esquinas de Nueva York y ver mi nombre pasar todo el día", asevera Japan, uno de los grafiteros entrevistados por Mailer en el libro mencionado. El afán por recubrir la epidermis citadina con un sello personal era, según otro de los pioneros del Bronx, Cay 161, lo que constituía "la fe del graffiti". Los trenes, símbolo de modernidad excluyente, eran uno de los blancos favoritos. Las incursiones nocturnas tapizaban la ciudad (en la era dorada de los ochenta las autoridades invertían millones de dólares erradicando lo que consideraban vandalismo y hoy recibe el apelativo de *street art*), que amanecía con la marca de estas sombras nocturnas sobre el tren que usaban los ejecutivos para ir a su trabajo, recordándoles que detrás del vertiginoso desnudo del mundo del capital existían seres al margen cohabitando con ellos.

Hay una tendencia conocida como el *under* que consiste en hacer trazos en fábricas abandonadas y sitios remotos y desiertos. "Recuerdo que al principio me llamaron mucho la atención los murales que había por mi colonia, que eran más vírgenes y cuadros aztecas, luego empezaron muy fuerte las letras y ahora está de moda el *under*", explica Tarya. Uno de los sitios icónicos del *under* es un lugar conocido como "El fin del mundo": una bo-

dega abandonada en el culmen del Canal de Chalco, tapizada con insignias de grafiteros de toda la ciudad.

El vínculo del grafiti con la música es originario. Hoy hay festivales de arte alternativo como el de los Cuatro Elementos, que reúne grupos de aerografía, hip hop, break dance y rap una vez al año. Tarya llegó al grafiti a través de la música: su primer contacto con Chavos Banda fue uno de los célebres festivales que organiza el centro cultural en sus instalaciones. "En la tocada me topé con una cartulina que anunciaba los cursos de aerosol y a mí siempre me había atraído el diseño y la serigrafía, así que decidí probar." Al principio sus padres, comerciantes en el tianguis de Las Torres ubicado sobre la Avenida Tláhuac que hoy lleva sobre el asfalto de sus calles la defenestrada línea 12 del Metro, se escandalizaban por "los actos vandálicos" que según ellos hacía Tarya. "Ahora hasta me presumen con sus amigos y muchas personas en la colonia me piden murales."

A pesar de la cierta domesticación por la que ha atravesado el arte callejero, aún no está exento de peligros. Una noche, mientras Tarya y tres amigos suyos grafiteaban un muro cercano a un Walmart un comerciante llamó a una patrulla para denunciar que estaban robando un comercio. Dos de sus amigos terminaron en el Reclusorio Sur y "aunque la persona que denunció nunca ratificó la demanda, tardaron en soltarlos". Estuvieron "en proceso" tres meses, una historia que retrata fielmente la ineptitud y el clasismo propio del sistema judicial mexicano. A pesar de este breve atropello, Tarya reconoce que ha tenido mucha suerte; fuera de un par de "coscorrones y corretizas" ha salido ilesa. Tres veces ha visitado los separos, pero "no he tenido las

malas experiencias de otras compañeras que han sufrido abusos por parte de la policía".

En el centro del grafiti está el nombre. Tarya, como los chicos de origen puertorriqueño entrevistados por Norman Mailer, encuentra uno de sus mayores alicientes en poder grabar su nombre-clave en la mayor cantidad de sitios posibles. "La verdad es que, aunque disfruto mucho pintar murales nada se le parece a la pinta ilegal", confiesa. Algunos de los murales que tiene esparcidos por las colonias alrededor de su casa se encuentran en sitios remotos, desde un canal de aguas negras abandonado, calles estrechas con comercios desvencijados, fábricas vacías y hasta algunos muros que dan a la principal avenida de la zona.

¿Qué hay detrás del orgullo de registrar tu nombre en sitios públicos? Es una de las preguntas más frecuentes en los múltiples estudios y aproximaciones que han hecho escritores y periodistas en distintas partes al universo del arte callejero. El mundo digital, obsesionado con el despliegue mimético de imágenes que impostan vidas y establecen representaciones de un narcisismo poroso, encuentra su contraparte en el mundo clandestino del grafiti. A diferencia de Instagram, las pintas no recrean estampas superfluas que simulan vidas de aparador, sino que exponen existencias nacidas para habitar los márgenes en donde hay un riesgo corporal, un impulso personalísimo trazado a partir de una expresión artística y un afán por salpicar un entorno excluyente de registros disruptivos en las orillas de la muy particular y violenta forma de progreso de nuestro mundo neoliberal. **U**

Philip Guston, sin título, 1967 ▶



CRÍTICA

ITINERARIOS DE SERGIO PITOL

Rafael Lemus

Una y otra vez se ha oído decir estos días que Sergio Pitol fue —que Sergio Pitol es— un autor excéntrico. Que, a lo largo de años de viajes y hallazgos, compuso un insólito mapa de afinidades literarias, una compleja trama de obras y autores (dígase Alexander Zeromski, Tibor Déry, Ivy Compton-Burnett, Jaroslav Hašek, Boris Pilniak y Bruno Schulz) que desborda fácilmente los límites de las genealogías latinoamericanas tradicionales. Que, después de una serie de relatos que remiten a los densos espacios de Faulkner y Onetti, produjo tres novelas hilarantes (*El desfile del amor*, 1985; *Domar a la divina garza*, 1988; y *La vida conyugal*, 1991), en las que, como notó Carlos Monsiváis, “la normalidad no tiene sentido sin la presencia de lo grotesco”. Que, tras esa trilogía, inauguró otro ciclo literario, aún más extravagante y menos atado al corsé de los géneros, compuesto por *El arte de la fuga* (1996), *El viaje* (2000), *El mago de Viena* (2005) y *Una autobiografía soterrada* (2010). Pero sobre todo se dice, para justificar el repetido argumento acerca de su excentricidad, que Pitol fue por encima de todas las cosas un viajero, un cosmopolita desprendido de las fuerzas que suelen uniformizar a los escritores que se quedan atornillados en sus sitios, un maestro de la fuga.

Lo cierto es que todos esos elementos —esas lecturas, esos viajes, esos extravíos—, a la vez que distancian a Pitol de ciertas dinámicas del campo literario latinoamericano, lo inscriben decididamente en otras. En principio, pocas cosas más distintivas de esta literatura que su infatigable “deseo cosmopolita”, para utilizar la expresión de Mariano Siskind. Tan constitutivo de las culturas latinoamericanas es —y ha sido— el nacionalismo como lo es —y ha sido— el cosmopolitismo, uno y otro siempre en una tensa relación dialéctica que no excluye la síntesis. Después, es acaso el desdén por lo nacional y la apertura a lo universal lo que identifica a los escritores de la Generación de la Casa del Lago, a la que Pitol de algún modo pertenece. Piénsese, por ejemplo, en Juan García Ponce y Salvador Elizondo: también ellos aborrecen la hegemonía cultural del nacionalismo revolucionario; también ellos emprenden decisivas fugas por Europa; también ellos se construyen una singular genealogía; y también ellos escriben una obra que, leída desde una expectativa nacionalista, resulta, en efecto, excéntrica.



Anagrama,
Barcelona, 2006

Acaso lo que distinga a Pitol no sea, entonces, su cosmopolitismo sino la rara duración e intensidad de éste. Cuando casi todos sus contemporáneos vuelven a México después de sus viajes, Pitol persiste en el extranjero. Al final son veintisiete los años que pasa fuera del país. En una primera etapa, de 1961 a 1972, vive entre Roma, Beijing, Bristol, Barcelona y Varsovia, dedicado a la traducción y a diversos encargos editoriales lo mismo para sellos mexicanos (Era y Joaquín Mortiz) que para españoles que apenas arrancan (Tusquets y Anagrama). En una segunda etapa, de 1972 a 1988, Pitol vive en París, Varsovia, Budapest, Moscú y Praga, como parte del servicio diplomático mexicano. Es durante esas casi tres décadas en el extranjero cuando escribe seis de sus siete volúmenes de cuentos y sus dos primeras novelas (*El tañido de una flauta* y *Juegos florales*). Es también entonces cuando adquiere una familiaridad con ciertas literaturas nacionales, principalmente de Europa del Este, que ningún otro autor de su generación puede presumir. Cuando finalmente vuelve a México en 1989, el viaje continúa de otro modo: Pitol se encierra en Xalapa a escribir una obra memoriosa que da cuenta de una larga travesía que, de ese modo, adquiere nueva potencia y se resiste a terminar.

Al final, el viaje se extiende tanto que Pitol convive en el camino con otros muchos viajeros latinoamericanos que circulan por Europa y con distintos y disímiles discursos sobre el cosmopolitismo. En su forma más básica, éste sostiene que todos los individuos —no importa su nacionalidad, etnicidad, religión, género o clase social— son, al final del día, ciudadanos de una misma comunidad. En su versión liberal-humanista, aquellos que se postulan como cosmopolitas suelen desestimar como parroquiales las afirmaciones identitarias de individuos y pueblos, advierten que existe una serie de principios morales que deberían aplicar en todos los sitios y para todos los seres, y llaman a tolerar —en vez de a alentar o a extremar— las particularidades de los otros. El discurso político que Pitol formula en varios de sus ensayos, sobre todo en *El arte de la fuga*, no difiere sustancialmente de éste. No es el suyo un cosmopolitismo que, a la manera de la cosmopolítica de Isabelle Stengers y Bruno Latour, cuestione la existencia misma de un cosmos compartido y afirme que la disputa política es, justamente, entre distintas concepciones del cosmos. No es tampoco uno subalterno como el defendido, por ejemplo, por Boaventura de Sousa Santos, quien advierte en el cosmopolitismo liberal un instrumento del imperialismo y persigue, más bien, la formación de una comunidad universal de migrantes, refugiados y no-ciudadanos. En

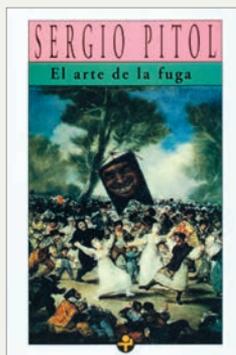


Era, México, 2000

el discurso con que Pitol racionaliza su experiencia en el extranjero opera, definitivamente, la noción de un mundo compartido donde las particularidades, que desde luego existen, son siempre traducibles y donde el conflicto cultural debería ser desactivado con la tolerancia, en su opinión “la virtud humana más admirable”. Es el suyo, además, un discurso cosmopolita formulado casi estrictamente en términos de *high-culture*, atento a libros y museos, pero rara vez interesado en las asimetrías internacionales o en esos otros sujetos cosmopolitas —desplazados, refugiados, expulsados económicos— que circulan al mismo tiempo que él por el mundo.

En la práctica, y sobre todo en su tensa relación con otros relatos y hacercos cosmopolitas, el cosmopolitismo de Pitol se torna mucho más complejo y discrepante. Son al menos tres las instancias en las que su itinerario se cruza y entra en tensión con los itinerarios de otros agentes culturales. Primero: lo mismo en su vida que en su obra, la típica tríada del cosmopolitismo literario latinoamericano —Occidente, Metrópolis, Poeta— aparece ya descompuesta. El objeto del deseo cosmopolita es, continúa siendo, Occidente, sí, pero un pliegue de Occidente, una forma excéntrica de la modernidad occidental, ciertos rincones de Europa central y del Este. Más importante todavía es que la metrópolis se ha esfumado ya: no hay centro alguno en el cosmopolitismo de Pitol, no París, ni siquiera el Londres donde se concentran varias de sus afinidades literarias, y por supuesto no Moscú, entonces forzada capital política de los países del bloque soviético en que Pitol vive y escribe. Lo que hay es una constelación de ciudades —Varsovia, Budapest, Tiflis, Bujará, Samarcanda— que delinean un mapa cuyas formas no coinciden ni con las del cosmopolitismo latinoamericano más transitado ni con las de la geopolítica de la época. En ese territorio personal Pitol parece resistirse, además, a cumplir con las funciones que el otro elemento de la tríada, el poeta, venía realizando tradicionalmente: o aprehender la modernidad de la metrópolis para llevarla de vuelta a las colonias, o demostrar la desdeñada actualidad de las colonias en la metrópolis. En vez de ello, Pitol lee, traduce y ensaya sobre autores que, más que sumarse al relato hegemónico de la modernidad literaria, parecerían desviarlo o distorsionarlo.

Un segundo momento de tensión: durante sus años en el extranjero, Pitol coincide con otros muchos escritores latinoamericanos que recorren Europa pero, en vez de concurrir, sus prácticas y discursos entran repetidamente en conflicto. Se sabe: durante los años sesenta y setenta del siglo pasado se experimenta, ante todo de la mano del



Era, México, 1996



Sergio Pitlor. Foto: Rogelio Cuéllar

Boom, una de las olas de mundialización más potentes de la literatura latinoamericana, y como resultado termina por conformarse un circuito editorial panhispánico (con sus sellos y agentes y premios literarios). Aunque escritor latinoamericano en el extranjero, Pitlor apenas si es parte, y menos aún beneficiario de ese proceso de mercantilización de la literatura de América Latina. Simultáneo al del Boom, su cosmopolitismo traza otra órbita, un itinerario alterno, sin duda menos visible y menos rentable que el de muchos de sus contemporáneos. Dicho de otro modo: es un escritor resueltamente cosmopolita pero no es, no termina de ser, un autor global o globalizado. Por una parte: aunque escribe desde Europa, Pitlor es entonces, en términos materiales, un autor local. Como explica él mismo en uno de los ensayos de su *Autobiografía soterrada*, una vez que concluye una de sus obras, se dirige a la oficina de correos, envía el manuscrito a México y más o menos un año más tarde recibe ejemplares de sus libros, publicados por editoriales como Era, Siglo XXI o la Universidad Veracruzana, con escasa o nula proyección fuera de México. Por otra parte, Pitlor escribe entonces una obra densa, localizada en distintos rincones europeos, que en absoluto intenta producir, como sí lo hacen repetidamente los autores del Boom, una imagen de América Latina para consumo extranjero. Acaso sin pretenderlo, Pitlor representa en ese momento de intenso cosmopolitismo de la literatura latinoamericana un cosmopolitismo otro, un cosmopolitismo menor, para decirlo con ecos deleuzianos —un cosmopolitismo de algún modo resistente a las exigencias identitarias y comerciales de la época—.

Tercer episodio de tensión: el cosmopolitismo de Pitlor también colisiona con el neoliberal que se torna hegemónico a partir de los años noventa. Se sabe: entonces emerge en América Latina, acompañando

los procesos de reconversión neoliberal, una serie de discursos culturales (piénsese en el *Crack* y en *McOndo*) que se batían contra una su- puesta cerrazón nacionalista, o regionalista, y subrayan la pertenencia de la literatura latinoamericana a una literatura mundial en teoría cada vez menos asimétrica. En esos años, además, crece y se expande la industria editorial panhispánica, que, con sus sellos y revistas y suplementos y festivales y concursos, dirige y gestiona desde Madrid o Barcelona las nuevas órbitas del cosmopolitismo literario latinoamericano. Curiosamente, mientras todo esto tiene lugar, Pitol regresa definitivamente a México, a Xalapa, a escribir una obra que, aunque ya publicada en buena parte por Anagrama, vuelve a resistirse a tornarse global. Lejísimo de Pitol la aspiración de escribir en ese momento novelas, digamos, *globales*, obras narrativas desterritorializadas, sencillas, escritas en un español cuidadosamente neutro, ideales para viajar ligeramente de un mercado a otro. Muy lejos de él también la intención de novelizar la globalización, es decir, de producir obras que ante todo den cuenta de los daños y damnificados de la precarización neoliberal. Lo que Pitol escribe desde Xalapa, durante esta nueva ola de mundialización, no es ni una ni otra cosa: ni novelas globales ni novelizaciones críticas de lo global. Practica una escritura anfibia, memoriosa, especulativa (“ensayos-en-movimiento” los ha llamado Jorge Carrión) que se demora, entre otras cosas, en la evocación de un cosmopolitismo de otros tiempos. Una escritura que se resiste lo mismo a producir imágenes de la nación para el globo que imágenes del globo para la nación. Una escritura que a la vez viaja y se dobla sobre sí misma. Una escritura al margen de las lógicas de su época y, sin embargo, intensamente cosmopolita.

Es aquí, entonces, donde reside la rareza de Pitol. No en su cosmopolitismo, que, ya se vio, comparte con los escritores de su generación en México, con los autores latinoamericanos que viajan por Europa en los años sesenta y setenta y con los narradores globalizados de hoy. Tampoco, y menos aún, en su discurso sobre el cosmopolitismo, que rara vez abandona el gastado marco del humanismo liberal. La excentricidad de Pitol — que vaya que la hay — radica en la anomalía de sus itinerarios, en la manera en que sus viajes y lecturas y escrituras trazan líneas distintas a las ya tantas veces transitadas — líneas que, en efecto, se fugan siempre—. **U**

RICARDO PIGLIA Y LA SERIE DEL RECIENVENIDO

Ana Negri

En Buenos Aires, que estima inverosímil haber vivido hasta los treinta o cuarenta sin conocerla, por lo que hay que sacarse pronto la reciénvenidez tardía, todo el primera vez llegado, que conoce en los semblantes el mal gusto de no haber nacido en ella, se apresura a dar una instruidísima conferencia sobre 'La Argentina y los argentinos' tres días después de desembarcado.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

El siglo XX en Argentina estuvo marcado por la violencia de cinco dictaduras. Desde la primera, cuando en 1930 José Félix Uriburu derrocó por la fuerza a Hipólito Yrigoyen, hasta el autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional" de 1976, que duraría más de siete años y por medio del cual se buscó reorganizar el país en función de los intereses de los militares y las clases adineradas. Aunque las armas ejercieron una fuerza indiscutible contra la población civil, no fueron los únicos medios por los que se desplegó la violencia durante aquellos tiempos. Dirigida por Ricardo Piglia (Adrogué, 1941–Buenos Aires, 2017), la Serie del Recienvenido (colección Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica) recupera obras que, tras su primera publicación, fueron ignoradas, censuradas u olvidadas por el canon que estableció una casta de intelectuales vinculados, abierta o tácitamente, al poder. La Serie del Recienvenido las reinserta en un presente en el que se encuentran en "diálogo y en sincronía con las propuestas más novedosas de la literatura actual".

Según Macedonio Fernández (Buenos Aires 1874-1952), "Recién llegado por definición es: aquella diferente persona notada en seguida por todos", un sujeto a leguas distinto que suscita, precisamente por su diferencia, desconfianza e incomodidad en quienes son ya reconocidos bonaerenses. Al darse cuenta de esto, el recién llegado busca por todos los medios no ser visto, asimilarse a los demás. "Ser 'recienvenido' en Buenos Aires ni por un momento se perdona; es como insolencia."

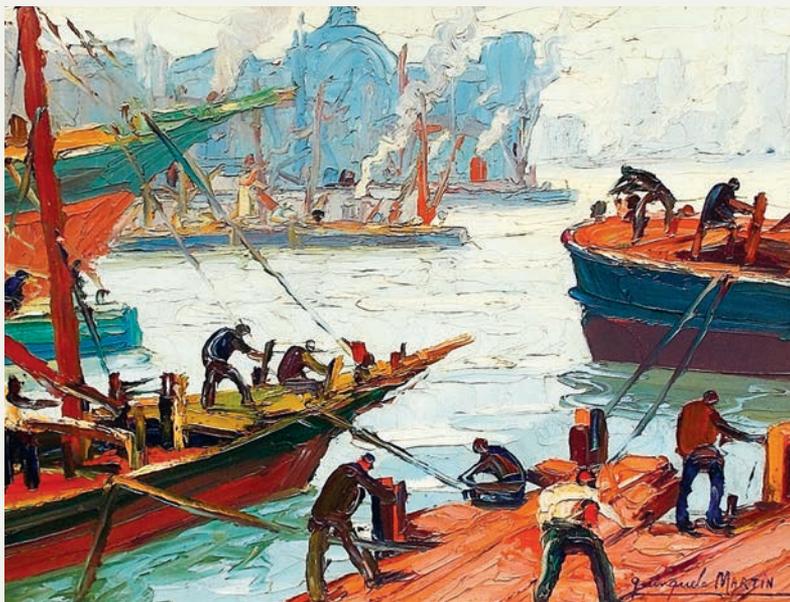
Aunque Macedonio parece referirse casi siempre al reciénvenido de ultramar —que, según parece, tenía al menos la oportunidad de hacerse oír—, la presión social a la que alude se aplicaba con igual o mayor urgencia sobre otros argentinos recién llegados a Buenos Aires: contra los que venían de provincia, los campesinos, los indígenas... Los reciénvenidos eran todos los que no formaban parte de la supues-



FCE, Argentina, 2012

ta élite de porteños ilustrados, que se consideraban los únicos con la autoridad para hablar de “La Argentina y los argentinos”. Pero el homenaje a Macedonio, orgulloso ausente de la esfera pública y amante de la provocación, no sólo consiste en la recuperación del término que él acuñó, sino en reconocerlo como padre de un linaje de argentinos y argentinas reciénvenidos que, como antes Macedonio, no se adecuaban a convenciones y asuntos dictados por la cultura establecida de su época, por lo que sus obras fueron confinadas a bodegas o destruidas para no tener que pagar el alquiler de esos espacios. No debería sorprendernos, por tanto, que las historias narradas en los textos de la Serie del Recienvenido tengan lugar fuera de Buenos Aires —ya sea en barrios de la periferia alejados del supuesto progreso porteño o en regiones del interior del país— y que el resultado sea un catálogo tan espléndido de temas y tonos como los colores de las cubiertas de los libros.

En las primeras páginas de cada ejemplar, Piglia presenta los libros como “grandes obras de la literatura argentina de las últimas décadas del siglo XX”, sin mencionar que se trata de títulos —y en la mayoría de los casos, también de autores— que desde su primera publicación hasta la edición en la Serie del Recienvenido (2012-2015), habían sido prácticamente ignorados por la crítica y los lectores o, en

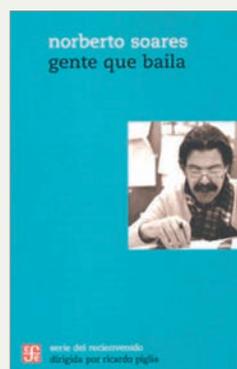


Benito Quinquela Martín, *Barcas en La Boca*, 1938

el mejor de los casos, formaban parte de una literatura de culto. Aunque la serie sea un rescate editorial, Piglia no alude al olvido en el que permanecieron estos libros. Probablemente porque confiaba en que el lector tendría la capacidad de darse cuenta de que ninguno de los títulos o autores forman parte de los que regularmente aparecen en antologías o cátedras sobre narrativa argentina —*La muerte baja en el ascensor* de María Angélica Bosco, *Gente que baila* de Norberto Soares u *Oldsmobile 1962* de Ana Basualdo, por ejemplo—. Sobre todo, no señala el rescate editorial porque justo a lo que apunta la serie es a desdibujar el corte que la historia literaria argentina había establecido frente a esos textos, identificándolos como “otros” y creando discursos “nuevos” que, en palabras de Michel de Certeau, consideran “muertos” a aquellos que los preceden.

Piglia zurce tal ruptura a través del prólogo que antecede a cada uno de los textos. Ahí establece relaciones entre el autor del libro y otros de la tradición argentina o universal. La prosa de Miguel Briante es identificada con la de Faulkner “o mejor, de la manera de narrar que Faulkner aprendió de Conrad”; Susana Constante es asociada a la sagacidad de Sherezade y Jorge Di Paola queda inevitablemente ligado al reconocimiento de Witold Gombrowicz —¿o es al revés?—. Mediante la claridad y la astucia de Piglia, el prólogo señala el modo en que estas obras participan de discusiones y asuntos actuales, reinsertándolas por mérito propio en el entramado de la narrativa argentina.

Así, *Río de las congojas* de Libertad Demitrópulos es presentada como una de las tres grandes obras maestras “que reconstruyen imaginariamente la conquista española del Río de la Plata”, junto con *Zama* de Antonio Di Benedetto y *El entenado* de Juan José Saer. La novela, a través del entrevero de varias voces narrativas, va tejiendo, a la velocidad del vertiginoso cauce del Río Paraná y con la fuerza de las corrientes, la vida de María Muratore, la historia de la fundación de Santa Fe y su abandono ante el florecimiento del puerto de Buenos Aires. La multiplicidad de voces y las distintas versiones van configurando una reconstrucción del pasado que por su polimorfismo parece acercarse como pocas a la verdad, y al hacerlo, cuestiona las historias fijadas previamente: “Y a Buenos Aires, entonces, ¿quiénes vinieron a fundarla de nuevo en 1580? ¿Qué hombres y qué mujeres, a quienes la historia ha olvidado? *Ríos de las congojas* se plantea en sus páginas, implícitamente, esos interrogantes, y su respuesta es a la vez sentimental, poética y política”.



FCE, Argentina, 2013



FCE, Argentina, 2014

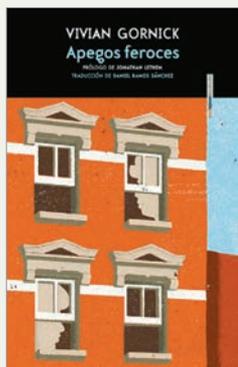
La reciénvenidez cambia de signo con la serie. De ser una marca negativa, una condena al ostracismo, pasa a ser un rasgo envidiable pues, entre otras cosas, significa una constante actualidad y pertinencia, una frescura constante —elementos que acercarían a los reciénvenidos a los clásicos, si la condición de éstos no fuera que ya han sido fijados—. Macedonio Fernández, el “clásico imposible” —como lo llamó Piglia—, discurrió una y otra vez sobre asuntos como la figura del autor, sobre su obra, la forma de publicarla y los modos en que se la leía. Todos esos elementos eran, según él, parte de la obra misma. La gran enseñanza de Macedonio, que Piglia aprendió y explotó, es que no existe un solo modo de hacer literatura. La Serie del Reciénvenido, en ese sentido, es también parte de la obra de Piglia: otra forma de contar su historia. **U**

APEGOS FEROCES

VIVIAN GORNICK

LIBRO BOMBA

Brenda Lozano



Sexto Piso,
México, 2017

El libro *Apegos feroces* de Vivian Gornick aparece en español con una brillante traducción de Daniel Ramos Sánchez en 2017, treinta años después de su publicación en inglés (*Fierce Attachments: A Memoir*, 1987), y a pesar de los años transcurridos en ese puente de tiempo, entre los dos idiomas, es una bomba hoy.

Vivian Gornick nació y creció en el Bronx en 1935. Es escritora, periodista y una de las feministas clave en Estados Unidos; en los años setenta escribía crónicas sobre el movimiento para *The Village Voice*. En una entrevista cuenta que escribirlas cambió su vida cotidiana; además, entendió que su activismo no estaba en las calles y no se unió a grupos o a protestas: su activismo era la escritura. Ésta es la perspectiva de su obra. Por otro lado, la experiencia personal cruza sus numerosos ensayos, textos periodísticos y sus catorce libros, entre los cuales hay dos explícitamente autobiográficos, *Apegos feroces* y *The Odd Woman and the City* (2015, sin traducción al español). El primero ocurre en los paseos con su madre por las calles de Nueva York, y el segundo en los paseos solitarios de una mujer sin par que imagina las vidas de los demás, también en esa ciudad. En ambos libros hay

líneas de tiempo paralelas a los paseos, las historias que ocurren en la memoria y en la imaginación (tal vez toca fingir por ahora que imaginación y memoria no son palabras sinónimas). En todo caso, los paseos dan pauta a ese otro transcurrir interno, el de imaginar otras vidas y recordar otros tiempos.

El paseo tiene un camino caprichoso, irreplicable, que toma las desviaciones y distracciones del que pasea. La estructura de un libro puede compartir ese mismo deambular. Robert Walser y W. G. Sebald en el siglo XX llevaron el paseo y la narrativa autobiográfica a un nuevo espacio. Por ejemplo, me gusta mucho el momento en *El paseo* de Walser cuando alguien le recrimina al protagonista que siempre le ve paseando: "Pasear —respondí yo— me es imprescindible, para animarme y para mantener contacto con el mundo vivo, sin cuyas sensaciones no podría escribir media letra más ni producir el más leve poema en verso o prosa. Sin pasear estaría muerto, y mi profesión, a la que amo apasionadamente, estaría aniquilada". Esta respuesta hermosa y que a la vez es el ADN del libro, tiene un pasado en el paseante de Walter Benjamin, el *flâneur*, el hombre que deambula por las calles de la metrópolis y en el acto va revelando las diferentes capas de una ciudad moderna y viva. W. G. Sebald, por otro lado, extrema al paseante con la narrativa autobiográfica. Vivian Gornick escribió un libro en el que está explícita su admiración por él, llamado *The Situation and the Story* (2001, sin traducción al español), cuyo título es el grueso de la idea del paseo y la narrativa autobiográfica.

En *Apegos feroces* la situación es sencilla: una madre de 77 años y su hija de 45 pasean por las calles de Manhattan y durante las caminatas recuerdan su pasado. La historia del libro también es sencilla: la relación antagonista entre la madre y su hija, su pasado remoto en un edificio en el Bronx, la relación con sus vecinas. El padre de la protagonista muere, la madre se sume en un hondo luto, en una depresión densa que apenas le permite ver más allá de su dolor. La protagonista cuenta sobre sus matrimonios, sus divorcios y sus derrotas amorosas. Ése es el nuevo espacio al que llega Gornick en la caminata al lado de Benjamin, Walser y Sebald, la perspectiva feminista, ese foco, esa voz. La protagonista en este caso, por obvio que suene a nivel anecdótico, es una mujer independiente, no es *la esposa de, la hija de*, no es un personaje pasivo, no está a la espera de una llamada telefónica ni su vida gira en torno a ser deseada por los hombres.

Hace unos días, deambulando entre las opciones de Netflix, un tanto más que por sus películas como leyendo lomos de libros más que le-



Vivian Gornick, 2015. Foto: Mitch Bach

yendo uno, descubrí la categoría “Mujer fuerte en papel protagónico”. Aunque mi traducción no es muy buena, en mensajes de Whatsapp con una amiga, como pasa con los cubos de Rubik, vimos que es difícil poner todos los cuadros del mismo color con las palabras *Strong Female Lead*. ¿*Strong* es empoderada, fuerte o predominante? ¿Y si es un subgénero, cuál es el principal? Netflix ha hecho público que se vale de la información de los usuarios para definir sus categorías, sus series y películas más vistas y más populares del momento. Esas categorías evidencian otras, como las películas que nadie ve o por qué no podemos escoger entre “Un hombre con papel protagónico en un drama” o “Un hombre (otro) se liga a una serie de mujeres” o “Un hombre (otro, no el anterior) protagoniza una comedia”. Dejando de lado que este tipo de categorías normalizan el papel protagónico masculino, a la vez resaltan las historias con protagonistas fuertes; en ese sentido podríamos decir que *Apegos feroces* es en sí una categoría más extrema, más oportuna. En este libro los hombres pasean por los márgenes, el hermano de la protagonista apenas se menciona, el padre muere, los novios, los esposos figuran, pero no son el centro del libro. La protagonista, que es personaje y narradora, es también la escritora y son sus paseos (exteriores e interiores) los que llevan el curso de la historia.

La protagonista pasea con su madre, discute, platica, se pelea tanto en el presente como en el pasado. Aparecen las referencias de las calles por las que caminan, como una sombra que desaparece por estar tan cerca del objeto que se pega a la realidad. El pasado al que van en el Bronx suele situarse en un edificio de 20 departamentos, cuatro por piso, en el que vivían sobre todo mujeres. Y la historia se centra puntualmente en este triángulo: la narradora Vivian, su ma-

dre y la vecina Nettie, que juega un papel central en el despertar sexual de la protagonista, una mujer que queda embarazada y enviuda al poco tiempo. Y este triángulo tiene tres verbos estelares: "Nettie quería seducir, mamá quería sufrir y yo quería leer." El luto de la madre hace que esté al centro de un escenario, su dolor la hace protagonista. El control que tiene Nettie sobre su cuerpo, la libertad de su vida sexual, la pone al centro de otro escenario. Y el despertar intelectual de la protagonista la pone en el centro de un tercero. En el libro, los tres escenarios son parte de un espacio más grande.

Cuando la protagonista entra a la universidad, la madre deja de tener poder sobre ella, pero tiene un lazo emocional, a veces tenso, a veces cariñoso, a veces tierno, a veces explosivo. La protagonista conoce a Stefan, un pintor callado, mientras que ella es toda palabras, toda libros, y se casan en la fantasía común del arte pero no encajan ni química ni románticamente. Tiene un matrimonio infeliz que no dura mucho. Más adelante inicia una relación que dura seis años con Joe Durbin, un sindicalista casado, con hijos. En los paseos, la madre le recrimina que es divorciada y que no puede tener una relación con un hombre cuerdo. A lo largo del libro hay un continuo análisis de sus relaciones con su madre, con los demás, es decir, con el mundo y, sobre todo, consigo misma.

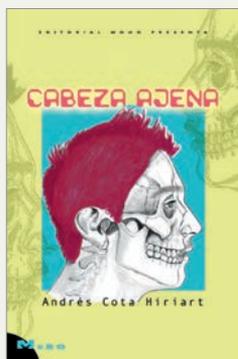
Madre e hija están en constante contrapunto, aunque en el presente ambas son solitarias y pasean con ese sentimiento de aislamiento, y por más cerca que estén la una de la otra, por mucho que se conozcan, hay un punto que se ignora: "Mi madre no parece joven ni vieja, sólo profundamente absorta por lo terrible de lo que ve ante sí y yo no sé qué soy a sus ojos". Esa incertidumbre, ese espacio inaccesible que apenas se puede bordear con palabras es tal vez uno de los puntos altos de la literatura. Este libro es capaz de hacer eso treinta años después, sumado a que estamos en tiempos turbulentos en los que hay un promedio de doce feminicidios diarios en Latinoamérica, siete de los cuales ocurren en México, en los que en todo momento surgen abusos sexuales contra mujeres en distintos sectores (este año se cancela, por ejemplo, el Nobel de literatura porque su jurado ha estado involucrado en escándalos), hablamos un idioma que todavía distingue entre señora y señorita en función de un matrimonio heterosexual, en un medio en el que se publican obras sin literatura con perspectivas misóginas. Este libro, además de su brillo literario, llega cuando estamos cansadas de otra historia, otra noticia en la que un hombre en papel protagónico dirige el rumbo a su favor. **U**

CABEZA AJENA

ANDRÉS COTA HIRIART

DROGAS, CIENCIA Y LITERATURA COMO PUNTO DE ENCUENTRO

David González Tolosa



Moho, México, 2017

Al menos desde hace dos siglos algunos escritores han visto la “intoxicación recreativa” como un territorio digno de ser explorado, descrito y, por qué no, conquistado. *Cabeza ajena*, de Andrés Cota Hiriart, podría inscribirse dentro de la muy nutrida literatura que busca cruzar el umbral de las “puertas de la percepción”.

Sin embargo, relacionar de forma inmediata esta novela y a su autor con los temas y ejercicios que derivaron de esta veta literaria puede limitar el acceso a una de las propuestas más interesantes de este libro: la escritura científica como base para la creación literaria. Para decirlo de una vez: *Cabeza ajena* es, antes que nada, un relato basado en la escritura científica pero que usa como vehículo anecdótico la tradición literaria asociada a la “intoxicación recreativa”. Bien vale la pena saber en qué consiste esta última.

El primer estupefaciente que ocupó un lugar prominente en esta cartografía literaria fue el opio, y entre las filas de sus notables exploradores —que en el siglo XIX fueron bastantes— podemos rastrear los pasos y las plumas de De Quincy, Coleridge, Dickens, Wilde, Lord Byron y Poe. Las andanzas de tan ilustres excursionistas, motivadas por esta sustancia, exploraban la fascinación por aquello que difuminaba las variadas facetas de la conciencia y la existencia adormilada.

En el siglo XX el territorio de la “intoxicación recreativa” se extiende a espacios más cotidianos y así aumenta el número de exploradores y visitantes que, comparados con los aventureros del siglo anterior, resultaron ser meros vacacionistas. Esto no quiere decir que el acercamiento “serio” y “concienzudo” a las drogas en la literatura se haya diluido, sólo cambió de enfoque: se acabó la época del asombro ante una región recién descubierta y del encantamiento por lo exótico, y se dio paso a la celebración por el territorio conquistado, a la definición del individuo a partir de un espacio que ya le pertenece y que ha reclamado como suyo de calada en calada, jeringazo tras jeringazo, tras un esnifar continuo.

De esta forma, el explorador se convirtió en colonizador; los escritores inmersos en este proceso dejaron de ser los cartógrafos de las posibilidades de la conciencia y se transformaron en los artífices y constructores de una nueva identidad a partir de la argamasa que les proveía el uso de diversas drogas. En esta coyuntura emergieron primero nombres como Kerouac, Ginsberg y Burroughs, y después Thompson, Easton Ellis y Welsh, quienes —desde muy diversas trincheras y posicionamientos— se encargaron de caracterizar, e incluso criticar, las muy distintas formas de vivir en los terrenos de la “intoxicación recreativa”.

En México, por supuesto, no nos quedamos atrás. A finales del siglo XIX y principios del XX, podemos ubicar a esos ilustres exploradores de la fascinación y de las fronteras de la conciencia en las plumas reunidas en torno a la *Revista Moderna*: Bernardo Couto Castillo, Alberto Leduc, José Juan Tablada —por mencionar sólo algunos— filtraron su escritura en eso que el propio Tablada definiría como los “paraísos artificiales”, a través del uso asiduo de opiáceos.

Y no sólo contamos con nuestra propia estirpe de expedicionarios, sino también con una gloriosa casta de conquistadores y colonizadores encabezados por la llamada “literatura de la Onda”. José Agustín, Parménides García Saldaña, Gustavo Sainz, entre otros, dan cuenta de un sujeto que se mueve a sus anchas en el territorio de los estupefacientes, y demuestran que se pueden construir experiencias individuales —hasta cierto punto cotidianas— a través del uso recreativo, personal y libre de las drogas. Ya en la década de los ochenta y de ahí en adelante, al menos en nuestra literatura, las drogas dejan de percibirse como posibilitadoras de experiencia y constructoras de subjetividades y se convierten en un tema relacionado con las nuevas lógicas de violencia y mercado impulsadas desde el capitalismo y a través del tráfico ilegal de estupefacientes.

Esta descripción sobre la genealogía literaria de la “intoxicación recreativa” me lleva a señalar que Andrés Cota Hirriart y su novela *Cabeza ajena* no forman parte de esa estirpe.

“¿Pero por qué no?”, me cuestionarán, “si claramente la cuarta de forros —esa forma literaria humilde y difícil, dice Calasso— describe a la novela como la historia de un grupo de amigos que experimentan el consumo de diversas sustancias al tiempo que van explorando nuevas formas del conocimiento a través de ‘la experiencia física y psicológica en el espacio de las regiones alteradas’. ¿Cómo es que Cota no

forma parte de esa tradición literaria que habla desde los yonquis y quizá, por y para ellos?”.

Permítanme elaborar.

Cuando comencé a leer las primeras páginas del libro por supuesto que di por hecho que éste iba a ahondar en el uso de drogas, experiencias y vicisitudes que se desencadenan entre sus consumidores: “pasos”, malos ratos, excelentes ratos, fiestas interminables, desenfreno, alucines, “malviajes”, etcétera. Y algunos de estos elementos están presentes en gran parte de la novela; sin embargo, no funcionan como eje central para articular la anécdota, sino que son el vehículo de la historia, la pura fachada para los intereses de nuestro autor. Lo que le ocurre a los protagonistas, Camilo, Boris, Genaro, Valenzuela y Nina, a lo largo de las páginas sirve como mera excusa para los verdaderos objetivos de la narración. ¿Cuáles son?

Por una parte, se busca reelaborar tanto la mirada científica moderna —es decir, clasificatoria— como su lenguaje. *Cabeza ajena* busca redirigir la discusión científicista que asume la función de la ciencia como vehículo de certezas y objetividades para enunciar: “soy capaz de conocer el mundo en verdad”; así transforma esa mirada en un con-



William Lamb Picknell, *La guarida del opio*, 1881

ductor idóneo y potente para describir aquello que probablemente jamás ha sucedido y de relatar aquello que no puede ser enteramente comprobado por lo empírico.

El otro objetivo que tiene la novela es el de explorar las fronteras del cuerpo como doble figura: posibilidad de experiencia y límite de ésta. Desmontar la consagrada idea de que el cuerpo es el eje rector que ordena la percepción de lo que nos rodea y el medio que nos permite relacionarnos con nuestro entorno. Cota diluye estas ideas mostrándole al lector que, poniendo un poco de atención, las supuestas tensiones entre nuestra interioridad y la exterioridad que nos rodea no son tales, que ambos polos forman parte de un todo mucho más complejo y elaborado que no conoce límites, que no se trata de conocer y dominar sino de reconocernos y asumirnos como parte de una estructura mucho más rica y trascendente.

Así, a través y desde estos objetivos, en *Cabeza ajena* se desarrolla una ficción en la cual somos testigos de la creación de una de las drogas más intrigantes y potentes jamás conocidas, de nacimiento y consumación de un enamoramiento salvaje, los viajes más impresionantes que un sujeto puede experimentar, los datos científicos más curiosos, las confesiones más dolorosas y, por supuesto, pasiones, malos ratos, excelentes ratos, fiestas interminables, desenfreno, alucines y malviajes.

Por todo esto, la novela de Cota se inscribe en la estirpe de la literatura sobre drogas a la vez que se distingue de ella. **U**

NUESTROS AUTORES



Manuel Andrade

(1957-2017) fue poeta y ensayista, ganador del Premio Miguel N. Lira. Publicó poemas, ensayos y notas en revistas y suplementos culturales. Autor de *Crónica de mayo*, *Blanco sobre blanco* y *Siete veces el mar*, entre otros, además de los ensayos *Las tres poéticas* de La sangre devota y *Tensiones estéticas* en Línea de Gilberto Owen.



Carlos Barragán

(Madrid, 1996) ha estudiado economía y periodismo entre Madrid, Monterrey y París. Trabaja como becario en la oficina cultural en la embajada española en Londres y es uno de los fundadores de “El oficio del escritor”, un proyecto de entrevistas a escritores. Escribe un diario en segunda persona en su blog tintaliquida.com



Wenceslao Bruciaga

(Torreón, 1977) es escritor, cronista, punk adicto al *moshpit*, boxeador amateur y periodista especializado en temas de diversidad sexual y música. Es autor de *Funerales de hombres raros* y *Bareback Jukebox*, y de la compilación *Un amigo para la orgía del fin del mundo*. Publica la columna “El nuevo orden” en *Milenio Diario* desde 2006.



Juan Cárdenas

(Popayán, Colombia, 1978) es autor de las novelas *Zumbido*, *Los estratos* (Premio Otras Voces, Otros Ámbitos 2014), *Ornamento* y *El diablo de las provincias*. Ha traducido a autores como William Faulkner, Norman Mailer, Nathaniel Hawthorne y Thomas Wolfe, entre otros.



Sylvia Covián Villar

es psicóloga, educadora y terapeuta sexual. Ha sido conductora de programas en Radio Mil y OnceTV sobre temas emocionales, de salud sexual y de pareja. Se ha dedicado a la práctica particular y la docencia en diversas instituciones académicas.



Diego Erlan

(Tucumán, 1979) es escritor, periodista y crítico cultural. Autor de las novelas *El amor nos destrozará* y *La disolución*. Integra el Observatorio de Literatura Argentina Contemporánea (OLAC). Fue editor de la revista *Ñ* del diario *Clarín* y actualmente escribe sobre arte y literatura en *La Nación* y en *Los Inrockuptibles*.



Maia F. Miret

es diseñadora industrial por formación y editora por vocación. Se especializa en escribir, editar y comentar libros de divulgación de ciencias naturales y sociales. Dirige talleres de desarrollo de proyectos editoriales y de ensayo de divulgación, traduce y colabora con editoriales y universidades.



Ana Franco Ortuño

(Ciudad de México, 1969) es poeta, editora, profesora y difusora cultural. Ha publicado *Parques o el imán de la tierra* y *El libro de las ideas*, entre otros. Fue subdirectora del *Periódico de Poesía* de la UNAM, actualmente publica la columna “Poéticas de la negatividad”, y coordinó el Festival de Poesía en Voz Alta de Casa del Lago.



David González Tolosa

es editor y profesor universitario. Actualmente es profesor de asignatura en la Universidad del Claustro de Sor Juana y jefe de publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades en la UAM Cuajimalpa. En 2015 cofundó Festina Publicaciones, sello editorial especializado en ensayo.



**Ursula
K. Le Guin**

(Berkeley, 1929-Portland, 2018)
Se describía como “feminista, conservacionista y ecologista”. Su amplia obra destaca por la creación de mundos distópicos y alucinantes. Recibió premios como el Hugo, Nebula, Jupiter y Locus. Su saga sobre Terramar ha sido laureada en el ámbito de la fantasía y la ciencia ficción.



**Rafael
Lemus**

(Ciudad de México, 1977) es autor de *Informe* y *Contra la vida activa*. Recientemente coeditó el libro *El futuro es hoy: ideas radicales para México*, publicado en Biblioteca Nueva.



**Elvira
Liceaga**

de día es locutora y productora de radio (conduce el programa “Las partículas elementales” en el 105.7 FM). También es profesora de literatura hispanoamericana. De noche intenta ser cuentista (actualmente trabaja en su primera colección de relatos). Es egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



**Brenda
Lozano**

es narradora, ensayista y editora. Edita en la revista literaria *Make* de Chicago y es parte de la editorial Ugly Duckling Presse de Nueva York. Su primera novela *Todo nada* será llevada al cine. *Cuaderno ideal* es su segunda novela y *Cómo piensan las piedras*, su primer libro de cuentos.



**Juan Antonio
Masoliver
Ródenas**

(Barcelona, 1939) es poeta y narrador, catedrático jubilado de la Universidad de Westminster y profesor de creación literaria de la Universitat Pompeu Fabra. Autor de *Las libertades enlazadas* y *Voces contemporáneas*. Acaba de publicar el libro de poemas *La negación de la luz*.



**Fabrizio
Mejía Madrid**

(Ciudad de México, 1968) es autor de novelas como *Hombre al agua* (Premio Antonin Artaud), *Tequila DF*, *Disparos en la oscuridad* y *Vida digital*, así como de libros de crónica como *Pequeños actos de desobediencia civil*, *Salida de emergencia*, *Días contados* y *La edad del polvo*. Es columnista de la revista *Proceso*.



**Pilar
Moreno**

es artista visual y psiquiatra. Su trabajo explora temáticas que comparten un interés en lo social y político a través de distintos medios como dibujo, pintura, collage o fotoperformance. Ha trabajado guión, producción y animaciones en varios proyectos documentales. Española, vive y trabaja en Panamá.



**Ana
Negri**

(Ciudad de México, 1983) es maestra en Letras Latinoamericanas por la UNAM. Actualmente es becaria del programa Jóvenes Creadores del Fonca y candidata a doctora en Estudios Hispánicos por McGill University. Ha asistido a distintos seminarios de psicoanálisis y toma clases de canto.



**Alejandra
Ortíz Medrano**

es aficionada a los dinosaurios desde niña, y eso la llevó a estudiar biología en la Facultad de Ciencias de la UNAM, donde también hizo un doctorado en el Instituto de Ecología y el Diplomado de Divulgación de la Ciencia. Trabaja en el equipo directivo de la Universidad del Medio Ambiente.



Diego Rabasa

(Ciudad de México, 1980) es editor, director comercial y miembro del consejo editorial de Editorial Sexto Piso.



Luisa Reyes Retana

(Ciudad de México, 1979) estudió derecho en el ITAM y una maestría en derecho comparado en la Universidad de Berkeley. Es fundadora de Sicomoro Ediciones. Obtuvo el Premio “Mauricio Achar” de Librerías Gandhi y Penguin Random House con la novela *Arde Josefina*.



Laura Sofía Rivero

(Ciudad de México, 1993) estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM. Fue ganadora del Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2017 y del Premio Dolores Castro 2016 en la categoría de ensayo. Ha sido becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y del programa Jóvenes Creadores del Fonca.



Gonzalo Rodríguez Sevilla

(Madrid, 1996) estudió economía y periodismo entre Madrid, Pekín y Copenhague. Fue subdirector de la revista universitaria *La Mecha*. Trabaja como becario en la embajada española en Sofía y es uno de los fundadores de “El oficio del escritor”, un proyecto de entrevistas a escritores.



Luis Rubio

(Ciudad de México, 1955) es presidente del Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales (COMEXI) y del Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C. (CIDAC). Es editorialista en *Reforma*, *The Washington Post*, *The Wall Street Journal* y *Los Angeles Times*.



Juan José Saer

(Serodino, Argentina, 1937-París, 2005) fue considerado por la crítica como “el escritor más relevante en Argentina después de Borges”. Traducido a más de 10 idiomas, tres de sus novelas (*El entenado*, *La grande y Glosa*) fueron elegidas en 2007 dentro de los 100 mejores libros en lengua castellana de los últimos 25 años.



Julio Serrano Echeverría

(Xelajú, Guatemala, 1983) es poeta y artista multidisciplinario. Ha publicado varios libros de poesía, crónica y literatura infantil, además de desarrollar diversos proyectos entre las artes visuales, el cine documental y la investigación periodística.



Gabriela Wiener

(Lima, 1975) es cronista, poeta y periodista, radicada en España. Estudió lingüística y literatura en la Universidad Católica de Lima y la maestría en cultura histórica y comunicaciones en la Universidad de Barcelona. Es autora de *Sexografías*, volumen ubicado entre el periodismo narrativo y las memorias sexuales, entre otros.



Los Yacuzis

es un colectivo de artistas, curadores y escritores. Natalia de la Rosa realiza un posdoctorado en Duke University; Roselín Espinosa trabaja como coordinadora curatorial del MUAC, y Julio García Murillo como coordinador de proyectos de artes visuales del CCU Tlatelolco, ambos de la UNAM.

Tania Bruguera

Hablándole al Poder



12.05 -
09.09.2018

muac.unam.mx



MUSEO
UNIVERSITARIO
ARTE
CONTEMPORANEO

Tania Bruguera, *Escuela de Arte Útil*, 2017-a la fecha. Vista de la instalación, Tania Bruguera: *Talking to Power / Hablándole al Poder*, Yerba Buena Center for the Arts, San Francisco, 2017. Cortesía Yerba Buena Center for the Arts. Fotografía: Charlie Villyard.

EL FONDO Y SUS FILÓSOFOS: NOVEDADES EDITORIALES DEL FCE

La ira y el perdón

Resentimiento, generosidad,
justicia

Martha Nussbaum



Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime

Immanuel Kant

edición bilingüe alemán-español



Heráclito

Martin Heidegger
Eugen Fink



La hermenéutica del sujeto

Curso en el Collège de France
(1981-1982)

Michel Foucault



DE VENTA
EN LA RED
DE LIBRERÍAS
DEL FCE

Letras sin Fronteras
www.fondodeculturaeconomica.com



@FCEMexico



Fondo de Cultura Económica



foemexico



Fondo de Cultura Económica



FCE México

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.